

G. K. Chesterton

**EL HOMBRE
QUE FUE JUEVES
UNA PESADILLA**

CLÁSICOS DE HISTORIA 579

***GILBERT KEITH
CHESTERTON***

**EL HOMBRE QUE FUE JUEVES
UNA PESADILLA**

The Man Who Was Thursday: A Nightmare
(1908)

https://en.wikisource.org/wiki/The_Man_Who_Was_Thursday

Traducción automática revisada
Con notas prescindibles del editor digital

CLÁSICOS DE HISTORIA 579

A
EDMUND CLERIHEW BENTLEY¹

Una nube invadía la mente de los hombres, y el tiempo huía entre gemidos,
Sí, una nube infecta sobre el alma, cuando éramos jóvenes los dos.
La ciencia anunciaba la nada y el arte admiraba la decadencia;
El mundo estaba viejo y acabado: pero tú y yo estábamos alegres.
A nuestro alrededor, en un orden grotesco, venían sus vicios lisiados:
Lujuria que había perdido su risa, miedo que había perdido su vergüenza.
Como el mechón blanco de Whistler², que iluminaba nuestra oscuridad sin rumbo,
Los hombres mostraban su pluma blanca con tanto orgullo como si fuese un penacho.
La vida era un moscardón que revoloteaba, y la muerte un zumbido aguzado;
El mundo era muy viejo en verdad cuando tú y yo éramos jóvenes.
Retorcían incluso el pecado más decente en formas innombrables:
Los hombres se avergonzaban del honor; pero nosotros no nos avergonzábamos.
Débiles sí éramos, y necios; pero no fracasamos, no lo hicimos;
Cuando ese negro Baal bloqueó los cielos, de nosotros no obtuvo himnos.
Éramos muchachos, nuestros castillos de arena tan débiles como nosotros mismos,
A medida que el agua subía, amontonábamos arena para detener ese mar amargo.
Éramos abigarrados bufones, todo tintineo y absurdo;
callaban las campanas de las iglesias, pero se oyeron los cascabeles de nuestros gorros.

No estuvimos solos manteniendo el fuerte con nuestras pequeñas banderas desplegadas;
Algunos gigantes trabajaron en esa nube para librar de ella al mundo.
Vuelvo a encontrar el libro que encontramos, siento la hora que lanza,
Lejos de la pisciforme Paumanok³, su grito de cosas más limpias.

1 Edmund Clerihew Bentley (1875-1956) fue, al igual que Chesterton, periodista y novelista. En su afamada novela policíaca *Trent's last case* (1913) le devolvió así el saludo:

«A Gilbert Keith Chesterton

»Mi querido Gilbert, te dedico esta historia. Primero: porque el único motivo verdaderamente noble que tuve al escribirla fue la esperanza de que la disfrutaras. Segundo: porque te debo un libro a cambio de *El hombre que fue jueves*. Tercero: porque te lo prometí cuando te conté la idea, rodeado de franceses, hace dos años. Cuarto: porque yo también me acuerdo del pasado.

»Hoy he vuelto a pensar en aquellos tiempos asombrosos en los que ninguno de los dos leía un periódico; cuando éramos pura felicidad con el consumo ilimitado de papel, lápices, té y la paciencia de nuestros mayores; cuando abrazábamos la literatura más seria y nosotros mismos producíamos la lectura ligera que necesitábamos; cuando (en palabras del poeta canadiense) estudiábamos las obras de la naturaleza, incluso las pequeñas ranas; cuando, en resumen, éramos muy jóvenes.

»En razón de esa época, te ofrezco este libro.

»Siempre tuyo, E. C. Bentley»

2 Referencia al gran pintor norteamericano James Abbott McNeil Whistler (1834-1903), defensor del esteticismo, y amigo durante un tiempo de Oscar Wilde (al que también parece aludirse más adelante). *Whistler with the White Lock*, de 1879 es un conocido grabado suyo.

3 Paumanok es el nombre original de Long Island, Nueva York. Alusión al gran poeta norteamericano Walt Whitman (1819-1892), que nació allí. Chesterton siempre lo admiró por su visión optimista del mundo.

Y el clavel verde⁴ se marchitó, como un bosque que arde y se acaba,
Rugieron en el viento diez millones de hojas de hierba.
Como un pájaro canta en la lluvia, cuerdo y dulce y repentino,
la verdad habló desde Tusitala⁵ y el placer desde el dolor.
Sí, fresco y claro y repentino como un pájaro que canta en la penumbra,
Dunedin habló a Samoa, y la oscuridad se hizo día.
Pero éramos jóvenes; vivimos para ver a Dios romper sus amargos sortilegios.
Dios y la buena República regresan cabalgando en armas:
Hemos visto la Ciudad de Mansoul⁶, tambaleándose, pero resistiendo.
Bienaventurados los que no vieron, sino que, siendo ciegos, creyeron.

Esta es una historia de esos viejos temores, incluso de esos infiernos vacíos,
Y nadie más que tú entenderá la verdad que cuenta.
Qué colosales dioses de la vergüenza acobardaban a los hombres, y sin embargo se derrumbaron,
Qué enormes demonios ocultaron las estrellas, pero cayeron por un único disparo.
Las dudas que eran tan fáciles de perseguir, tan terribles de resistir,
Oh, ¿quién las entenderá sino tú; sí, quién las entenderá?
Las dudas que nos impulsaron durante la noche mientras los dos hablábamos sin cesar,
Y el día que amanecía en las calles antes de que amaneciera en el cerebro.
Entre nosotros, por la paz de Dios, esa verdad puede ahora contarse;
Sí, hay fuerza en echar raíces y bondad en envejecer.
Por fin hemos encontrado cosas en común, el matrimonio y un credo,
y ahora sin riesgo puedo escribirlo, y tú puedes leerlo sin riesgo.

G. K. C.

4 Símbolo del decadentismo.

5 Se refiere ahora a Robert Louis Stevenson (1850-1894). Luego, Dunedin, *Dùn Èideann*, nombre gaélico de Edimburgo donde nació, y Samoa, donde murió.

6 John Bunyan (1628-1688), más conocido por su *El progreso del peregrino*, escribió también la novela alegórica de de exuberante título: *La guerra santa emprendida por el rey Shaddai contra Diabolus para recuperar la metrópolis del mundo, o la pérdida y reconquista de la ciudad de Mansoul*.

ÍNDICE

I.	Los dos poetas de Saffron Park.....	6
II.	El secreto de Gabriel Syme.....	12
III.	El hombre que fue Jueves.....	17
IV.	La historia de un detective.....	24
V.	El festín del miedo.....	30
VI.	Desenmascaramiento.....	35
VII.	La conducta inexplicable del Profesor De Worms.....	40
VIII.	El Profesor se explica.....	45
IX.	El hombre de las gafas.....	52
X.	El duelo.....	61
XI.	Los criminales persiguen a la policía.....	70
XII.	La tierra en anarquía.....	75
XIII.	Persiguiendo al Presidente.....	85
XIV.	Los seis filósofos.....	92
XV.	El Acusador.....	99

I. LOS DOS POETAS DE SAFFRON PARK

El suburbio de Saffron Park⁷ se extendía al atardecer londinense, tan rojo y desaliñado como una nube otoñal. Estaba construido todo él de ladrillo brillante; en conjunto resultaba fantástico, y hasta audaz su traza urbana. Había sido la creación de un constructor especulativo con una leve inclinación artística, que describía su arquitectura a veces como isabelina y otras veces como de la reina Ana, aparentemente bajo la impresión de que ambas monarcas eran la misma. Se la describía, con cierta razón, como una colonia artística, aunque nunca produjo arte de una forma estricta. Pero si bien sus pretensiones de ser un centro intelectual eran algo infundadas, sus pretensiones de ser un lugar agradable eran indiscutibles. El forastero que contemplaba por primera vez las pintorescas casas rojas sólo podía pensar en qué extraño aspecto debían tener las personas que las habitaban. Y al conocer a sus habitantes, no se decepcionaba en absoluto.

El lugar no sólo era agradable, sino perfecto, si se era capaz de considerarlo no como un engaño, sino como un sueño. Incluso si sus habitantes no eran artistas, el conjunto era, sin duda, artístico. Aquel joven de pelo largo de un castaño rojizo y rostro insolente... aquel joven no era realmente un poeta; pero sin duda era un poema. Aquel anciano de barba blanca enmarañada, y sombrero blanco sin forma... aquel venerable farsante no era realmente un filósofo; pero al menos daba motivos para que otros filosofaran. Aquel científico con esférica cabeza calva y cuello desnudo como el de un pájaro, no tenía derecho a las pretensiones científicas que se atribuía. No había descubierto nada nuevo en biología; pero ¿qué espécimen biológico podría haber descubierto más singular que él mismo? Así, y sólo así, debía observarse todo el barrio; debía considerarse no tanto como un taller para artistas, sino como una obra de arte frágil pero perfecta. Entrar en aquel ambiente, en aquella sociedad, era como entrar en una opereta.

Sobre todo, esta atractiva irrealidad se acrecentaba al anochecer, cuando los extravagantes tejados se oscurecían contra el resplandor crepuscular y todo el suburbio, de aspecto tan descabellado, parecía tan aislado del mundo como en una nube a la deriva. Y aún se hacía más evidente durante las numerosas fiestas nocturnas, cuando los pequeños jardines se iluminaban y los farolillos chinos brillaban como frutos monstruosos en los árboles enanos.

Y esto se manifestó todavía con mayor fuerza en una noche concreta, aún vagamente recordada en la localidad, en la que el poeta pelirrojo fue el protagonista. No fue, ni mucho menos, la única noche en la que fue el héroe. En muchas ocasiones, quienes pasaban junto a su pequeño jardín trasero podían oír su voz aguda y didáctica sentando cátedra a los hombres, y en particular a las mujeres. La actitud de las mujeres en tales casos era, sin duda, una de las paradojas del lugar. La mayoría de las mujeres eran del tipo vagamente llamado emancipado y manifestaban cierta protesta contra la supremacía masculina. Sin embargo, estas nuevas mujeres siempre le prodigaban a ese hombre el extravagante cumplido que ninguna mujer común jamás le concede a un hombre: el de escucharlo mientras habla.

Y el señor Lucian Gregory, el poeta pelirrojo, era realmente (en cierto sentido) un hombre al que valía la pena escuchar, aunque al final uno se tomara a risa lo que había dicho. Le daba vueltas a la vieja jerga de la ilegalidad del arte y el arte de la ilegalidad, con una cierta frescura descarada que proporcionaba al menos un placer momentáneo. Le ayudaba en cierta medida la llamativa

⁷ Parque del Azafrán.

singularidad de su apariencia, que explotaba al máximo, como se suele decir. Su cabello rojo oscuro, con raya al medio, era literalmente como el de una mujer, y se curvaba en los lentos rizos de una virgen en un cuadro prerrafaelista. Sin embargo, dentro de ese óvalo casi sagrado, su rostro se proyectaba de repente ancho y brutal, con la barbilla hacia adelante y con una mirada de desdén barriobajero. Esta combinación a la vez atraía y asustaba a esa población neurótica. Parecía una blasfemia andante, una mezcla de ángel y mono.

Esta noche en particular, ya que no por otra cosa, será recordada por su extraña puesta de sol. Parecía el fin del mundo. Todo el cielo estaba cubierto como de un plumaje vívido y palpable; sólo se podría decir que el cielo se cubría de plumas, y de plumas que casi acariciaban el rostro. En la mayor parte de la bóveda celeste eran grises, con los más extraños matices de violeta y malva y un rosa o verde pálido antinatural; pero hacia el oeste todo se volvía indescriptible, transparente y apasionado, y las últimas plumas rojas y ardientes escondían el sol como algo demasiado hermoso para ser visto. Y todo tan cerca de la tierra, como con un violento misterio. Y el mismo cielo parecía esconder su secreto. Expresaba esa espléndida pequeñez que es el alma del patriotismo local: el cielo mismo parecía pequeño.

Digo que algunos habitantes recordarán aquel día, aunque sólo sea por aquel opresivo ocaso. Otros lo recordarán porque marcó la primera aparición en el lugar del segundo poeta de Saffron Park. Durante mucho tiempo, el revolucionario pelirrojo había reinado sin rival; fue en la noche de aquel atardecer cuando su soledad terminó abruptamente. El nuevo poeta, que se presentó con el nombre de Gabriel Syme, era un tipo de aspecto muy apacible, con una barba clara y puntiaguda y un cabello rubio pálido. Pero pronto dio la impresión de que era menos manso de lo que parecía. Señaló su entrada discrepando con el poeta consagrado, Gregory, sobre la naturaleza misma de la poesía. Dijo que él (Syme) era poeta de la ley, poeta del orden; es más, dijo que era poeta de la respetabilidad. Así que todos los habitantes de Saffron Park lo miraron como si en ese instante hubiera caído de aquel cielo imposible.

De hecho, Lucian Gregory, el poeta anárquico, relacionó ambos acontecimientos.

—Puede que sí —dijo con su repentino tono lírico—, puede que en una noche de nubes y colores crueles surja sobre la tierra un presagio como el de un poeta respetable, un poeta de la ley; yo digo que usted es una contradicción en sí misma. Me asombra que los cometas y los terremotos no hayan anunciado su aparición en este jardín.

El hombre de ojos azules y barba pálida y puntiaguda soportó aquellos dicterios con una solemnidad sumisa. La tercera integrante del grupo, Rosamond, hermana de Gregory, que lucía los cabellos rojos de su hermano, pero con un rostro más amable, rió con una mezcla de admiración y desaprobación, como solía hacer con el oráculo familiar.

Gregory retomó su discurso con gran elocuencia y buen humor.

—Un artista es lo mismo que un anarquista —exclamó—. Son puros sinónimos. Un anarquista es un artista. El hombre que lanza una bomba es un artista, porque prefiere un gran momento a todo lo demás. Comprende cuánto más valioso es un destello de luz resplandeciente, un trueno perfecto, que los meros cuerpos comunes de unos pocos policías sin forma. Un artista desprecia a todos los gobiernos, echa abajo todas las convenciones. El poeta sólo se deleita en el desorden. Si no fuera así, la cosa más poética del mundo sería la Guía de ferrocarriles.

—Y es que lo es —dijo el señor Syme.

—¡Tonterías! —exclamó Gregory, quien se mostraba muy racional cuando alguien más intentaba plantear una paradoja—. ¿Por qué todos los oficinistas y obreros que van en los trenes parecen tristes y cansados? Se lo diré. Es porque saben que el tren sigue derecho su camino. Es porque saben que, sea cual sea el lugar para el que hayan comprado el billete, a ese lugar llegarán. Es porque, después de pasar Sloane Square, saben que la siguiente estación ha de ser Victoria, y

nada más que Victoria. Pero... ¡oh, qué éxtasis salvaje! ¡Sus ojos se verían como estrellas y sus almas estarían de nuevo en el Edén, si la siguiente estación fuera inexplicablemente Baker Street!

—Usted sí que es poco poético —replicó el poeta Syme—. Si lo que dice de los oficinistas es cierto, es porque son igual de prosaicos que su poesía. Lo raro y singular es dar en el blanco; lo burdo y obvio es fallar. Nos parece épico cuando un hombre, con una flecha, acierta a un pájaro. ¿Acaso no es también épico cuando el hombre, con una locomotora desbocada, llega a una estación lejana? El caos es aburrido; porque en el caos el tren podría ir a cualquier parte, a Baker Street o a Bagdad. Pero el hombre es un mago, y toda su magia reside en esto: que dice Victoria, ¡y he aquí! ¡Es Victoria! No, llévense sus libros de mera poesía y prosa; déjenme leer el horario de los trenes, con lágrimas de orgullo. Quédese con Byron, que conmemora las derrotas del hombre; deme a mí la Guía de ferrocarriles, que conmemora sus victorias. ¡Deme la Guía, démela!

—¿Tiene que irse ya? —preguntó Gregory con sarcasmo.

—Les digo —prosiguió Syme con pasión—, que cada vez que llega un tren siento que ha atravesado baterías de sitiadores, y que el hombre ha ganado una batalla contra el caos. Usted dice con desdén que al salir de Sloane Square se llega a la fuerza a Victoria. Yo digo que pueden ocurrir mil cosas distintas en su lugar, y por eso, cada vez que llego allí tengo la sensación de haberme librado por los pelos. Y cuando oigo al conductor gritar “¡Estación Victoria!”, para mí no es una palabra hueca. Para mí es el grito del heraldo que anuncia el triunfo. Para mí es, en efecto, una victoria; es la victoria de Adán.

Gregory meneó su pesada cabeza roja con una sonrisa amarga.

—Y aun así —dijo—, los poetas siempre nos preguntamos: ¿Y qué victoria has conseguido? Piensas que Victoria es como la Nueva Jerusalén. Sabemos que la Nueva Jerusalén sólo será como la estación Victoria. Sí, el poeta estará descontento incluso en las calles del cielo. El poeta siempre está en rebeldía.

—Ya está otra vez —dijo Syme con irritación—, ¿qué tiene de poético estar en rebeldía? Es como decir que es poético marearse. Estar enfermo es una rebelión. Tanto estar enfermo como ser rebelde puede ser beneficioso en ciertas ocasiones desesperadas; pero me niego a comprender por qué son poéticos. La rebelión en abstracto es... repugnante. Consiste simplemente en un vómito.

La muchacha se estremeció por un instante al oír la desagradable palabra, pero Syme estaba demasiado acalorado como para prestarle atención.

—¡Lo poético es que las cosas salgan bien! —exclamó—. ¡Que la digestión, por ejemplo, funcione a la perfección, de forma sagrada y silenciosa, esa es la base de toda poesía! Sí, lo más poético del mundo, más poético que las flores, más poético que las estrellas, lo más poético del mundo es no estar enfermo.

—De verdad —dijo Gregory con altivez—, los ejemplos que elige...

—Le pido disculpas —dijo Syme con gravedad—, olvidé que habíamos abolido todas las convenciones.

Por primera vez, le apareció una mancha roja en la frente a Gregory.

—No esperará —dijo— que yo revolucione la sociedad en este jardín.

Syme lo miró fijamente a los ojos y sonrió bondadosamente.

—No, no lo creo —dijo—; pero supongo que si se tomara en serio su anarquismo, eso es exactamente lo que haría.

Los grandes ojos bovinos de Gregory parpadearon repentinamente como los de un león irritado, y parecía que su melena roja se erizaba.

—¿Así que no cree —dijo con voz amenazante— que hablo en serio sobre mi anarquismo?

—¿Perdón? —dijo Syme.

—¿Acaso no hablo en serio sobre mi anarquismo? —gritó Gregory mientras apretaba los puños.

—¡Mi querido amigo! —dijo Syme, y se alejó tranquilamente.

Con sorpresa, pero con un curioso placer, descubrió que Rosamond Gregory seguía en su compañía.

—Señor Syme —dijo ella—, ¿la gente que habla como usted y mi hermano suele decir lo que piensa? ¿Usted pensaba realmente lo que decía?

Syme sonrió.

—¿Y usted? —preguntó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la chica con ojos serios.

—Mi querida señorita Gregory —dijo Syme despacio—, hay muchos tipos de sinceridad e insinceridad. Cuando da usted las gracias al que le ha pasado la sal, ¿lo dice en serio? No. Cuando dice que el mundo es redondo, ¿lo dice en serio? No. Es verdad, pero no lo dice en serio. Ahora bien, a veces un hombre como su hermano realmente encuentra algo que sí quiere decir. Puede que sea sólo media verdad, un cuarto de verdad, y entonces ha de decir más de lo que quiere decir, por el puro esfuerzo de querer decirlo.

Lo miraba con el ceño fruncido; su rostro era serio y franco, y mostraba la sombra de esa responsabilidad no razonada que yace en el fondo de la mujer más frívola, el sentimiento maternal tan antiguo como el mundo.

—¿De verdad es un anarquista, entonces? —preguntó ella.

—Sólo en ese sentido al que me refiero —respondió Syme—; o si lo prefiere, en ese sinsentido.

Ella frunció otra vez el ceño y dijo bruscamente:

—Realmente, no tirará bombas ni cosas por el estilo, ¿verdad?

Syme soltó una carcajada sonora, que parecía demasiado fuerte para su figura delgada y un tanto de petimetre.

—¡Dios mío, no! —dijo—. Eso ha de hacerse necesariamente de forma anónima.

Y entonces ella sonrió levemente, y pensó en las rarezas de Gregory y al mismo tiempo se tranquilizó, segura de que no iría más lejos.

Syme la acompañó hasta un banco en un rincón del jardín y continuó expresando sus opiniones. Era un hombre sincero y, a pesar de sus aires y modales superficiales, en el fondo humilde. Y siempre es el hombre humilde quien habla demasiado; el orgulloso se vigila demasiado. Defendía la respetabilidad con vehemencia y exageración. Se apasionaba al elogiar el orden y la decencia. Todo el tiempo lo envolvía un aroma a lilas. Una vez oyó, muy débilmente, en una calle lejana, el sonido de un organillo, y le pareció que sus heroicas palabras se movían al compás de una pequeña melodía procedente de debajo o de más allá del mundo.

Habló con la muchacha mientras contemplaba su cabello rojo y su rostro divertido durante lo que imaginó unos pocos minutos; y luego, pareciéndole que en un lugar así los grupos debían mezclarse, se puso de pie. Para su asombro, descubrió que el jardín estaba vacío. Todos se habían marchado hacía rato, y él también se fue con una disculpa bastante apresurada. Se marchó con la sensación de haber bebido champán, que después no se pudo explicar. En los alocados sucesos que siguieron, esta muchacha no tuvo participación; no la volvió a ver hasta que terminó todo. Y, sin embargo, de alguna manera indescriptible, ella seguía reapareciendo como un motivo musical a lo largo de todas sus locas aventuras posteriores, y la gloria de su extraño cabello corría como un hilo rojo a través de aquellos oscuros y mal dibujados tapices de la noche. Porque lo que siguió fue tan improbable, que bien podría haber sido un sueño.

Cuando Syme salió a la calle iluminada por las estrellas, la encontró de momento vacía. Entonces comprendió (de una manera extraña) que aquel silencio era más bien un silencio vivo y no uno muerto. Justo delante de la puerta se alzaba una farola, cuyo resplandor doraba las hojas del árbol que se inclinaba sobre la valla a sus espaldas. A un palmo de la farola se encontraba una figura casi tan rígida e inmóvil como la propia luminaria. El sombrero de copa y la levita eran negros; el rostro, en una sombra abrupta, era casi igual de oscuro. Sólo un mechón de cabello rojizo que se recortaba contra la luz, y también algo agresivo en su actitud, delataban que se trataba del poeta Gregory. Tenía algo del aspecto de un bravo enmascarado, con la espada en la mano, esperando a su enemigo.

Hizo una especie de saludo dubitativo, que Syme respondió de modo algo más formal.

—Le estaba esperando —dijo Gregory—. ¿Podríamos hablar un momento?

—Por supuesto. ¿Sobre qué? —preguntó Syme con un cierto asombro.

Gregory golpeó con su bastón la farola y luego el árbol.

—¡Sobre esto y esto! —exclamó—; sobre el orden y la anarquía. Ahí está vuestropreciado orden, esa luminaria de hierro flaca, fea y estéril; y ahí está la anarquía, rica, viva, que se reproduce a sí misma; ahí está la anarquía, espléndida en verde y oro.

—De todos modos —respondió Syme con paciencia—, ahora mismo sólo se ve el árbol a la luz de la farola. Me pregunto cuándo verá la farola a la luz del árbol. —Tras una pausa, añadió—: Pero, ¿puedo preguntar si me ha esperado aquí afuera en la oscuridad sólo para retomar nuestra pequeña discusión?

—¡No! —gritó Gregory con una voz que resonó por toda la calle—. No he venido aquí para reanudar nuestra discusión, sino para terminarla para siempre.

El silencio volvió a reinar, y Syme, aunque sin comprenderlo, percibió instintivamente que el asunto era serio. Gregory comenzó con voz suave y una sonrisa bastante desconcertante.

—Señor Syme —dijo—, esta noche ha conseguido algo realmente extraordinario. Me ha hecho algo que ningún hombre nacido de mujer había conseguido hacer antes.

—¿Es posible?

—Ahora recuerdo —continuó Gregory pensativo—, otra persona lo consiguió. El capitán de un barco de vapor de tres al cuarto en Southend, si no recuerdo mal. En fin: usted me ha sacado de quicio.

—Lo siento mucho —respondió Syme con gravedad.

—Me temo que mi furia y su insulto son demasiado grandes como para borrarlos, ni siquiera con una disculpa —dijo Gregory con mucha calma—. Ningún duelo podría borrarlos. Ni aunque le matara podría borrarlos. Sólo hay una manera de borrar ese insulto, y esa es la que elijo. Voy, incluso a riesgo de mi vida y honor, a *demostrarle* que se equivocó en lo que dijo.

—¿Y qué es lo que dije?

—Dijo que yo no hablaba en serio sobre ser anarquista.

—Hay distintos grados de seriedad —respondió Syme—. Nunca he dudado de su sinceridad en este sentido, de que creía que lo que decía merecía la pena decirse, de que pensaba que una paradoja podría hacer que los hombres se percataran de una verdad olvidada.

Gregory lo miró fijamente, con una expresión dolorida.

—¿Y en ningún otro sentido —preguntó— me toma en serio? ¿Considera que lo digo no es más que pura pose? ¿No cree que, en un sentido más profundo y mortal, hablo en serio?

Syme golpeó violentamente su bastón contra las piedras del camino.

—¡En serio! —exclamó—. ¡Dios mío! ¿Es seria esta calle? ¿Son serios estos malditos farolillos chinos? ¿Es serio todo esto? Uno viene aquí y dice un montón de tonterías, y tal vez algo

con sentido común, pero no me parecería correcto un hombre que no tuviera algo más serio en su vida que toda esta palabrería; algo serio, ya fuera la religión o simplemente la bebida.

—Muy bien —dijo Gregory, con el rostro ensombrecido—, usted podrá ver algo más serio que la bebida o la religión.

Syme permaneció esperando con su habitual aire de mansedumbre hasta que Gregory volvió a abrir los labios.

—Acaba de hablar de religión. ¿Tiene usted alguna?

—Oh —dijo Syme con una sonrisa radiante—, ahora todos somos católicos.

—Entonces, ¿puedo pedirle que jure por los dioses o santos que se profesen en su religión, que lo que ahora le voy a contar no lo revelará a ningún hijo de Adán, y mucho menos a la policía? ¿Lo jura? Si acepta este terrible compromiso, si consiente en cargar su alma con un voto que jamás debería pronunciar, y con el conocimiento de unas cosas que jamás podría imaginar, le prometo a cambio...

—¿Qué me promete a cambio? —preguntó Syme, mientras el otro hacía una pausa.

—Le prometo una velada muy entretenida.

Syme se quitó el sombrero de repente.

—Su oferta —dijo— es demasiado absurda como para rechazarla. Usted dice que un poeta siempre es un anarquista. No estoy de acuerdo; pero espero al menos que siempre sea un deportista. Permítame, aquí y ahora, jurar como cristiano y prometer como buen compañero y colega artista que no denunciaré nada de esto, sea lo que sea, a la policía. Y ahora, en nombre del Manicomio de Londres, dígame qué vamos a hacer.

—Creo —dijo Gregory con plácida indiferencia— que tomaremos un coche.

Dio dos largos silbidos, y un coche de caballos apareció traqueteando por el camino. Los dos subieron en silencio. Gregory dio la dirección de una oscura taberna en la orilla del río, hacia Chiswick. El coche de caballos arrancó de nuevo, y en él estos dos fantásticos sujetos abandonaron su fantástico suburbio.

II. EL SECRETO DE GABRIEL SYME

El carruaje se detuvo frente a una taberna particularmente lúgubre y grasienta, a la que Gregory condujo rápidamente a su acompañante. Se sentaron en una especie de bar-salón pequeño y oscuro, en una mesa de sucio tablero sobre una pata de madera. La habitación era tan pequeña y oscura que apenas se podía ver al camarero que se acercó, más allá de la vaga y oscura impresión de algo corpulento y barbudo.

—¿Quiere algo para cenar? —preguntó Gregory amablemente—. El paté de foie gras no es muy bueno aquí, pero le recomiendo la carne de caza.

Syme recibió el comentario con estoicismo, creyendo que se trataba de una broma. Aceptando el tono humorístico, dijo con una indiferencia educada:

—Oh, tráigame un poco de langosta con mayonesa.

Para su indescriptible asombro, el hombre sólo contestó:

—¡Por supuesto, señor! —y aparentemente se fue a buscarlo.

—¿Qué va a beber? —preguntó Gregory con el mismo aire despreocupado pero a la vez como disculpándose—. Yo sólo tomaré licor de menta; ya he cenado. Pero el champán es de fiar. ¿Le apetece al menos media botella de Pommery para empezar?

—¡Gracias! —dijo Syme, inmóvil—. Es usted muy amable.

Sus posteriores intentos de conversación, algo torpes, se vieron interrumpidos abruptamente por la aparición de la langosta. Syme la probó y la encontró especialmente buena. Entonces empezó a comer con prisa y apetito.

—¡Lo siento, pero esto merece disfrutarse! —le dijo a Gregory sonriendo—. No suelo tener la suerte de soñar así. Esta es la primera vez que una pesadilla termina en langosta. Normalmente es al revés.

—No está soñando, se lo aseguro —dijo Gregory—. Está, al contrario, acercándose a lo más real y emocionante de su existencia. ¡Ah, aquí viene su champán! Admito que puede haber una ligera desproporción, digamos, entre la decoración interior de este excelente hotel y su exterior sencillo y sin pretensiones. Pero eso es pura modestia. Somos los hombres más modestos que jamás hayan existido en la Tierra.

—¿Y quiénes *somos*? —preguntó Syme, vaciando su copa de champán.

—Es muy sencillo —respondió Gregory—. Somos los anarquistas serios, en quienes usted no cree.

—¡Oh! —dijo Syme secamente—. Tienen buena provisión de bebidas.

—Sí, nos tomamos todo muy en serio —respondió Gregory.

Luego, tras una pausa, añadió:

—Si en unos instantes la mesa empieza a dar vueltas, no lo atribuya a que ha bebido demasiado champán. No quiero que se haga ese flaco favor.

—Bueno, si no estoy borracho, estoy loco —respondió Syme con perfecta calma—; pero confío en que podré comportarme como un caballero en cualquier circunstancia. ¿Puedo fumar?

—¡Claro que sí! —dijo Gregory, sacando una caja de puros—. Pruebe uno de los míos.

Syme cogió uno, sacó el cortapuros del bolsillo de su chaleco, le cortó la punta, se lo metió en la boca, lo encendió lentamente y exhaló una larga bocanada de humo. Cabe destacar que realizó estos ritos con tanta serenidad como pudo, pues casi antes de empezar, la mesa en la que estaba sentado comenzó a girar, primero lentamente y luego rápidamente, como en una demencial sesión espiritista.

—No se preocupe —dijo Gregory—; es una especie de sacacorchos.

—Así es —dijo Syme con placidez—, una especie de sacacorchos. ¡Qué sencillo es!

Al momento, el humo de su cigarro, que había estado vagando por la habitación en espirales, se elevó directamente como si saliera de la chimenea de una fábrica, y los dos, con sus sillas y mesa, se precipitaron a través del suelo como si la tierra los hubiera engullido. Bajaron traqueteando por una especie de chimenea ruidosa, tan rápido como un ascensor que se desploma, y llegaron al fondo con un golpe seco. Pero cuando Gregory abrió un par de puertas y dejó pasar la luz rojiza de subterráneo, Syme seguía fumando, con una pierna cruzada sobre la otra, y no se le había movido ni un pelo amarillo.

Gregory lo condujo por un pasillo bajo y abovedado, al final del cual se encontraba el foco de luz roja. Era una enorme linterna carmesí, casi tan grande como una chimenea, fijada sobre una pequeña pero pesada puerta de hierro. En la puerta había una especie de rejilla o trampilla, y Gregory la golpeó cinco veces. Una voz grave con acento extranjero le preguntó quién era. A esto respondió, de forma más o menos inesperada: “Joseph Chamberlain”⁸. Las pesadas bisagras comenzaron a moverse; era evidente que se trataba de algún tipo de contraseña.

Tras el portón, el corredor relucía como si estuviera revestido por una red de acero. Al observarlo con más detenimiento, Syme se percató de que aquel muro brillante estaba formado en realidad por hileras de fusiles y revólveres, densamente agrupados y entrelazados.

—Le pido disculpas por todas estas formalidades —dijo Gregory—; aquí tenemos que ser muy estrictos.

—Oh, no se disculpe —dijo Syme—. Conozco su pasión por la ley y el orden —y entró en el corredor flanqueado por armas de fuego. Con su larga cabellera rubia y su levita algo extravagante, parecía una figura singularmente frágil y fantasiosa mientras caminaba por aquella brillante avenida de la muerte.

Atravesaron varios pasadizos similares y, finalmente, llegaron a una extraña cámara de acero con paredes curvas, de forma semiesférica, que, con sus gradas de bancos, recordaba un poco a un auditorio académico. En aquella habitación no había rifles ni pistolas, pero de sus paredes colgaban objetos aún más inquietantes y espantosos, que parecían bulbos de plantas de hierro o huevos de pájaros de hierro. Eran bombas, y la misma sala parecía el interior de una bomba. Syme sacudió la ceniza de su cigarro contra la pared y entró.

—Y ahora, mi querido señor Syme —dijo Gregory, dejándose caer amistosamente en el banco bajo la bomba más grande—, ahora que nos hemos acomodado, hablemos con calma. Ninguna palabra humana puede explicar por qué le he traído aquí. Ha sido una de esas emociones arbitrarias, como saltar por un precipicio o como enamorarse. Basta decir que es usted un tipo indescriptiblemente irritante, y, para ser justos, lo sigue siendo. Rompería veinte juramentos de secreto por el placer de humillarle. Esa forma que tiene de encender un cigarro haría que un cura rompiera el secreto de confesión. Bueno, usted afirmó con seguridad que yo no era un anarquista serio. ¿Le parece bastante serio este lugar?

8 Joseph Chamberlain (1836-1914) político representativo del imperialismo británico, fue Secretario de Colonias durante unos veinte años. Fue uno de los responsables de las guerras de los boers. Sus hijos Austin y Neville también desarrollaron importantes carreras políticas.

—Parece que, bajo toda su aspecto alegre, esconde una seria moralidad —asintió Syme—; pero ¿puedo hacerle dos preguntas? No tema darme información, porque, como recordará, muy sabiamente me sonsacó la promesa de no avisar a la policía, una promesa que sin duda cumpliré. Así que, por mera curiosidad, le hago estas preguntas. En primer lugar, ¿de qué trata esto realmente? ¿A qué se opone? ¿Quiere abolir el gobierno?

—¡Queremos abolir a Dios! —exclamó Gregory, con los ojos de un fanático—. No queremos únicamente acabar con algunos despotismos y con los reglamentos policiales; ese tipo de anarquismo existe, pero es sólo una rama de los inconformistas. Nosotros profundizamos más y aún más nos elevamos. Queremos negar todas esas distinciones arbitrarias de vicio y virtud, honor y traición, en las que se basan los simples rebeldes. ¡Los sentimentales ingenuos de la Revolución Francesa hablaban de los Derechos del Hombre! Odiamos los Derechos como odiamos las Injusticias. Hemos abolido el Bien y el Mal.

—Y la derecha y la izquierda —dijo Syme con un entusiasmo sencillo—, espero que también las eliminen. Me resultan mucho más problemáticas.

—Tenía una segunda pregunta —espetó Gregory.

—Con mucho gusto —retomó Syme—. En todos sus actos y en sus instalaciones observo un intento científico de mantener el secreto. Tengo una tía que vive encima de una tienda, pero esta es la primera vez que encuentro gente que prefiere vivir debajo de una taberna. Tienen una poderosa puerta de hierro. No se puede pasar sin someterse a la humillación de llamarse Joseph Chamberlain. Se rodean de instrumentos de acero que hacen que el lugar, si me permiten decirlo, resulte más imponente que acogedor. ¿Puedo preguntar por qué, después de tomarse tantas molestias para atrincherarse en las entrañas de la tierra, luego exhiben todo su secreto hablando de anarquismo a todas las mujeres ingenuas de Saffron Park?

Gregory sonrió.

—La respuesta es sencilla —dijo—. Le dije que era un anarquista convencido, y no me creyó. Nadie me cree. A menos que los trajera a esta habitación infernal, no me creerían.

Syme fumaba pensativo y lo miraba con interés. Gregory continuó.

—Esta historia podría hacerle gracia —dijo—. Cuando me uní a los Nuevos Anarquistas, probé todo tipo de disfraces respetables. Me vestí de Obispo. Leí todo sobre obispos en nuestros panfletos anarquistas, en *El vampiro de la superstición* y en *Sacerdotes de presa*. Ciertamente entendí de ellos que los obispos son extraños y terribles viejos que ocultaban un cruel secreto a la humanidad. Estaba mal informado. Cuando en mi primera aparición con polainas episcopales en un salón grité con voz atronadora: “¡Abajo! ¡Abajo, presuntuosa razón humana!”, descubrieron de alguna manera que no era obispo en absoluto. Me atraparon enseguida. Luego me hice pasar por Millonario; pero defendí el capital con tanta inteligencia que un tonto podía ver que era bastante pobre. Después intenté ser General. Aunque soy humanitario, tengo, espero, la amplitud intelectual suficiente para comprender la posición de aquellos que, como Nietzsche, admiran la violencia: la orgullosa y loca guerra de la Naturaleza y todo eso, ya sabe. Me lancé al papel de General. Desenvainé la espada y la blandí constantemente. Gritaba “¡Sangre!” de forma abstracta, como un hombre que pide vino. A menudo decía: “Que perezcan los débiles; es la Ley”. Bueno, bueno, parece que los generales no hacen esto. Me atraparon de nuevo. Finalmente, desesperado, acudí al Presidente del Consejo Central Anarquista, que es el hombre más importante de Europa.

—¿Cómo se llama? —preguntó Syme.

—No se sabe —respondió Gregory—. Esa es su grandeza. César y Napoleón dedicaron todo su ingenio a hacerse famosos, y lo consiguieron. Él dedica todo su ingenio a pasar desapercibido, y pasa desapercibido. Pero no puedes estar ni cinco minutos en la misma habitación con él sin sentir que César y Napoleón habrían sido niños en sus manos.

Se quedó en silencio y pareció palidecer por un momento, y luego continuó:

—Pero cada vez que da un consejo, siempre es algo tan sorprendente como un epigrama, y a la vez tan práctico como el Banco de Inglaterra. Le dije: “¿Qué disfraz me ocultará del mundo? ¿Qué puedo encontrar más respetable que obispos y generales?” Me miró con su rostro grande pero indescifrable. “¿Quieres un disfraz seguro? ¿Quieres una vestimenta que te garantice parecer inofensivo; un ropaje en el que nadie buscaría jamás una bomba?” Asentí. De repente, alzó su voz de león. “¡Pues entonces, vístete de anarquista, estúpido!”, rugió haciendo temblar la habitación. “Nadie tendrá miedo de ti.” Y me dio la espalda sin decir una palabra más. Seguí su consejo y nunca me he arrepentido. He predicado sangre y asesinato a esas mujeres día y noche, ¡y —por Dios— me confiarían los cochecitos de sus bebés!

Syme lo observaba sentado, con cierto respeto en sus grandes ojos azules.

—Consiguió engañarme —dijo—. En realidad es una maniobra muy inteligente.

Luego, tras una pausa, añadió:

—¿Y cómo le llaman a ese magnífico Presidente suyo?

—Normalmente le llamamos Domingo —respondió Gregory con sencillez—. Verá, el Consejo Central Anarquista tiene siete miembros, y sus nombres corresponden a los días de la semana. A él lo llaman Domingo, y algunos de sus admiradores, Domingo Sangriento. Es curioso que mencione esto, porque precisamente esta noche en que usted se ha dejado caer (si me permite decirlo así) es la noche en que nuestra sección de Londres, que se reúne en esta sala, tiene que elegir a su propio delegado para cubrir una vacante en el Consejo. El caballero que durante algún tiempo desempeñó, con decoro y aplausos generales, el difícil papel de Jueves, ha fallecido repentinamente. Por consiguiente, hemos convocado una reunión esta misma tarde para elegir a su sucesor.

Se puso de pie y cruzó la habitación con una especie de sonrisa inquieta.

—Syme, Syme, me siento como si fuera usted mi madre —continuó con naturalidad—. Siento que puedo confiarle cualquier cosa, ya que ha prometido no contárselo a nadie. De hecho, le confiaré algo que no les diría tan claramente a los anarquistas que entrarán en la sala dentro de diez minutos. Por supuesto, celebraremos una votación; pero no me importa decirle que el resultado es prácticamente seguro.

Bajó la mirada con modestia.

—Está prácticamente decidido que yo seré Jueves.

—Mi querido amigo —dijo Syme con entusiasmo—, le felicito. ¡Qué gran carrera!

Gregory sonrió con suficiencia, y cruzó la habitación hablando rápidamente.

—De hecho, ya está preparado todo lo que necesitaré en esta mesa —dijo—, y el procedimiento será con toda seguridad muy breve.

Syme se acercó a la mesa y vio sobre ella un bastón que, al examinarlo, resultó ser un bastón-estoque, un gran revólver Colt, una fiambra y una formidable petaca de brandy. Sobre la silla, junto a la mesa, había una capa de aspecto pesado.

—Solo tengo que pasar las formalidades de la elección —continuó Gregory con entusiasmo—, luego agarraré la capa y el bastón, guardaré lo demás en el bolsillo, saldré por la puerta de esta caverna que da al río, donde ya me espera una barcaza de vapor, y entonces... entonces... ¡oh, la inmensa alegría de ser Jueves! —Y se estrechaba las manos en señal de triunfo.

Syme, que se había sentado una vez más con su habitual languidez insolente, se puso de pie con una inusual expresión vacilante.

—¿Por qué me parece —se preguntó vagamente— que es usted un tipo bastante decente? ¿Por qué positivamente me cae bien, Gregory? —Hizo una pausa por un momento y luego añadió con una especie de curiosidad renovada—: ¿Quizá porque es usted un asno?

Permaneció brevemente en un reconcentrado silencio, y entonces exclamó:

—¡Maldita sea! Esta es la situación más absurda en la que me he encontrado en mi vida, y he de actuar en consecuencia. Gregory, le hice una promesa antes de venir aquí. Esa promesa la cumpliré aunque me amenacen con hierros al rojo vivo. ¿Me haría usted, para mi propia seguridad, una promesa semejante?

—¿Una promesa? —preguntó Gregory, intrigado.

—Sí —dijo Syme muy seriamente—, una promesa. Juré ante Dios que no le contaré su secreto a la policía. ¿Jurará por la Humanidad, o por cualquier cosa bestial en la que crea, que no le contaré mi secreto a los anarquistas?

—¿Su secreto? —preguntó Gregory, mirándolo fijamente—. ¿Tiene algún secreto?

—Sí —dijo Syme—, tengo un secreto. —Y tras una pausa, —¿Lo juraría?

Gregory lo miró fijamente con el rostro serio durante unos instantes y luego dijo bruscamente:

—Debe haberme embrujado, porque siento una curiosidad que no puedo resistir. Sí, le juro que no les contaré a los anarquistas nada de lo que me diga. Pero dese prisa, porque llegarán en un par de minutos.

Syme se puso de pie lentamente y metió sus largas manos blancas en los bolsillos de sus pantalones grises. Casi al instante, se oyeron cinco golpes en el portón exterior, anunciando la llegada del primero de los conspiradores.

—Bueno —dijo Syme lentamente—, no sé cómo contarle la verdad más brevemente que diciendo que su truco de disfrazarse de poeta sin rumbo no se limita a usted ni a su Presidente. En Scotland Yard conocemos ese truco desde hace tiempo.

Gregory intentó incorporarse de un salto, pero se tambaleó.

—¿Qué dices —preguntó con una voz que no era humana.

—Sí —dijo Syme simplemente—, soy detective de policía. Pero creo oír que vienen sus amigos.

Desde la puerta se oyó un murmullo que decía: “Joseph Chamberlain”. Se repitió dos, tres y luego treinta veces, y se oyó a la multitud de Joseph Chamberlains (¡pensamiento sobrecogedor!) recorriendo el pasillo.

III. EL HOMBRE QUE FUE JUEVES

Antes de que nadie atravesara la puerta, la sorpresa de Gregory se desvaneció. Saltó junto a la mesa, con un gruñido gutural como el de una bestia salvaje. Agarró el revólver Colt y apuntó a Syme. Éste no se inmutó, pero levantó una mano pálida y cortés.

—No sea ridículo —dijo con una dignidad feminoide de un cura—. ¿No se da cuenta de que no es necesario? ¿No ve que estamos los dos en el mismo barco, y hemos de aguantar juntos el mareo?

Gregory no podía hablar, pero tampoco podía disparar, y le observaba fijamente.

—¿No ve que nos hemos acorralado mutuamente? —gritó Syme—. No puedo decirle a la policía que usted es anarquista. Usted no puede decirles a los anarquistas que soy policía. Solo puedo vigilarle, sabiendo lo que es; usted sólo puede vigilarme, sabiendo lo que soy. En resumen, es un duelo solitario e intelectual, mi cabeza contra la suya. Soy un policía privado de la ayuda de la policía. Usted, amigo mío, es un anarquista privado de la ayuda de esa ley y esa organización tan esenciales para la anarquía. La única diferencia está a su favor. No está rodeado de policías curiosos; yo estoy rodeado de anarquistas curiosos. No puedo traicionarle, pero podría traicionarme a mí mismo. ¡Vamos, vamos! Espere y verá cómo me traiciono. Lo haré con mucho estilo.

Gregory dejó la pistola lentamente, sin dejar de mirar a Syme como si fuera un monstruo marino.

—No creo en la inmortalidad —dijo finalmente—, pero si, después de todo esto, rompiera su palabra, Dios le prepararía un infierno sólo para usted, donde aullaría eternamente.

—No faltaré a mi palabra —dijo Syme orgulloso—, ni usted faltará a la suya. Y aquí están sus amigos.

La multitud de anarquistas entró en la sala, con un paso premioso y cansino. Pero un hombrecillo, con barba negra y gafas —un hombre que se parecía un poco al señor Tim Healy⁹— se separó del grupo y avanzó apresuradamente con unos papeles en la mano.

—Camarada Gregory —dijo—, supongo que este hombre es un delegado.

Gregory, tomado por sorpresa, bajó la mirada y murmuró el nombre de Syme; pero Syme respondió casi con descaro:

—Me alegra ver que su puerta está lo suficientemente bien vigilada como para dificultar el acceso a cualquier persona que no sea delegado.

Sin embargo, la frente del hombrecillo de barba negra seguía contraída con algo parecido a la sospecha.

—¿A qué rama representa usted? —preguntó bruscamente.

—Difícilmente lo llamaría rama —dijo Syme riendo—; más bien lo llamaría raíz.

—¿Qué quiere decir?

—El hecho es —dijo Syme con serenidad—, lo cierto es que soy sabatario. He sido enviado especialmente aquí para asegurar que ustedes observen debidamente el domingo.

9 Timothy Michael Healy (1855-1931) fue un destacado nacionalista irlandés. Entró en el Parlamento en 1880.

El hombrecillo dejó caer uno de sus papeles, y un atisbo de temor cruzó los rostros de todos los presentes. Evidentemente, el temible Presidente, al que llamaban Domingo, a veces enviaba a embajadores irregulares a esas reuniones de las filiales.

—Bueno, camarada —dijo el hombre de los papeles tras una pausa—, supongo que será mejor que le demos un asiento en la reunión.

—Si me pide un consejo de amigo —dijo Syme con severa benevolencia—, creo que será lo mejor.

Al concluir el peligroso diálogo con una repentina seguridad para su rival, Gregory se levantó bruscamente y caminó de un lado a otro, sumido en dolorosos pensamientos. En efecto, se encontraba en un dilema sin fácil solución. Era evidente que la inspirada insolencia de Syme probablemente lo sacaría de todas las dificultades meramente casuales. Poco se podía esperar de ellas. Él mismo no podía traicionar a Syme, en parte por honor, pero también porque, si lo traicionaba y por alguna razón no lograba destruirlo, el Syme que escapara sería un Syme liberado de toda obligación de secreto, un Syme que simplemente iría a la comisaría más cercana. Después de todo, sólo era una reunión nocturna, y sólo un detective tendría conocimiento de ello. A lo largo de la noche revelaría un mínimo de detalles sobre sus planes, y se arriesgaría a dejar que Syme se fuera.

Se dirigió con paso firme hacia el grupo de anarquistas, que ya se estaba distribuyendo entre los bancos.

—Creo que es hora de empezar —dijo—; la barcaza ya está esperando en el río. Propongo que el camarada Buttons ocupe la silla.

Tras ser aprobada la moción a mano alzada, el hombrecillo con los papeles se deslizó hasta el asiento presidencial.

—Camaradas —comenzó como un disparo—, nuestra reunión de esta noche es importante, aunque no tiene por qué ser larga. Esta sección siempre ha tenido el honor de elegir a los Jueves para el Consejo Central Europeo. Hemos elegido a muchos y espléndidos Jueves. Todos lamentamos el triste fallecimiento del heroico trabajador que ocupó el cargo hasta la semana pasada. Sus servicios a la causa fueron considerables. Él organizó el gran atentado con dinamita de Brighton que, en circunstancias más favorables, debería haber acabado con la vida de todos los que estaban en el muelle. Como bien sabéis, su muerte fue tan abnegada como su vida, pues murió por su fe en una higiénica mezcla de tiza y agua como sustituto de la leche, bebida que consideraba bárbara y cruel para la vaca. La crueldad, o cualquier cosa que se le pareciera, siempre le repugnaba. Pero no nos hemos reunido para ensalzar sus virtudes, sino para una tarea más difícil. Es difícil alabar debidamente sus cualidades, pero es aún más difícil reemplazarlas. Sobre vosotros, camaradas, recae esta noche la tarea de elegir, entre los presentes, al hombre que será Jueves. Si algún camarada sugiere un nombre, lo someteré a votación. Si ningún compañero sugiere un nombre, sólo puedo decirme a mí mismo que ese querido dinamitero, que se ha ido de entre nosotros, se ha llevado a los abismos insondables el último secreto de su virtud y su inocencia.

Se oyó un murmullo de aplausos casi inaudibles, como los que a veces se oyen en una iglesia. Entonces un hombre mayor, con una larga y venerable barba blanca, quizás el único trabajador presente, se levantó pesadamente y dijo:

—Propongo que el camarada Gregory sea elegido Jueves —y volvió a sentarse pesadamente.

—¿Alguien apoya la moción? —preguntó el Presidente.

Un hombrecillo con abrigo de terciopelo y barba puntiaguda secundó la moción.

—Antes de someter el asunto a votación —dijo el Presidente—, pediré al camarada Gregory que haga una declaración.

Gregory se levantó en medio de un gran estruendo de aplausos. Su rostro estaba mortalmente pálido, de modo que, por contraste, su peculiar cabello rojo parecía casi escarlata. Pero sonreía y se

sentía completamente tranquilo. Había tomado una decisión y veía su mejor estrategia claramente frente a él, como un camino blanco. Su mejor oportunidad era pronunciar un discurso suave y ambiguo, de tal manera que dejara en la mente del detective la impresión de que la hermandad anarquista era, después de todo, un asunto más bien inofensivo. Creía en su propio poder retórico, en su capacidad para sugerir matices sutiles y elegir las palabras perfectas. Pensaba que con cuidado, a pesar de toda la gente que lo rodeaba, lograría transmitir una impresión de la institución sutil y delicadamente falsa. Syme había pensado en otro tiempo que los anarquistas, bajo toda su bravuconería, sólo hacían el tonto. ¿Acaso no podría ahora, en la hora del peligro, hacerle creer lo mismo?

—Camaradas —comenzó Gregory con voz baja pero penetrante—, no es necesario que les diga cuál es mi política, pues también es la de ustedes. Nuestra creencia ha sido calumniada, desfigurada, completamente confundida y ocultada, pero nunca alterada. Quienes hablan de anarquismo y sus peligros buscan información por todas partes, excepto en nosotros, excepto en la fuente original. Aprenden sobre anarquistas en novelas baratas; aprenden sobre anarquistas en periódicos comerciales; aprenden sobre anarquistas en el *Ally Sloper's Half-Holiday*¹⁰ y en el *Sporting Times*¹¹. Nunca preguntan sobre el anarquismo a los propios anarquistas. No tenemos ninguna posibilidad de negar las enormes calumnias que se acumulan sobre nuestras cabezas de un extremo a otro de Europa. El hombre que siempre ha oído que somos una plaga andante jamás ha escuchado nuestra respuesta. Sé que no la escuchará esta noche, aunque mi pasión querría que pudiera atravesar estas paredes. Porque es en lo más hondo de la tierra donde se permite que se reúnan los perseguidos, como se reunían los cristianos en las catacumbas. Pero si, por algún increíble accidente, hubiera aquí esta noche un hombre que durante toda su vida nos hubiera malinterpretado tan profundamente, le plantearía esta pregunta: Cuando aquellos cristianos se reunían en aquellas catacumbas, ¿qué reputación moral tenían en la calle? ¿Qué historias contaban de sus atrocidades los romanos cultos entre sí? Supongamos —le diría— que sólo estamos repitiendo esa paradoja aún misteriosa de la historia. Supongamos que parecemos tan escandalosos como los cristianos porque en realidad somos tan inofensivos como ellos. Supongamos que parecemos tan locos como los cristianos porque en realidad somos igual de mansos.

Los aplausos que habían recibido las primeras frases se habían ido desvaneciendo gradualmente, y con la última palabra cesaron de repente. En el abrupto silencio, el hombre de la chaqueta de terciopelo exclamó con voz aguda y estridente:

—¡Yo no soy manso!

—El camarada Witherspoon nos dice —retomó Gregory— que no es manso. ¡Ah, qué poco se conoce a sí mismo! Sus palabras son, en efecto, extravagantes; su aspecto es feroz, e incluso (para el gusto común) poco atractivo. Pero sólo la mirada de una amistad tan profunda y delicada como la mía puede percibir el profundo fundamento de sólida mansedumbre que yace en su base, demasiado profundo incluso para que él mismo lo vea. Repito, somos los verdaderos primeros cristianos, sólo que llegamos demasiado tarde. Somos sencillos, como ellos veneraban la sencillez; miren al camarada Witherspoon. Somos modestos, como ellos lo eran; mírenme. Somos misericordiosos...

—¡No, no! —gritó Witherspoon desde su chaqueta de terciopelo.

—Yo digo que somos misericordiosos —repitió Gregory furioso—, como lo fueron los primeros cristianos. Sin embargo, esto no impidió que se les acusara de comer carne humana. Nosotros no comemos carne humana...

—¡Vaya vergüenza! —exclamó Witherspoon—. ¿Y por qué no?

10 El *Ally Sloper's Half-Holiday* fue una revista humorística británica que nació en 1884, antecesora de los comics. Ally Sloper era su personaje principal.

11 *The Sporting Times* se fundó en 1865, y dejó de publicarse en 1932. Fue una revista semanal británica dedicada principalmente al deporte, y en particular a las carreras de caballos.

—El camarada Witherspoon —dijo Gregory con una alegría febril— está ansioso por saber por qué nadie se lo come (*risas*). En nuestra sociedad, al menos, que lo ama sinceramente, que está fundada en el amor...

—¡No, no! —gritó Witherspoon— ¡abajo el amor!

—...Que se fundamenta en el amor —repitió Gregory, rechinando los dientes—, no habrá dificultad alguna respecto a los objetivos que perseguiremos como cuerpo, o que yo perseguiría si fuera elegido como representante de ese cuerpo. Haciendo caso omiso de las calumnias que nos presentan como asesinos y enemigos de la sociedad humana, perseguiremos con valentía moral y serena presión intelectual los ideales permanentes de fraternidad y sencillez.

Gregory volvió a sentarse y se pasó la mano por la frente. El silencio fue repentino e incómodo, pero el Presidente se levantó como un autómatas y dijo con voz inexpressiva...

—¿Alguien se opone a la elección del camarada Gregory?

La asamblea parecía decepcionada de un modo difuso e instintivo, y el camarada Witherspoon se removía inquieto en su asiento y murmuraba entre dientes. Sin embargo, por la mera rutina, la moción se habría presentado y aprobado. Pero justo cuando el Presidente iba a hablar, Syme se puso de pie de un salto y dijo en voz baja y reposada:

—Sí, señor Presidente, me opongo.

El elemento más efectivo en la oratoria es un cambio inesperado en el tono de voz. Gabriel Syme evidentemente sabía de oratoria. Tras pronunciar estas primeras palabras formales con un tono moderado y una breve sencillez, hizo que sus siguientes frases resonaran con fuerza, como disparadas por un cañón.

—¡Camaradas! —gritó con una voz que hizo que todos saltaran en sus asientos—. ¿Hemos venido aquí para esto? ¿Vivimos bajo tierra como ratas para escuchar semejantes discursos? Estos son discursos que podríamos escuchar mientras comemos pastas en la escuela dominical. ¿Acaso forramos estas paredes con armas y cerramos esa puerta con la muerte para que nadie venga y escuche? El camarada Gregory nos dice: “sean buenos y serán felices”, “la honestidad es la mejor política” y “la virtud conlleva su propia recompensa”. No hubo una sola palabra en el discurso del camarada Gregory que un cura no hubiera escuchado con agrado (*¡bravo!*). Pero yo no soy cura (*fuertes aplausos*), y no lo escuché con agrado (*nuevos aplausos*). El hombre capacitado para ser un buen cura no está capacitado para ser un Jueves resuelto, enérgico y eficaz (*¡bravo!*). El camarada Gregory nos ha dicho, como pidiendo perdón, que no somos enemigos de la sociedad. Pero yo digo que sí lo somos, y peor para ella. Somos enemigos de la sociedad, porque la sociedad es enemiga de la humanidad, su enemiga más antigua y despiadada (*¡bravo!*). El camarada Gregory nos ha dicho, de nuevo con tono de disculpa, que no somos asesinos. En eso estoy de acuerdo. No somos asesinos, somos verdugos (*¡aplausos!*)

Desde que Syme se levantó, Gregory se había quedado mirándolo fijamente, con el rostro paralizado por el asombro. Pero ahora, sus labios trémulos se entreabrieron y dijo con una precisión mecánica y sin vida:

—¡Maldito hipócrita!

Syme miró fijamente a esos ojos espantosos con sus propios ojos azul pálido y dijo con dignidad:

—El camarada Gregory me acusa de hipocresía. Sabe tan bien como yo que cumplo con todos mis compromisos y no hago más que mi deber. No me ando con rodeos. No pretendo hacerlo. Digo que el camarada Gregory no es apto para ser Jueves a pesar de todas sus amables cualidades. No es apto para ser Jueves precisamente por sus amables cualidades. No queremos que el Consejo Supremo de la Anarquía se contagie de una compasión sentimental (*¡bravo!*). Este no es momento para la cortesía ceremonial, ni tampoco para la modestia ceremonial. Me opongo al camarada Gregory como me opondría a todos los Gobiernos de Europa, porque el anarquista que se ha

entregado a la anarquía ha olvidado la modestia tanto como ha olvidado el orgullo (*aplausos*). No soy un hombre. Soy una causa (*nuevos aplausos*). Me opongo al camarada Gregory de forma tan impersonal y con la misma calma con la que elegiría una pistola u otra de ese estante en la pared; y digo que antes que tener a Gregory y sus métodos aguados en el Consejo Supremo, me ofrecería para ser elegido...

Su discurso quedó ahogado en una ensordecedora ovación. Sus rostros, cuanto más asentían a la diatriba, mayor ferocidad manifestaban; sus rostros se deformaban con sonrisas esperanzadas y con gritos de júbilo. En el momento en que Syme anunció que se postulaba al cargo de Jueves, un rugido de entusiasmo y aprobación estalló, volviéndose incontrolable, y en ese mismo instante Gregory se puso de pie de un salto, y echando espuma por la boca, aulló sobre el griterío.

—¡Alto, malditos locos! —gritó con una voz que le desgarraba la garganta—. ¡Alto, deteneos...!

Pero más fuerte que los gritos de Gregory y más fuerte que la marabunta, se oyó la voz de Syme, que seguía hablando con una voz despiadada de trueno.

—No voy al Consejo a refutar la supuesta calumnia de los que nos llaman asesinos; voy a merecer esas mismas calumnias (*aplausos fuertes y prolongados*). Al sacerdote que dice que sois enemigos de la religión, al juez que dice que sois enemigos de la ley, al parlamentario seboso que dice que sois enemigos del orden y de la decencia pública, a todos ellos les responderé: “Sois falsos reyes, pero verdaderos profetas. He venido a destruirlos y a cumplir vuestras profecías.”

El fuerte clamor fue disminuyendo gradualmente, pero antes de que cesara por completo, Witherspoon se puso de pie de un salto, con el pelo y la barba erizados, y dijo:

—Propongo, como enmienda, que el camarada Syme sea nombrado para el cargo.

—¡Deteneos, os lo repito! —gritó Gregory, con el rostro desencajado y agitando las manos—. ¡Deteneos, todo esto es...!

La voz del Presidente tiñó su discurso con un acento frío.

—¿Alguien apoya esta enmienda? —preguntó.

Se observó a un hombre alto y cansado, con ojos melancólicos y barba americana, sentado en el banco del fondo, levantándose lentamente. Gregory llevaba un rato gritando; ahora hubo un cambio en su tono, más impactante que cualquier grito.

—¡Acabemos de una vez! —dijo con una voz pesada como una piedra—. Este hombre no puede ser elegido. Es un...

—Sí —dijo Syme, imperturbable—, ¿qué soy?

La boca de Gregory se movió dos veces sin emitir ningún sonido; luego, lentamente, la sangre comenzó a regresar a su rostro inerte.

—Es un hombre bastante inexperto en nuestro trabajo —dijo, y se sentó bruscamente.

Antes de que lo hiciera, el hombre alto y delgado con barba americana se puso de nuevo de pie y dijo con un monótono acento americano:

—Me permito secundar la elección del camarada Syme.

—La enmienda, como de costumbre, se presentará primero —dijo Buttons, el Presidente, con rapidez mecánica—. La cuestión es que el camarada Syme...

Gregory se había puesto de pie de nuevo, jadeando y lleno de pasión.

—¡Camaradas! —gritó—, no estoy loco.

—¡Oh, oh! —dijo Witherspoon.

—No estoy loco —reiteró Gregory con una sinceridad espantosa que por un instante dejó a todos boquiabiertos—, pero les doy un consejo que pueden llamar locura si quieren. No, no lo llamaré consejo, pues no tengo razón para ello. Lo llamaré orden. Llámenlo orden descabellada,

pero síganla. ¡Golpéenme, pero escúchenme! ¡Mátenme, pero obedézcanme! ¡No elijan a este hombre!

La verdad es tan terrible, incluso encadenada, que por un instante la frágil y descabellada victoria de Syme osciló como una caña. Pero nadie lo descubrió en los sombríos ojos azules de Syme. Simplemente comenzó...

—El camarada Gregory da órdenes...

Entonces el hechizo se rompió, y un anarquista gritó a Gregory:

—¿Quién eres? No eres Domingo.

Y otro anarquista añadió con voz más grave:

—Y tampoco eres Jueves.

—¡Camaradas! —gritó Gregory con una voz como la del mártir que, en un éxtasis de dolor, lo ha trascendido—, me da igual que me detestéis como tirano o como esclavo. Si no acatáis mis órdenes, aceptad mi humillación. Me arrodillo ante vosotros. Me postro a vuestros pies. Os lo imploro. No elijáis a este hombre.

—Camarada Gregory —dijo el Presidente tras una pausa dolorosa— esto no es nada digno.

Por primera vez en el proceso, hubo un verdadero silencio durante unos segundos. Entonces Gregory se desplomó en su asiento, un hombre pálido y demacrado, y el Presidente repitió, como un mecanismo de relojería que de repente se pone en marcha de nuevo:

—La cuestión es que el camarada Syme sea elegido para el cargo de Jueves en el Consejo General.

Un rugido se alzó como el mar, las manos se alzaron como un bosque, y tres minutos después, Gabriel Syme, del Servicio Secreto de Policía, fue elegido para el cargo de Jueves en el Consejo General de los Anarquistas de Europa.

Todos parecían pensar en la barcaza que aguardaba a orillas del río, en el bastón-estoque y en el revólver que reposaban sobre la mesa. En el momento en que concluyó irrevocablemente la elección, y Syme recibió el documento que la acreditaba, todos se pusieron de pie, y cesando la exaltación, se entremezclaron por la sala. Syme se encontró, de alguna manera, frente a frente con Gregory, quien aún lo miraba con una expresión atónita de odio. Permanecieron en silencio durante unos instantes.

—¡Es usted un demonio! —dijo Gregory finalmente.

—Y usted todo un caballero —dijo Syme con gravedad.

—Es usted quien me ha atrapado —comenzó Gregory, temblando de pies a cabeza—, me ha atrapado en...

—Hable con sensatez —dijo Syme secamente—. ¿En qué clase de parlamento infernal me atrapó usted, si vamos a eso? Me hizo jurar antes de que yo le hiciera jurar a usted. Quizás ambos estemos haciendo lo que creemos correcto. Pero lo que creemos correcto es tan condenadamente diferente que no puede haber ninguna concesión entre nosotros. No hay concesión posible. Entre nosotros sólo queda el honor y la muerte —y se echó la gran capa sobre los hombros y cogió el frasco de la mesa.

—El barco ya está listo —dijo Buttons, acercándose apresuradamente—. Por favor, venga.

Con un gesto que delató al dependiente, condujo a Syme por un corto pasadizo de hierro, con Gregory, aún atormentado, siguiéndoles los talones con frenesí. Al final del pasadizo había una puerta que Buttons abrió bruscamente, revelando una repentina imagen azul y plateada del río iluminado por la luna, que parecía una escena teatral. Cerca de la abertura se encontraba una barcaza de vapor oscura y diminuta, como un pequeño dragón con un ojo rojo.

Casi al mismo tiempo que subía a bordo, Gabriel Syme se volvió hacia el desconcertado Gregory.

—Ha cumplido usted su palabra —dijo educadamente, con el rostro en la sombra—. Es usted un hombre de honor, y se lo agradezco. La ha cumplido hasta en un pequeño detalle. Había algo especial que me prometió al principio de todo esto, y que sin duda también ha cumplido.

—¿Qué quiere decir? —gritó confuso Gregory—. ¿Qué le prometí?

—Una velada muy entretenida —dijo Syme, e hizo un saludo militar con el bastón-estoque mientras la barcaza de vapor se alejaba.

IV. LA HISTORIA DE UN DETECTIVE

Gabriel Syme no era simplemente un detective que fingía ser poeta; era realmente un poeta que se había convertido en detective. Su odio a la anarquía tampoco era hipócrita. Era de los que, desde temprana edad, se ven empujados a unas actitudes muy conservadoras por la desconcertante insensatez de la mayoría de los revolucionarios. No siguió dócilmente ninguna tradición. Su respetabilidad fue espontánea y repentina, una rebelión contra la rebelión. Provenía de una familia de excéntricos, en la que los mayores tuvieron las ideas más originales. Uno de sus tíos siempre andaba sin sombrero, y otro había intentado, sin éxito, andar sólo con sombrero. Su padre cultivaba el arte y la autorrealización; su madre se inclinaba por la sencillez y la higiene. Por lo tanto, el niño, durante sus primeros años, desconocía por completo cualquier bebida que no fuera el ajeno o el cacao, y de ambos acabó sintiendo una sana aversión. Cuanto más predicaba su madre una abstinencia que iba más allá de lo puritano, más se adentraba su padre en un terreno que iba más allá de lo pagano; y para cuando la primera llegó a imponer el vegetarianismo, el segundo ya casi defendía la antropofagia.

Rodeado desde niño por todo tipo imaginable de rebeldía, Gabriel necesitaba rebelarse contra algo, así que se rebeló en nombre de lo único que le quedaba: la cordura. Pero aún corría por sus venas la sangre de esos fanáticos, lo suficiente como para que incluso su protesta por el sentido común resultara demasiado feroz para ser sensata. Su odio hacia la anarquía moderna también había sido coronado por un accidente. Dio la casualidad de que caminaba por cierta calle cuando se produjo un atentado con dinamita. Por un momento estuvo ciego y sordo, y luego vio, al disiparse el humo, los cristales rotos y los rostros ensangrentados. Después de eso, siguió con su vida normal: tranquilo, cortés, bastante amable; pero había una parte de su mente que no estaba cuerda. No consideraba a los anarquistas, como hacemos la mayoría de nosotros, como un puñado de hombres morbosos que combinaban ignorancia e intelectualismo. Los consideraba un peligro enorme e implacable, como la invasión de los hunos.

De forma insistente, vertía en los periódicos, o más bien en sus papeleras, un torrente de relatos, versos y artículos violentos, advirtiendo a los hombres sobre este torrente de negación bárbara. Pero no parecía que esto afectase de ningún modo a su enemigo y, lo que era peor, tampoco llegaba a ganarse la vida. Mientras paseaba por la orilla del Támesis, mordiendo amargamente un cigarro barato y meditando sobre el avance de la anarquía, no había anarquista con una bomba en el bolsillo tan salvaje ni tan solitario como él. En realidad, siempre le pareció que el Gobierno estaba solo y desesperado, acorralado, y eso era lo que impulsaba a su quijotismo a ponerse de su lado.

Una tarde paseaba por la ribera bajo una puesta de sol de color encendido. El río rojo reflejaba el cielo rojo, y ambos reflejaban su ira. El cielo, en efecto, era tan oscuro, y la luz sobre el río tan lúgubre, que el agua casi parecía una llama más feroz que la puesta de sol que reflejaba. Parecía un flujo ígneo que serpenteaba hacia las vastas cavernas de un país subterráneo.

Syme tenía un aspecto desaliñado en aquellos días. Llevaba un sombrero de copa negro anticuado; iba envuelto en una capa aún más anticuada, negra y andrajosa; y la combinación le daba el aspecto de los primeros villanos de Dickens y de Bulwer Lytton. Además, su barba y cabello rubios estaban más descuidados y leoninos que cuando, mucho tiempo después, lucían bien recortados y atusados en los jardines de Saffron Park. Un largo y delgado cigarro negro, comprado

en el Soho por dos peniques, sobresalía entre sus dientes apretados, y en conjunto parecía un ejemplar muy apropiado de aquellos anarquistas a los que había jurado una guerra santa. Quizás por eso un policía en el Embankment se dirigió a él y le dijo:

—Buenas noches.

Syme, sumido en una crisis de temores mórbidos por la humanidad, pareció conmovido por la mera impasibilidad mecánica del oficial, una simple masa azul en el crepúsculo.

—¿Con que buena noche? —contestó bruscamente—. Ustedes dirían que el fin del mundo es una buena noche. ¡Mire ese sol rojo y ese río! Estoy seguro de que si eso fuera literalmente sangre humana, derramada y brillante, seguirían aquí, tan firmes como siempre, buscando a algún pobre vagabundo inofensivo al que pudieran hacer circular. Ustedes, los policías, son crueles con los pobres, pero podría perdonarles incluso su crueldad si no fuera por su cachaza.

—Si nosotros estamos tranquilos —respondió el policía—, es porque tenemos la tranquilidad de la resistencia organizada.

—¿Cómo dice? —preguntó Syme, mirándolo fijamente.

—El soldado debe mantener la calma en el fragor de la batalla —continuó el policía—. La serenidad de un ejército es el reflejo de la ira de una nación.

—¡Dios mío, las escuelas estatales! —exclamó Syme—. ¿Es esto la educación laica?

—No —dijo el policía con tristeza—, nunca tuve ninguna de esas ventajas. Las escuelas estatales surgieron después de mi época. La educación que recibí fue muy rudimentaria y anticuada, me temo.

—¿Dónde estudió? —preguntó Syme, intrigado.

—Ah, en Harrow¹² —dijo el policía.

Las simpatías de clase que, por falsas que sean, son las cosas más verdaderas en tantos hombres, se le escaparon a Syme antes de poder controlarlas.

—Pero, Dios mío —dijo—, ¿no debería ser policía!

El policía suspiró y asintió con la cabeza.

—Lo sé —dijo solemnemente—, sé que no soy digno.

—¿Pero por qué se hizo policía? —preguntó Syme con curiosidad grosera.

—Por la misma razón por la que usted habla mal de la policía —respondió el otro—. Descubrí que había una oportunidad especial en el servicio para aquellos cuyos temores por la humanidad se centraban más en las aberraciones del intelecto científico que en los estallidos normales y excusables, aunque excesivos, de la voluntad humana. Espero haberme explicado con claridad.

—Si se refieres a que ha expresado de forma clara su opinión —dijo Syme—, supongo que sí. Pero en cuanto a si yo le comprendo, en absoluto. ¿Qué hace un hombre como usted hablando de filosofía, llevando el casco azul en la orilla del Támesis?

—Evidentemente, usted no ha oído hablar de las últimas innovaciones de nuestro sistema policial —respondió el otro—. No me sorprende. Lo mantenemos bastante oculto a la clase educada, porque en ella se encuentran la mayoría de nuestros enemigos. Pero usted parece poseer en la mentalidad adecuada. Creo que casi podría unirse a nosotros.

—¿Unirme a qué? —preguntó Syme.

—Le diré —dijo el policía lentamente—. Esta es la situación: el jefe de uno de nuestros departamentos, uno de los detectives más célebres de Europa, opina desde hace tiempo que una conspiración puramente intelectual pronto amenazará la existencia misma de la civilización. Está seguro de que los mundos científico y artístico se han unido silenciosamente en una cruzada contra la Familia y el Estado. Por lo tanto, ha formado un cuerpo especial de policías, policías que también

12 La elitista Harrow School fundada en 1572.

son filósofos. Su trabajo consiste en vigilar los inicios de esta conspiración, no sólo en un sentido criminal, sino también en el sentido de la controversia. Yo mismo soy demócrata y soy plenamente consciente del valor del hombre común en cuestiones de valor o virtud cotidianas. Pero obviamente, no sería oportuno emplear a un policía común en una investigación que también es una caza de la herejía.

Los ojos de Syme brillaban con una curiosidad entusiasta.

—¿Y qué hace usted, entonces? —preguntó.

—El trabajo del policía filósofo —respondió el hombre de azul—, es a la vez más audaz y más sutil que el del detective común. El detective común va a las tabernas para arrestar ladrones; nosotros vamos a las fiestas de escritores para detectar pesimistas. El detective común descubre, a partir de un libro de contabilidad o de un diario, que se ha cometido un delito. Nosotros descubrimos, a partir de un libro de sonetos, que se cometerá un delito. Tenemos que rastrear el origen de esos pensamientos terribles que, en última instancia, empujan a los hombres al fanatismo intelectual y al crimen intelectual. Llegamos justo a tiempo para evitar el asesinato de Hartlepool, y eso se debió enteramente a que nuestro señor Wilks (un joven muy inteligente) desentrañó a la perfección un tresillo musical.

—¿Me asegura usted —preguntó Syme— que de verdad existe una conexión tan estrecha entre el crimen y el intelecto moderno?

—No es usted suficientemente democrático —respondió el policía—, pero tenían razón cuando se decía que nuestro trato habitual hacia el pobre delincuente era bastante brutal. Les digo que a veces me canso de mi oficio cuando veo que perpetuamente se reduce a una guerra contra los ignorantes y los desesperados. Pero este nuevo movimiento nuestro es un asunto muy diferente. Negamos la esnob suposición inglesa de que los incultos son los criminales peligrosos. Recordamos a los emperadores romanos. Recordamos a los grandes envenenadores del Renacimiento. Decimos que el criminal peligroso es el criminal instruido. Decimos que el criminal más peligroso ahora es el filósofo moderno completamente anárquico. Comparados con él, los ladrones y los bigamos son esencialmente hombres morales; me compadezco de ellos. Aceptan la idea esencial del hombre; simplemente la buscan de forma equivocada. Los ladrones respetan la propiedad. Simplemente desean que la propiedad se convierta en suya para poder respetarla más plenamente. Pero a los filósofos les disgusta la propiedad como tal; desean destruir la idea misma de posesión personal. Los bigamos respetan el matrimonio, de lo contrario no se someterían a la formalidad altamente ceremonial e incluso ritualista de la bigamia. Pero los filósofos desprecian el matrimonio como tal. Los asesinos respetan la vida humana; simplemente desean alcanzar una mayor plenitud de la vida humana en sí mismos mediante el sacrificio de lo que les parecen vidas inferiores. Pero los filósofos odian la vida misma, tanto la suya como la ajena.

Syme enlazó las manos entusiasmado.

—¡Qué cierto es eso! —exclamó—. Lo he sentido así desde mi niñez, pero nunca pude expresar esa antítesis verbal. El delincuente común es un hombre malo, pero al menos es, por así decirlo, un hombre bueno en potencia. Si tan solo lograra eliminar cierto obstáculo —por ejemplo un tío rico— entonces estaría dispuesto a aceptar el universo y a alabar a Dios. Es un reformador, pero no un anarquista. Desea limpiar el edificio, pero no destruirlo. Pero el filósofo malvado no intenta alterar las cosas, sino aniquilarlas. Sí, el mundo moderno ha conservado todas aquellas facetas del trabajo policial que son verdaderamente opresivas e ignominiosas: el acoso a los pobres, el espionaje a los desfavorecidos. Ha abandonado su labor más digna: el castigo de los poderosos traidores del Estado y de los poderosos herejes de la Iglesia. Los modernos dicen que no debemos castigar a los herejes. Mi única duda es si tenemos derecho a castigar a alguien más.

—¡Pero esto es absurdo! —exclamó el policía con una excitación inusual en personas de su complexión y uniforme—. ¡Es intolerable! No sé a qué se dedica, pero está malgastando su vida. Debe unirse a nuestro ejército especial contra la anarquía. Sus ejércitos están en nuestras fronteras.

Su ataque está a punto de estallar. Un instante más y podría perder la gloria de trabajar con nosotros, tal vez la gloria de morir con los últimos héroes del mundo.

—Es una oportunidad que no se puede desaprovechar, sin duda —asintió Syme—, pero aún así no lo entiendo del todo. Sé tan bien como cualquiera que el mundo moderno está plagado de hombres sin ley y de movimientos descabellados. Pero, por muy bestiales que sean, generalmente tienen el mérito de discrepar entre sí. ¿Cómo se puede hablar de que se unan en un solo ejército o lancen un golpe conjunto? ¿Qué anarquía haría esto?

—No se confunda —respondió el agente— con esos brotes fortuitos de dinamita de Rusia o de Irlanda, que en realidad son brotes de hombres oprimidos, aunque equivocados. Este es un vasto movimiento filosófico, compuesto por un anillo exterior y otro interior. Incluso podría llamarse al anillo exterior laicos y al interior el sacerdocio. Prefiero llamar al anillo exterior la sección inocente y al interior la sección supremamente culpable. El anillo exterior —la masa principal de sus partidarios— son simplemente anarquistas; es decir, hombres que creen que las reglas y las fórmulas han destruido la felicidad humana. Creen que todos los resultados nefastos del crimen humano son el resultado del sistema que lo ha llamado crimen. No creen que el crimen cree el castigo. Creen que el castigo ha creado el crimen. Creen que si un hombre sedujera a siete mujeres, naturalmente sería tan inocente como las flores de primavera. Creen que si un hombre robara una cartera, se sentiría exquisitamente bien. A estos los llamo la sección inocente.

—¡Vaya! —dijo Syme.

—Naturalmente, por lo tanto, estas personas hablan de “el tiempo feliz que se avecina”; “el paraíso del futuro”; “la humanidad liberada de la esclavitud del vicio y de la esclavitud de la virtud”, y así sucesivamente. Y así también hablan los hombres del círculo íntimo: el sagrado sacerdocio. También hablan a multitudes que aplauden sobre la felicidad del futuro y sobre la humanidad liberada al fin. Pero en sus bocas —y el policía bajó la voz— en sus bocas estas frases felices tienen un significado horrible. No se hacen ilusiones; son demasiado intelectuales para pensar que el hombre en esta tierra pueda alguna vez estar completamente libre del pecado original y de la lucha. Y se refieren a la muerte. Cuando dicen que la humanidad será libre al fin, se refieren a que la humanidad se suicidará. Cuando hablan de un paraíso sin bien ni mal, se refieren a la tumba. Sólo tienen dos objetivos: destruir primero a la humanidad y luego destruirse a sí mismos. Por eso lanzan bombas en lugar de disparar pistolas. La gente común inocente está decepcionada porque la bomba no ha matado al rey; pero el sumo sacerdocio está contento porque ha matado a alguien.

—¿Cómo puedo unirme a ustedes? —preguntó Syme con cierta pasión.

—Sé con certeza que hay una vacante en este momento —dijo el policía—, pues tengo el honor de gozar de cierta confianza del jefe del que le he hablado. Debería venir a verlo. O mejor dicho, no diría que lo vea, porque nadie lo ve nunca; pero puede hablar con él si quiere.

—¿Por teléfono? —preguntó Syme con interés.

—No —dijo el policía con calma—, le gusta estar siempre en una habitación a oscuras. Dice que así se le aclaran las ideas. Venga conmigo.

Algo aturdido y considerablemente excitado, Syme se dejó conducir hasta una puerta lateral en la larga hilera de edificios de Scotland Yard. Casi sin darse cuenta, pasó por las manos de unos cuantos funcionarios intermedios y, de repente, lo condujeron a una habitación cuya oscuridad abrupta lo sobresaltó como lo habría hecho un destello de luz. No era la oscuridad habitual, en la que apenas se distinguen las formas; era como quedarse ciego de repente.

—¿Es usted el nuevo recluta? —preguntó una voz grave.

Y de alguna manera extraña, aunque no se distinguía ni la sombra de una figura en la penumbra, Syme supo dos cosas: primero, que provenía de un hombre de enorme estatura; y segundo, que el hombre le daba la espalda.

—¿Es usted el nuevo recluta? —preguntó el jefe invisible, que parecía haberlo oído todo—. Muy bien. Está contratado.

Syme, completamente cautivado, intentó en vano oponerse a esa frase irrevocable.

—Realmente no tengo experiencia —comenzó diciendo.

—Nadie tiene experiencia —dijo el otro— en la Batalla del Armagedón¹³.

—Pero realmente no estoy capacitado...

—Si está dispuesto, eso es suficiente —dijo el desconocido.

—Bueno, la verdad —dijo Syme—, no conozco ninguna profesión en la que la buena voluntad sea suficiente.

—Yo sí —dijo el otro—, la de mártir. Le estoy condenando a muerte. Que tenga un buen día.

Así fue como, cuando Gabriel Syme volvió a salir a la luz carmesí del atardecer, con su raído sombrero negro y su raída capa de forajido, y salió como miembro del Nuevo Cuerpo de Detectives para frustrar la gran conspiración. Siguiendo el consejo de su amigo el policía (que era profesionalmente inclinado a la pulcritud), se recortó el pelo y la barba, compró un buen sombrero, se vistió con un exquisito traje de verano de color azul grisáceo claro, con una flor amarilla pálida en el ojal, y, en resumen, se convirtió en esa persona elegante y un tanto insoportable que Gregory había conocido por primera vez en el diminuto jardín de Saffron Park. Antes de abandonar definitivamente la comisaría, su amigo le entregó una pequeña tarjeta azul en la que ponía “La Última Cruzada” y un número, símbolo de su autoridad oficial. La guardó cuidadosamente en el bolsillo superior de su chaleco, encendió un cigarrillo y salió a rastrear y combatir al enemigo en todos los salones de Londres. Ya hemos visto adónde le llevó finalmente su aventura. Alrededor de la una y media de una noche de febrero, se encontró navegando en una pequeña barcaza por el silencioso Támesis, armado con un bastón-estoque y un revólver, el Jueves del Consejo Central de Anarquistas, elegido según el reglamento.

Cuando Syme subió a la barcaza tuvo la singular sensación de adentrarse en algo completamente nuevo; no sólo en el paisaje de una tierra nueva, sino incluso en el paisaje de un planeta nuevo. Esto se debía principalmente a la decisión descabellada pero firme de aquella noche, aunque en parte también a un cambio total en el clima y el cielo desde que entró en la pequeña taberna unas dos horas antes. El pasional plumaje de las nubes en la puesta de sol había desaparecido, y una luna desnuda se alzaba en el cielo despejado. La luna era tan intensa y plena que, por un efecto paradójico que a menudo se observa, parecía un sol debilitado. No transmitía la sensación de un claro de luna, sino más bien la de un día completamente deslucido.

El paisaje se extendía con una antinatural decoloración de la luz y, parecida a la de ese crepúsculo funesto del que hablaba Milton, proyectado por el sol durante un eclipse. De modo que Syme recayó fácilmente en su primer pensamiento: que en realidad se encontraba en otro planeta, más vacío, que orbitaba alrededor de una estrella más triste. Pero cuanto más sentía esa desolación resplandeciente en la tierra iluminada por la luna, más brillaba su propia locura caballeresca en la noche como un gran fuego. Incluso las cosas comunes que llevaba consigo —la comida, el coñac y la pistola cargada— adquirieron esa poesía concreta y material que siente un niño que lleva una escopeta de plomos... o un bollo a la cama. El bastón-estoque y la petaca de coñac, aunque en sí mismos sólo eran herramientas de conspiradores mórbidos, se convirtieron en expresiones de su propio desinteresada aventura. El bastón-estoque se convirtió casi en la espada del caballero, y el coñac en el vino de la última copa, con un pie en el estribo. Pues incluso las fantasías modernas más deshumanizadas dependen de alguna imagen más antigua y más sencilla; las aventuras pueden ser descabelladas, pero el aventurero debe estar cuerdo. El dragón sin San Jorge ni siquiera sería grotesco. Así pues, este paisaje inhumano sólo resultaba significativo gracias a la presencia de un individuo verdaderamente humano. Para la mente exaltada de Syme, las casas y terrazas brillantes y

13 La batalla final citada en el Apocalipsis.

desoladas junto al Támesis parecían tan vacías como las montañas de la luna. Pero incluso la luna resulta poética sólo porque hay un hombre en ella.

La barcaza, tripulada por dos hombres, avanzaba con relativa lentitud, a pesar del gran esfuerzo que realizaba. La luna llena que había iluminado Chiswick ya se había ocultado cuando pasaron Battersea, y al llegar bajo la imponente mole de Westminster, el día comenzaba a abrirse paso. Y la mañana rompió como si se partieran grandes lingotes de plomo, dejando al descubierto otros lingotes de plata; y estos brillaban ya como fuego blanco cuando la barcaza, cambiando su rumbo, viró hacia un gran muelle, un poco más allá de Charing Cross.

Las grandes piedras de la escollera parecían igualmente oscuras y gigantescas mientras Syme las contemplaba. Eran grandes y negras contra el inmenso blanco del amanecer. Le daban la sensación de estar desembarcando en los colosales escalones de algún palacio egipcio; y, en efecto, aquello encajaba con su estado de ánimo, pues, en su mente, se disponía a atacar los sólidos tronos de reyes terribles y paganos. Saltó de la barca a unas gradas resbaladizas, y se quedó de pie, una figura oscura y esbelta, en medio de las enormes piedras. Los dos hombres de la barcaza la alejaron de nuevo y remontaron la corriente. No habían pronunciado ni una sola palabra.

V. EL FESTÍN DEL MIEDO

Al principio, la gran escalera de piedra le pareció a Syme tan desierta como una pirámide; pero antes de llegar a la cima, se dio cuenta de que había un hombre asomado al parapeto del muelle, mirando al otro lado del río. Su figura era bastante convencional, ataviado con un sombrero de seda y una levita del tipo más formal; llevaba una flor roja en el ojal. A medida que Syme se acercaba paso a paso, ni siquiera movió un pelo; y Syme pudo acercarse lo suficiente como para notar, incluso en la tenue y pálida luz de la mañana, que su rostro era largo, pálido e inteligente, y terminaba en un pequeño mechón triangular de barba oscura justo en la punta de la barbilla, mientras todo el resto estaba afeitado. Este mechón de pelo casi parecía un mero descuido; lo demás del rostro era del tipo que mejor se ve afeitado: nítido, ascético y a su modo, noble. Syme se acercó cada vez más, observando todo esto, y la figura seguía sin moverse.

Al principio, un instinto le había dicho a Syme que aquel era el hombre con quien debía encontrarse. Luego, al ver que el hombre no hacía ninguna señal, concluyó que no lo era. Y ahora, de nuevo, había vuelto a la certeza de que aquel hombre tenía algo que ver con su descabellada aventura. Pues el hombre permanecía más quieto de lo que habría sido natural ante un desconocido que se le aproximaba tanto. Estaba tan inmóvil como una figura de cera, y éstas tenían la virtud de crisparle los nervios. Syme miró una y otra vez el rostro pálido, digno y delicado, y el rostro seguía mirando fijamente al otro lado del río. Entonces sacó del bolsillo la nota de Buttons que probaba su elección y la puso delante de aquel rostro triste y hermoso. Entonces el hombre sonrió; y su sonrisa fue una sorpresa, pues estaba torcida, subiendo por la mejilla derecha y bajando por la izquierda.

No había nada, racionalmente hablando, para que esto asustara a nadie. Mucha gente tiene este gesto nervioso de una sonrisa torcida, y en muchos casos resulta incluso atractivo. Pero en todas las circunstancias de Syme, con el amanecer oscuro, la misión mortal y la soledad sobre las grandes piedras que goteaban, había algo inquietante. Estaba el río silencioso y el hombre silencioso, un hombre de rostro incluso clásico. Y estaba el último toque de pesadilla: la extraordinaria sonrisa torcida.

El espasmo de la sonrisa fue fugaz, y el rostro del hombre se sumió de inmediato en una melancolía armoniosa. Habló sin dar más explicaciones ni preguntar nada, como quien se dirige a un viejo colega.

—Si caminamos hacia Leicester Square —dijo—, llegaremos justo a tiempo para el desayuno. Domingo siempre insiste en desayunar temprano. ¿Ha dormido algo?

—No —dijo Syme.

—Yo tampoco —respondió el hombre con tono normal—. Intentaré acostarme después del desayuno.

Hablaba con una cortesía informal, pero con una voz completamente muerta que contradecía el fanatismo de su rostro. Parecía casi como si todas las palabras amistosas fueran para él meras fórmulas sin vida, y su única vida fuera el odio. Tras una pausa, el hombre volvió a hablar.

—Por supuesto, el Secretario de su sección le habrá explicado todo lo que se podía contar. Pero lo único que jamás se podrá contar es la última idea del Presidente, pues sus ideas crecen como una selva tropical. Así que, por si no lo sabe, mejor le digo que ahora mismo está llevando a cabo su

idea de ocultarnos sin ocultarnos, hasta límites insospechados. Al principio, claro, nos reuníamos en una celda subterránea, igual que su sección. Luego, Domingo nos hizo reservar una sala privada en un restaurante cualquiera. Dijo que si no parecías esconderte, nadie te buscaría. Bueno, sé que es el hombre más excepcional de toda la Tierra; pero a veces pienso que su enorme cerebro se está desequilibrando un poco con la edad. Y es que ahora nos exhibimos ante el público. Desayunamos en un balcón —en un balcón, qué le parece— con vistas a Leicester Square.

—¿Y qué dice la gente? —preguntó Syme.

—Es muy sencillo lo que dicen —respondió su guía—. Dicen que somos un grupo de caballeros alegres que fingen ser anarquistas.

—Me parece una idea muy astuta —dijo Syme.

—¡Astuta! ¡Maldito sea su descaro! ¡Astuto! —gritó el otro con una voz repentina y estridente, tan sorprendente y discordante como su sonrisa torcida—. Cuando vea a Domingo aunque sea por un instante, dejará de llamarlo astuto.

Con esto salieron de un callejón y vieron la luz del sol matutino bañando Leicester Square. Supongo que nunca se sabrá por qué esta plaza tal como es parece tan extraña y, en cierto modo, tan continental. Nunca se sabrá si es su aspecto extranjero lo que atrae a los extranjeros o si son los extranjeros quienes le dan ese aspecto. Pero en esa mañana en particular, el efecto parecía singularmente brillante y claro. Entre la plaza abierta, las copas de los árboles iluminadas por el sol, la estatua y los contornos sarracenos del Alhambra¹⁴, parecía la réplica de algún espacio público francés o incluso español. Y este efecto aumentó en Syme la sensación, que de muchas formas había tenido a lo largo de toda la aventura, la extraña sensación de haberse adentrado en un mundo nuevo. De hecho, había comprado puros de mala calidad cerca de Leicester Square desde que era un muchacho. Pero al doblar la esquina y ver los árboles y las cúpulas moriscas, juraría que se dirigía a una *Place* de no sé qué en alguna ciudad extranjera.

En una esquina de la plaza se alzaba la silueta de un hotel¹⁵ próspero pero tranquilo, cuya mayor parte se extendía por una calle contigua. En la fachada había una gran entrada que daba paso a un amplio salón de café; y por encima, dominando sobre la plaza, había un balcón de dimensiones formidables, lo suficientemente grande como para albergar una mesa de comedor. De hecho, contenía una mesa de comedor, o más bien una mesa de desayuno; y alrededor de la mesa de desayuno, resplandeciente bajo la luz del sol y visibles desde la calle, había un grupo de hombres ruidosos y parlanchines, todos vestidos ostentosamente a la moda, con chalecos blancos y flores o caros alfileres en el ojal. Algunos de sus chistes casi se podían oír desde el otro lado de la plaza. Entonces el grave Secretario esbozó su sonrisa antinatural, y Syme supo que aquel bullicioso desayuno festivo era el cónclave secreto de los Dinamiteros Europeos.

Mientras Syme seguía observándolos con atención, reparó en algo que no había advertido antes. No lo había visto literalmente porque era demasiado grande para verlo. En el extremo más próximo del balcón, bloqueando gran parte de la vista, estaba la espalda de un hombre enorme, como una montaña. Cuando Syme lo vio, lo primero que pensó fue que su peso podía derrumbar el balcón de piedra. Su inmensidad no radicaba sólo en el hecho de que era anormalmente alto y bastante grueso. Este hombre había sido planeado enormemente en sus proporciones originales, como una estatua esculpida a escala colosal deliberadamente. Su cabeza, coronada de cabello blanco, vista desde atrás parecía más grande de lo que debería ser una cabeza. Las orejas que sobresalían de ella parecían más grandes que las orejas humanas. Estaba terriblemente agrandado, en proporción; y esta sensación de inmensidad era tan asombrosa, que cuando Syme lo vio, todas las demás figuras parecieron encogerse repentinamente y volverse diminutas. Seguían sentadas allí

14 El Alhambra Theatre, construido en 1854 y demolido en 1936.

15 La descripción parece coincidir con el actual Premier Inn London Leicester Square, construido en 1897 como hotel de lujo, en un estilo más o menos renacentista.

como antes con sus flores y sus levitas, pero ahora parecía... como si el hombre grande estuviera ofreciendo té a cinco niños.

Cuando Syme y su guía se acercaron a la puerta lateral del hotel, un camarero salió sonriendo de oreja a oreja.

—Ya están arriba los caballeros —dijo—. No paran de hablar y reírse. Dicen que le lanzarán una bomba al rey.

Y el camarero se alejó apresuradamente con la servilleta en el brazo, muy complacido por la singular frivolidad de los caballeros de arriba.

Los dos hombres subieron las escaleras en silencio.

Syme jamás se había planteado preguntar si aquel hombre monstruoso que casi llenaba y hundía el balcón era el gran Presidente al que los demás veneraban. Sabía que sí, con una certeza inexplicable pero instantánea. Syme, en efecto, era de esos hombres susceptibles a todas las influencias psicológicas más recónditas, en un grado que resultaba un tanto peligroso para la salud mental. Completamente ajeno al miedo a los peligros físicos, era demasiado sensible al hedor del mal espiritual. Ya dos veces esa noche, algunos pequeños detalles insignificantes le habían alterado morbosamente, dándole la sensación de acercarse cada vez más al mismísimo infierno. Y esta sensación se hizo abrumadora a medida que se aproximaba al gran Presidente.

La forma que adoptó esta sensación fue una fantasía infantil y a la vez terrible. Mientras avanzaba por la sala interior hacia el balcón, el gran rostro de Domingo se hacía cada vez mayor; y Syme sintió un miedo que le paralizaba: cuando estuviera demasiado cerca, el rostro sería demasiado grande para ser real y gritaría. Recordó que de niño no podía mirar la cabeza de Memnón¹⁶ en el Museo Británico, porque era un rostro, y era demasiado grande.

Con un esfuerzo más heroico que el de saltar por un precipicio, se dirigió a un asiento vacío en la mesa del desayuno y se sentó. Los hombres lo saludaron con buen humor, como si lo conocieran de toda la vida. Se recompuso un poco al observar sus trajes convencionales y la robusta y reluciente cafetera; luego volvió a mirar a Domingo. Su rostro era muy grande, pero aún podía considerarse humano.

En comparación con el Presidente, todo el grupo parecía bastante común; nada en ellos le llamó la atención a primera vista, salvo que, por capricho del Presidente, se habían vestido con una respetabilidad festiva que le daba a la reunión el aspecto de un banquete nupcial. Un hombre, sin embargo, destacaba incluso a simple vista. Por lo menos él tenía el aspecto del típico dinamitero. Llevaba, en efecto, el cuello blanco duro y la corbata de satén como todos los demás; pero de ese cuello brotaba una cabeza indomable e inconfundible, una desconcertante mata de pelo y barba castaños que casi ocultaba los ojos como los de un skye terrier. Pero los ojos que asomaban entre la maraña, eran los tristes ojos de un siervo ruso. El efecto de esta figura no era tan terrible como el del Presidente, pero resultaba tan absolutamente grotesco, que lindaba con lo diabólico. Si de esa rígida corbata y cuello hubiera brotado de repente la cabeza de un gato o un perro, el contraste no podría haber sido más absurdo.

Su nombre, al parecer, era Gogol; era polaco, y en este Círculo de los días hacía de Martes. Su alma y su discurso eran irremediabilmente trágicos; no podía obligarse a interpretar el papel próspero y frívolo que le exigía el Presidente Domingo. Y, de hecho, cuando Syme llegó, el Presidente, con ese desprecio osado por la sospecha pública que caracterizaba su política, estaba burlándose de Gogol por su incapacidad para adoptar las normas mundanas más convencionales.

—Nuestro amigo Martes —dijo el Presidente con voz grave, a la vez tranquila y potente—, nuestro amigo Martes parece no comprender la idea. Se viste como un caballero, pero parece tener un alma demasiado noble para comportarse como tal. Insiste en comportarse como el conspirador

16 Conocida como el *Joven Memnon*, es en realidad un fragmento de una estatua colosal de Ramsés II. El torso conservado —cabeza y pecho— supera los dos metros de altura

de un melodrama. Ahora bien, si un caballero pasea por Londres con sombrero de copa y levita, nadie tiene por qué saber que es un anarquista. Pero si un caballero se pone sombrero de copa y levita, y luego anda a gatas, bueno, puede que llame la atención. Eso es lo que hace nuestro hermano Gogol. Anda a gatas con una diplomacia tan interiorizada, que a estas alturas le resulta bastante difícil caminar erguido.

—No sirvo para disfrazarme —dijo Gogol malhumorado y con un marcado acento extranjero—. Y no me avergüenzo de la causa.

—Sí, muchacho, pero la causa se avergüenza de usted —dijo el Presidente con buen humor—. Se esconde como los demás; lo que pasa es que no sabe hacerlo. ¡Es un verdadero asno! Intenta combinar dos métodos incompatibles. Cuando alguien se encuentra a un hombre debajo de su cama, probablemente le llamará la atención el caso. Pero si encuentra a un hombre debajo de su cama con un sombrero de copa, estará de acuerdo conmigo, querido Martes, en que es poco probable que lo olvide. Ahora bien, cuando le encontraron a usted debajo de la cama del Almirante Biffin...

—No se me da bien engañar —dijo Martes con tristeza, sonrojándose.

—¡Justamente, muchacho, justamente! —dijo el Presidente con cordialidad burlona—, no es usted bueno para nada.

Mientras se desarrollaba la conversación, Syme observaba con mayor atención a los hombres que lo rodeaban. Al hacerlo, sintió que volvía gradualmente a experimentar una extraña sensación de inquietud espiritual.

Al principio, pensó que todos eran de estatura y vestimenta comunes, con la evidente excepción del barbudo Gogol. Pero al observar a los demás, comenzó a ver en cada uno de ellos exactamente lo que había visto en el hombre junto al río: un detalle demoníaco en alguna parte. Esa risa torcida, que de repente desfiguraba el rostro refinado de su guía original, era típica de todos ellos. Cada uno tenía algo, perceptible quizás a la décima o vigésima mirada, que no era normal y que parecía casi inhumano. La única metáfora que se le ocurrió fue que todos parecían hombres elegantes y de buen tono, pero vistos a través de un espejo deforme y traicionero.

Sólo los ejemplos individuales expresarán esta excentricidad escondida. El cicerone original de Syme ostentaba el título de Lunes; era el Secretario del Consejo, y su sonrisa torcida era vista con más terror que cualquier otra cosa, excepto la horrible y alegre risa del Presidente. Pero ahora que Syme tenía más espacio y luz para observarlo, había otros detalles. Su fino rostro estaba tan demacrado que Syme pensó que debía consumirle algún mal; sin embargo, la angustia reflejada en sus ojos oscuros lo desmentía. No era una dolencia física lo que lo aquejaba. Sus ojos rebosaban de tormento intelectual, como si el mero pensamiento fuera doloroso.

Era típico de cada uno de los miembros del grupo; cada hombre estaba sutil y diferentemente retorcido. Junto a él se sentaba Martes, el cabezón Gogol, el más obviamente loco. A continuación, Miércoles, un tal Marqués de Saint-Eustache, una figura muy característica. El primer vistazo no reveló nada inusual en él, excepto que era el único hombre en la mesa que vestía las ropas a la moda como si efectivamente le correspondieran. Tenía una barba francesa negra cortada en cuadrado y un levita inglesa negra cortada aún más a la cuadrada. Pero Syme, sensible a tales cosas, sintió de alguna manera que el hombre llevaba consigo una atmósfera densa, una atmósfera sofocante. Le recordaba irracionalmente a los aromas somnolientos y a las lámparas moribundas de los poemas más oscuros de Byron y Poe. Le acompañaba la sensación de que estaba vestido, no con colores claros, sino con materiales más suaves; su negro parecía más rico y cálido que los tonos negros que lo rodeaban, como si estuviera compuesto de un color profundo. Su levita negra parecía negra sólo por ser de un púrpura demasiado espeso. Su barba negra parecía negra solo por ser de un azul demasiado intenso. Y en la penumbra y la espesura de la barba, su boca de un rojo oscuro mostraba sensualidad y desdén. Fuera lo que fuese, no era francés; podría ser judío; podría ser algo aún más profundo en el oscuro corazón de Oriente. En los coloridos azulejos y cuadros persas que muestran

tiranos cazando, se pueden ver esos ojos almendrados, esas barbas azul negruzcas, esos labios crueles y carmesíes.

Luego estaba Syme, y después un anciano, el Profesor de Worms, que aún conservaba el puesto de Viernes, aunque cada día se esperaba que su muerte la dejara vacía. Salvo por su intelecto, se encontraba en la última fase de la senilidad. Su rostro era tan gris como su larga barba canosa, su frente se alzaba y se fijaba finalmente en un surco de leve desesperación. En ningún otro caso, ni siquiera en el de Gogol, el brillo nupcial del traje mañanero expresaba un contraste más doloroso. La flor roja en su ojal resaltaba bajo un rostro literalmente descolorido como el plomo; el efecto era tan espantoso como si unos petimetres borrachos hubieran vestido elegantemente a un cadáver. Cuando se levantaba o se sentaba, lo cual hacía con gran esfuerzo y riesgo, se manifestaba algo peor que la mera debilidad, algo indefiniblemente ligado al horror de toda la escena. No expresaba simplemente decrepitud, sino corrupción. Otra fantasía odiosa cruzó la mente temblorosa de Syme. No pudo evitar pensar que, cada vez que el hombre se moviera, una pierna o un brazo podrían desprenderse.

Justo al final se sentaba el hombre llamado Sábado, el más sencillo y el más desconcertante de todos. Era un hombre bajo y recio, de rostro moreno y cuadrado, bien afeitado, un médico llamado Bull. Poseía esa combinación de *savoir-faire* con una especie de tosquedad cuidada que no es infrecuente en los médicos jóvenes. Llevaba su ropa elegante con confianza más que con naturalidad, y casi siempre lucía una sonrisa forzada. No había nada extraño en él, excepto que llevaba un par de gafas oscuras, redondas, casi opacas. Quizás sólo se trataba de que sus nervios le gastaban una mala pasada, pero esos discos negros le resultaban espantosos a Syme; le traían a la memoria feos cuentos a medio recordar, alguna historia sobre monedas que se ponían en los ojos de los muertos. La mirada de Syme quedó prendida de las gafas negras y la sonrisa ciega. Si las hubiera llevado el Profesor moribundo, o incluso el pálido Secretario, habrían sido apropiadas. Pero en el hombre más joven y tosco, parecían un enigma. Le arrebataban la clave del rostro. Era imposible descifrar su sonrisa o su gravedad. En parte por esto, y en parte porque poseía una virilidad vulgar que faltaba en la mayoría de los demás, a Syme le parecía que él podría ser el más malvado de todos esos hombres malvados. Syme incluso pensó que tal vez le tapaban los ojos porque eran demasiado espantosos para que se pudieran ver.

VI. DESENMASCARAMIENTO

Tales eran los seis hombres que habían jurado destruir el mundo. Una y otra vez, Syme se esforzaba por mantener la calma en su presencia. A veces, por un instante, comprendía que estos temores eran una pura sensación subjetiva, que sólo observaba a hombres comunes, uno de ellos anciano, otro nervioso, otro miope. Pero el descubrimiento de un simbolismo antinatural siempre volvía a apoderarse de él. Cada figura parecía estar, de alguna manera, en la frontera de las cosas, al igual que su teoría estaba en la frontera del pensamiento. Sabía que cada uno de estos hombres se encontraba en el extremo, por así decirlo, de algún camino salvaje del razonamiento. Sólo podía imaginar, como en alguna fábula del viejo mundo, que si un hombre viajaba hacia el occidente hasta el fin del mundo encontraría algo —digamos un árbol— que sería algo más o algo menos que un árbol, un árbol poseído por un espíritu; y que si iba hacia el oriente hasta el fin del mundo, encontraría algo que no sería del todo lo que debería ser: una torre, tal vez, cuya forma misma sería perversa. Así, estas figuras parecían erguirse, violentas e inexplicables, contra un horizonte último, visiones del límite en el que los confines de la tierra se cerraban.

La conversación fluía sin cesar mientras él observaba la escena; y uno de los contrastes más llamativos de aquella desconcertante mesa de desayuno era el que existía entre el tono relajado y discreto de la charla y su terrible significado. Estaban inmersos en la discusión de un complot real e inminente. El camarero de abajo había acertado al decir que hablaban de bombas y reyes. Tan sólo tres días después, el Zar se reuniría con el Presidente de la República Francesa en París, y mientras desayunaban huevos con panceta en su soleado balcón, estos caballeros radiantes decidían cómo habrían de morir ambos. Incluso el instrumento estaba elegido; al parecer, el Marqués de barba negra iba a portar la bomba.

En circunstancias normales, la proximidad de este crimen tan real y objetivo habría hecho recapacitar a Syme y lo habría curado de todos sus temblores meramente místicos. No habría pensado en otra cosa que en la necesidad de salvar al menos dos cuerpos humanos de ser destrozados por el hierro y el gas ensordecedor. Pero lo cierto era que, para entonces, había empezado a sentir un tercer tipo de miedo, más penetrante y práctico que su repulsión moral o su responsabilidad social. Sencillamente, no tenía miedo alguno por el Presidente francés ni por el Zar; había empezado a temer por sí mismo. La mayoría de los interlocutores apenas le prestaban atención, debatiendo ahora con los rostros más juntos y casi uniformemente serios, salvo cuando, por un instante, la sonrisa del Secretario cruzaba su rostro oblicuamente, como un relámpago cruza el cielo. Pero había algo persistente que primero inquietó a Syme y finalmente lo aterrorizó. El Presidente lo miraba fijamente, con un interés profundo y desconcertante. El hombre enorme permanecía en silencio, pero sus ojos azules parecían sobresalir de sus órbitas. Y siempre estaban fijos en Syme.

Syme sintió el impulso de levantarse y saltar del balcón a la calle. Cuando la mirada del Presidente se posaba en él, se sentía como si fuera de cristal. No le cabía la menor duda de que, de alguna manera silenciosa y extraordinaria, Domingo había descubierto que era un espía. Miró por encima del pretil del balcón y vio a un policía de pie, absorto, justo debajo, mirando las relucientes barandillas y los árboles bañados por el sol.

Entonces cayó sobre él la gran tentación que lo atormentaría durante muchos días. En presencia de esos hombres poderosos y repulsivos, que eran los príncipes de la anarquía, casi había olvidado la frágil y fantasiosa figura del poeta Gregory, el mero esteta del anarquismo. Incluso pensó en él ahora con una vieja ternura, como si hubieran jugado juntos de niños. Pero recordó que aún estaba atado a Gregory por una seria promesa. Había prometido no hacer jamás aquello que ahora sentía la tentación de hacer. Había prometido no saltar por ese balcón y hablar con ese policía. Retiró su mano fría de la fría balaustrada de piedra. Su alma se balanceó en un vértigo de indecisión moral. Sólo tenía que romper el hilo de un voto imprudente hecho a una sociedad malvada, y toda su vida podría ser tan abierta y soleada como la plaza que se extendía bajo él. Por otro lado, si respetaba su anticuada ley del honor, se vería entregado poco a poco al poder de este gran enemigo de la humanidad, cuyo intelecto mismo era una cámara de tortura. Cada vez que miraba hacia la plaza, veía al policía tranquilo, un pilar del sentido común y el orden. Cada vez que volvía la vista hacia la mesa del desayuno, veía al Presidente, que seguía observándolo en silencio con sus grandes ojos insoportables.

En todo el torrente de sus pensamientos, hubo dos ideas que jamás se le cruzaron por la cabeza. Primero, jamás se le ocurrió dudar de que el Presidente y su Consejo podrían aplastarlo si continuaba solo entre ellos. En un lugar público, podría parecer imposible. Pero Domingo no se comportaría con tanta confianza, sin tener preparada, de algún modo o en algún lugar, una trampa de hierro. Ya fuera con un veneno inadvertido, o por un repentino accidente callejero, o mediante el hipnotismo, o incluso con el fuego del infierno, inevitablemente Domingo podría acabar con él. Si le desafiaba, probablemente moriría, ya fuera de un golpe seco en su silla o pasado mucho tiempo, por una inocente dolencia. Si llamaba a la policía de inmediato, arrestaba a todos, lo contaba todo y movilizaba a toda Inglaterra contra ellos, probablemente se salvaría; en caso contrario, no. Formaban un grupo de caballeros en un balcón con vistas a una plaza brillante y bulliciosa; pero él se sentía tan seguro con ellos como si estuviera en un barco lleno de piratas armados hasta los dientes en un mar solitario.

Hubo un segundo pensamiento que tampoco se le ocurrió nunca. Jamás se le pasó por la cabeza dejarse seducir espiritualmente por el enemigo. Muchos modernos, acostumbrados a una débil veneración del intelecto y la fuerza, podrían haber vacilado en su lealtad bajo la opresión de una gran personalidad. Podrían haber llamado a Domingo el superhombre. Si tal criatura es concebible, él se parecía, en efecto, a ella, con su abstracción que sacudía la tierra, como una estatua de piedra que caminaba. Podrían haberlo llamado algo superior al hombre, con sus grandes planes, demasiado obvios para ser detectados, con su rostro grande, demasiado franco para ser comprendido. Pero esta era una especie de mezquindad moderna a la que Syme no podía llegar ni siquiera en su extrema morbosidad. Como cualquier hombre, era lo suficientemente cobarde como para temer a la gran fuerza; pero no lo suficientemente cobarde como para admirarla.

Los anarquistas comían mientras conversaban, y hasta en esto eran característicos. El Doctor Bull y el Marqués comían con naturalidad y convencionalmente lo mejor de la mesa: faisán frío o pastel de Estrasburgo. Pero el Secretario era vegetariano y hablaba con vehemencia del asesinato planeado mientras tomaba medio tomate crudo y tres cuartos de vaso de agua tibia. El viejo Profesor tomaba unas papillas que sugerían una repugnante segunda infancia. E incluso en esto, el Presidente Domingo conservaba la curiosa superioridad de su gran masa. Porque comía como veinte hombres; comía increíblemente, con un apetito insaciable, de modo que hacía pensar en una fábrica de salchichas. Y sin embargo, mientras engullía una docena de bollos o se bebía un litro de café, su enorme cabeza permanecía ladeada, mirando fijamente a Syme.

—A menudo me he preguntado —dijo el Marqués, dando un buen mordisco a una rebanada de pan con mermelada— si no sería mejor hacerlo con un cuchillo. Con un cuchillo se han obtenido los mejores resultados. Y sería una emoción nueva clavarle un cuchillo a un Presidente francés y removerlo en la herida.

—Se equivoca —dijo el Secretario, frunciendo el ceño—. El cuchillo no es más que la expresión de una antigua disputa personal contra un tirano personal. La dinamita no sólo es nuestra mejor herramienta, sino también nuestro mejor símbolo. Nos simboliza tan perfectamente como a los cristianos el incienso de las oraciones. Se expande; sólo destruye porque se expande; al igual que el pensamiento sólo destruye porque se expande. El cerebro de un hombre es una bomba —exclamó, dejándose llevar de repente por su extraña pasión, y golpeándose el cráneo con violencia—. Siento que mi cerebro es una bomba, día y noche. ¡Debe expandirse! ¡Debe expandirse! El cerebro de un hombre debe expandirse, incluso si acaba con el universo.

—No quiero que el universo se rompa todavía —dijo el Marqués con tono pausado—. Quiero hacer muchas cosas atroces antes de morir. Ayer, en la cama, pensé en una.

—No: el único resultado de las cosas es la nada —dijo el Doctor Bull con su sonrisa enigmática— No vale la pena hacer nada.

El viejo Profesor miraba fijamente al techo con la mirada perdida.

—Todo hombre sabe en su corazón —dijo— que nada merece la pena hacerse.

Se hizo un silencio singular, y entonces el Secretario dijo:

—Sin embargo, nos estamos desviando del tema. La única cuestión es cómo Miércoles dará el golpe. Supongo que todos estaremos de acuerdo con la idea original de una bomba. En cuanto a los preparativos, sugiero que mañana por la mañana vaya primero a...

El discurso se interrumpió bruscamente cuando una inmensa sombra les envolvió: el Presidente Domingo se había puesto en pie, y parecía llenar el cielo sobre ellos.

—Antes de hablar de eso —dijo en voz baja— vamos a una habitación privada. Tengo algo muy importante que decirles.

Syme se puso de pie antes que los demás. Había llegado el momento decisivo; la amenaza apuntaba a su cabeza. En la acera, abajo, oía al policía moverse y pisar el suelo con indiferencia, pues la mañana, aunque luminosa, era fría.

Un organillo en la calle, de repente, entonó una alegre melodía. Syme se irguió, tenso, como si fuera la corneta que anuncia la batalla. Se sintió invadido por un valor sobrenatural que no venía de ninguna parte. Aquella música facilona parecía rebosar de la vivacidad, la vulgaridad y el valor irracional de los pobres, que en todas esas calles sucias se aferraban a la decencia y a la caridad de la cristiandad. Su travesura juvenil de ser policía se había desvanecido de su mente; no se veía a sí mismo como el representante del cuerpo de caballeros convertidos en extravagantes agentes, ni del viejo excéntrico que vivía en la habitación oscura. Pero sí se sentía el embajador de toda esa gente común y bondadosa de la calle, que cada día marchaba a la batalla al son del organillo. Y este gran orgullo de ser humano lo había elevado inexplicablemente a una altura infinita por encima de los monstruosos hombres que lo rodeaban. Por un instante, al menos, contempló todas sus excentricidades desmesuradas desde la cima estrellada de lo común. Sintió hacia todos ellos esa superioridad inconsciente y elemental que un hombre valiente siente sobre bestias poderosas o un hombre sabio sobre errores poderosos. Sabía que no tenía ni la fuerza intelectual ni la física del Presidente Domingo; pero en ese momento no le importó más que el hecho de no tener los músculos del tigre o un cuerno en la nariz como el rinoceronte. Todo quedó anulado por la certeza absoluta de que el Presidente estaba equivocado y que el organillo tenía razón. Resonó en su mente aquella verdad irrefutable y terrible del canto de Roldán:

*Païens ont tort et Chrétiens ont droit.*¹⁷

que en el antiguo francés nasal tiene el sonido metálico de las armas de acero. Al liberarse su espíritu de la carga de su debilidad surgió una decisión clara: abrazar la muerte. Si la gente del organillo podía cumplir con sus obligaciones del antiguo mundo, él también. El mayor orgullo por

17 Los paganos se equivocan y los cristianos tienen razón.

cumplir su palabra se debía a que se la estaba cumpliendo a los malhechores. Su último triunfo sobre esos lunáticos era bajar a una habitación oscura y morir por algo que ni siquiera podían comprender. El orgullo parecía marcar el ritmo con la energía y los ruidos mezclados de toda una orquesta; y él podía oír, profundo y resonante, bajo todas las trompetas del orgullo de la vida, los tambores del orgullo de la muerte.

Los conspiradores ya habían pasado a las habitaciones interiores. Syme fue el último, con calma aparente, pero con el cuerpo y la mente vibrando al ritmo de la aventura. El Presidente los condujo por una escalera irregular, como las que usaban los sirvientes, hasta una habitación oscura, fría y vacía, con una mesa y bancos, como una sala de juntas abandonada. Cuando todos estuvieron dentro, cerró la puerta con llave.

El primero en hablar fue Gogol, el irreconciliable, que parecía rebosar de un resentimiento inarticulado.

—¡Zso! ¡Zso! —gritó excitado con su marcado acento polaco casi indescifrable—. Decir no esconderse. Decir todos vean. Todo es tontería. ¡Cuando querer hablar de importancia, entrar en caja oscura!

El Presidente pareció tomarse con muy buen humor la incoherente salida del extranjero.

—Todavía no puede entenderlo, Gogol —dijo con tono paternal—. Cuando nos oigan decir tonterías en ese balcón, les dará igual adónde vayamos después. Si hubiéramos venido aquí primero, tendríamos a todo el personal en la cerradura. Parece que no sabe nada de la gente.

—¡Muero por ellos! —gritó el polaco con gran excitación—, y mato a sus opresores. No me gustan estos juegos de esconder. ¡Acabar con el tirano en la plaza pública!

—Ya veo, ya veo —dijo el Presidente, asintiendo amablemente mientras se sentaba a la cabecera de una larga mesa—. Primero muere por la humanidad, y luego se levanta y castiga a sus opresores. Así está todo bien. Ahora le pido que controle sus nobles sentimientos y se siente con los demás caballeros en esta mesa. Por primera vez en esta mañana se va a decir algo sensato.

Syme, con la misma prontitud nerviosa que había manifestado desde el principio, se sentó rápidamente. Gogol fue el último, refunfuñando entre sus barbas. Nadie, salvo Syme, parecía tener idea del golpe que estaba a punto de suceder. En cuanto a él, sólo tenía la sensación de un hombre que sube al cadalso con la intención, al menos, de pronunciar un buen discurso.

—Camaradas —dijo el Presidente, poniéndose de pie de repente—, ya hemos prolongado demasiado esta farsa. Los he llamado aquí para decirles algo tan simple y sorprendente que incluso los camareros de arriba (acostumbrados a nuestras frivolidades) podrían notar cierta seriedad en mi voz. Camaradas, estábamos discutiendo planes y nombrando lugares. Propongo, antes de decir nada más, que esos planes y lugares no se voten en esta reunión, sino que se dejen en suspenso, y totalmente bajo el control de algún miembro de confianza. Sugiero al camarada Sábado, el Doctor Bull.

Todos lo miraron fijamente; luego todos se sobresaltaron en sus asientos, pues las siguientes palabras, aunque no se pronunciaron en voz alta, tuvieron un énfasis vívido e impresionante. Domingo dio un puñetazo en la mesa.

—En esta reunión no se debe decir ni una palabra más sobre los planes y los lugares. No se debe mencionar ni el más mínimo detalle sobre lo que pretendemos hacer en esta empresa.

Domingo había dedicado su vida a asombrar a sus seguidores; pero parecía que hasta ahora nunca los había asombrado lo suficiente. Todos se agitaron en sus asientos, excepto Syme. Él permanecía rígido, con la mano en el bolsillo y sobre la empuñadura de su revólver cargado. Cuando llegara el ataque, vendería su vida a precio de oro. Al menos averiguaría si el Presidente era mortal.

Domingo continuó de igual modo.

—Probablemente comprenderán que sólo hay un motivo posible para prohibir la libertad de expresión en este festival de la libertad. Que los extraños nos escuchen, no tiene importancia. Suponen que estamos bromeando. Pero lo que verdaderamente tiene importancia, incluso hasta llegar a la muerte, es que haya entre nosotros alguien que no sea de los nuestros, que conozca nuestro grave propósito, pero que no lo comparta, que...

El Secretario gritó de repente con voz aguda.

—¡No puede ser! —exclamó, incorporándose—. No puede ser...

El Presidente dio una gran palmada sobre la mesa: su mano era como la aleta de un pez descomunal.

—Sí —dijo lentamente—, hay un espía en esta habitación. Hay un traidor en esta mesa. No voy a desperdiciar más palabras. Su nombre...

Syme se incorporó a medias de su asiento, con el dedo firmemente apoyado en el gatillo.

—Se llama Gogol —dijo el Presidente—. Es ese farsante peludo de ahí que se hace pasar por polaco.

Gogol se puso de pie de un salto, con una pistola en cada mano. Con la misma rapidez, tres hombres se abalanzaron sobre él. Incluso el Profesor intentó levantarse. Pero Syme apenas advirtió la situación, cegado por una oscuridad benévola, se hundió en su asiento, temblando, presa de un intenso alivio.

VII.

LA CONDUCTA INEXPLICABLE DEL PROFESOR DE WORMS

—¡Siéntense! —dijo Domingo con una voz que sólo había usado una o dos veces en su vida, una voz que hacía que los hombres soltaran sus espadas desenvainadas.

Los tres que se habían levantado se apartaron de Gogol, y aquel personaje equívoco volvió a sentarse.

—Bueno, amigo —dijo el Presidente con brusquedad, dirigiéndose a él como si fuera un completo desconocido—, ¿me haría el favor de meter la mano en el bolsillo superior de su chaleco y mostrarme lo que tiene ahí?

El supuesto polaco estaba un poco pálido bajo su maraña de cabello oscuro, pero metió dos dedos en el bolsillo con aparente frialdad y sacó una cartulina azul. Cuando Syme la vio sobre la mesa, volvió a abrirse al mundo exterior. Porque aunque la tarjeta yacía en el otro extremo de la mesa y no podía leer nada de la inscripción, guardaba un asombroso parecido con la tarjeta azul que llevaba en el bolsillo, la que le habían dado cuando se unió a la policía antianarquista.

—Patético eslavo —dijo el Presidente—, trágico hijo de Polonia, ¿está dispuesto, ante esa prueba, a negar que está bastante de sobra en nuestra compañía?

—¡Claro que no! —exclamó el anteriormente llamado Gogol. Todos se sobresaltaron al oír una voz clara, comercial y con cierto acento barriobajero que emergía de aquella maraña de pelo extranjero. Resultaba irracional, como si un chino se pusiera de repente a hablar con acento escocés.

—Entiendo que usted comprende perfectamente su posición —dijo Domingo.

—Por supuesto —respondió el polaco—. Estoy bien pillado. Lo único que digo es que no creo que ningún polaco pueda imitar mi acento como yo imité el suyo.

—Admito su observación —dijo Domingo—. Creo que su acento es inimitable, por más que lo he intentado mientras me bañaba. ¿Le importa dejar su pelambrera con su tarjeta?

—Para nada —respondió Gogol; y con un dedo se arrancó de un tirón la peluda prenda que le cubría la cabeza, dejando al descubierto un fino cabello rojo y un rostro pálido y vivaz—. Daba mucho calor —añadió.

—Le haré justicia al decir —dijo Domingo, no sin una especie de admiración brutal— que parece mantener cierta compostura. Ahora escúcheme. Me cae bien. La consecuencia es que me incomodaría durante dos minutos y medio si supiera que usted ha muerto torturado a fondo. Pues bien, si alguna vez cuenta la menor cosa sobre nosotros a la policía o a cualquier otra persona, tendré esos dos minutos y medio de incomodidad. No me preocuparé de su incomodidad. Que tenga un buen día. Cuidado con el escalón.

El detective pelirrojo que se había hecho pasar por Gogol se puso de pie sin decir palabra y salió de la habitación con una aparente indiferencia. Sin embargo, el asombrado Syme pudo darse cuenta de que esa tranquilidad era simulada; pues dio un ligero traspiés al salir: el detective que se marchaba no había advertido el escalón.

—El tiempo vuela —dijo el Presidente con su habitual jovialidad, tras echar un vistazo a su reloj, que, como todo en él, parecía más grande de lo que debería—. Tengo que irme enseguida; debo presidir una reunión humanitaria.

El Secretario se volvió hacia él con las cejas arqueadas.

—¿No sería mejor —dijo con un tono algo brusco— discutir más a fondo los detalles de nuestro proyecto, ahora que el espía se ha marchado?

—No, creo que no —dijo el Presidente con un bostezo que pareció un terremoto silencioso—. Déjelo así. Que lo decida Sábado. Tengo que irme. Desayunaremos aquí el próximo domingo.

Pero la dramática y tensa escena había puesto a prueba los nervios del Secretario. Era uno de esos hombres que son concienzudos incluso en el crimen.

—Debo protestar, Presidente, porque esto es irregular —dijo—. Es una regla fundamental de nuestra sociedad que cada uno de los planes se debata por todo el Consejo. Por supuesto, valoro enormemente su previsión cuando, ante la presencia de un traidor...

—Secretario —dijo el Presidente con seriedad—, si se llevara la cabeza a casa y la hirviera como un nabo, tal vez le sería útil. No puedo asegurarlo. Pero podría ser.

El Secretario se encrespó con una especie de furia equina.

—Realmente no lo entiendo... —comenzó diciendo muy ofendido.

—Eso es, eso es —dijo el Presidente, asintiendo repetidamente—. Ahí es donde falla, ¿verdad? No lo entiende. ¡Pero usted, asno bailarín! —rugió, poniéndose de pie—, no quería que le escuchara un espía, ¿no? ¿Cómo sabe que no le está escuchando ahora?

Y con estas palabras, se abrió paso para salir de la habitación, temblando con un desprecio incomprensible.

Cuatro de los hombres que se quedaron atrás lo miraron boquiabiertos sin comprender del todo lo que quería decir. Sólo Syme lo intuyó, y lo que comprendió lo dejó helado. Si las últimas palabras del Presidente significaban algo, significaban que después de todo, no había pasado desapercibido. Querían decir que, si bien Domingo no podía denunciarlo como a Gogol, tampoco podía confiar en él como en los demás.

Los otros cuatro se pusieron de pie refunfuñando más o menos, y se dirigieron en buscar del almuerzo, pues ya era mucho más del mediodía. El Profesor fue el último, avanzando muy despacio y con dificultad. Syme permaneció sentado un buen rato después de que los demás se hubieran marchado, reflexionando sobre su extraña posición. Había escapado de un rayo, pero aún se sentía amenazado. Finalmente se levantó y salió del hotel por Leicester Square. El día, brillante y frío, se había vuelto cada vez más gélido, y cuando salió a la calle se sorprendió ante la caída de algunos copos de nieve. Aunque todavía llevaba el bastón-estoque y el resto del equipo de Gregory, había dejado la capa quién sabe dónde, quizás en la barcaza, quizás en el balcón. Con la esperanza, pues, de que la nevada fuera leve, retrocedió un momento y se detuvo bajo la puerta de una modesta y grasienta peluquería, cuyo escaparate estaba vacío salvo por una muñeca de cera vestida con traje de noche.

Sin embargo, la nieve comenzó a espesarse y a caer con fuerza; y Syme, a quien una sola mirada a la figura de cera le bastó para deprimirse, fijó la vista en la calle blanca y vacía. Al volverse, se sorprendió enormemente al ver, inmóvil junto a la tienda y mirando fijamente el escaparate, a un hombre. Su sombrero de copa estaba cubierto de nieve como el de Papá Noel, y la nieve se acumulaba alrededor de sus botas y tobillos; pero parecía que nada podía apartarlo de la contemplación de la muñeca de cera descolorida con su sucio vestido de noche. Que un ser humano estuviera allí de pie con semejante tiempo mirando el interior de un local de estas características, le resultaba a Syme bastante sorprendente; pero su asombro ocioso se convirtió de repente en una conmoción personal, pues se dio cuenta de que el hombre que estaba allí era el anciano y paralítico Profesor de Worms. Aquel lugar no parecía apropiado para una persona de su edad y con sus dolencias.

Syme estaba dispuesto a creer cualquier cosa sobre las perversiones de esta hermandad deshumanizada; pero ni siquiera él podía creer que el Profesor se hubiera enamorado de esa dama

de cera en particular. Sólo podía suponer que la dolencia del hombre (cualquiera que fuera) implicaba episodios momentáneos de rigidez o trance. Sin embargo, no sentía ninguna compasión en este caso. Al contrario, se felicitaba de que el derrame cerebral del Profesor y su peculiar cojera le facilitaran escapar y dejarlo a kilómetros de distancia. Porque Syme ansiaba, ante todo, librarse de aquella atmósfera tóxica, aunque sólo fuera por una hora. Entonces podría ordenar sus ideas, formular su estrategia y decidir finalmente si debía o no mantener la palabra dada a Gregory.

Se alejó entre la nieve danzante, dobló dos o tres calles, bajó por otras dos o tres y entró en un pequeño restaurante del Soho para almorzar. Consumió pensativo cuatro platos pequeños y pintorescos, bebió media botella de vino tinto y terminó con un café negro y un cigarro negro, todavía reflexionando. Se había sentado en la sala superior del restaurante, resonante del tintineo de los cuchillos y de la charla de los forasteros. Recordó que en tiempos pasados había imaginado que todos estos inofensivos y amables extranjeros eran anarquistas. Se estremeció al recordar la realidad. Pero incluso el escalofrío tenía el delicioso sabor de la evasión. El vino, la comida sencilla, el lugar familiar, los rostros de hombres normales y parlanchines, casi le hicieron sentir como si el Consejo de los Siete Días hubiera sido una pesadilla; y aunque sabía que, a pesar de todo, era una realidad objetiva; pero al menos era una realidad lejana. Altos edificios y calles bulliciosas se interponían entre él y su último atisbo de los vergonzosos siete; era libre en el Londres libre, y bebía vino entre los libres. Con cierta satisfacción, cogió su sombrero y su bastón y bajó las escaleras hasta la planta baja del restaurante.

Al entrar en ella, se quedó paralizado, clavado en el sitio. En una mesita, junto al ventanal desnudo y la calle blanca cubierta de nieve, estaba sentado el viejo Profesor anarquista, con un vaso de leche ante él, con el rostro lívido y los párpados caídos. Por un instante, Syme se quedó tan rígido como el bastón en el que se apoyaba. Luego, con un gesto de prisa ciega, pasó junto al Profesor, abrió la puerta de golpe y la cerró tras de sí, y se quedó fuera, en la nieve.

“¿Acaso ese viejo cadáver me está siguiendo? —se preguntó, mordiéndose el bigote amarillo—. Me he entretenido demasiado tiempo en esa habitación, así que hasta unos pies tan pesados han podido alcanzarme. Me consuela que, con un paso algo ligero, puedo dejar a un hombre así a tanta distancia como de aquí a Tombuctú. ¿O estoy siendo demasiado suspicaz? ¿De verdad me estaba siguiendo? Seguro que Domingo, si quisiera vigilarme, no sería tan torpe como para enviar tras de mí a un hombre cojo”.

Con un paso rápido, volteando su bastón, emprendió la marcha en dirección a Covent Garden. Al cruzar el gran mercado, la nieve arreciaba, cegando y confundiendo a los escasos transeúntes a medida que comenzaba a oscurecerse la tarde. Los copos de nieve le molestaban como un enjambre de abejas plateadas. Se le metían por los ojos y la barba, añadían su implacable incomodidad a sus nervios ya irritados; y cuando llegó al comienzo de Fleet Street, perdió la paciencia y, al encontrar abierta una cafetería, entró en ella para refugiarse. Pidió otra taza de café negro como excusa. Apenas lo había hecho, cuando el Profesor de Worms entró cojeando en el local, tomó asiento con mucho esfuerzo, y pidió un vaso de leche.

El bastón de Syme se le había caído de la mano con un fuerte estruendo, delatando el acero oculto. Pero el Profesor no miró a su alrededor. Syme, que solía ser un hombre impasible, estaba literalmente boquiabierto, como un campesino ante un truco de magia. Ningún coche le había seguido; no había oído ruido de ruedas al entrar en la cafetería; todo indicaba que el hombre había venido a pie. Pero el anciano sólo podía caminar como un caracol, y Syme avanzaba como el viento. Se levantó de un salto, agarró su bastón, enloquecido por la mera contradicción aritmética, y salió por las puertas batientes, dejando el café sin probar. Un ómnibus que iba hacia el Bank pasó traqueteando con rapidez inusual. Tuvo que correr unas cien yardas para alcanzarlo; pero logró saltar, balanceándose sobre la plataforma, y tras un instante de pausa para respirar, subió al piso superior. Apenas llevaba sentado medio minuto, cuando oyó a su espalda una especie de respiración pesada y asmática.

Al girarse bruscamente, vio ascender gradualmente por los escalones del autobús un sombrero de copa sucio y empapado de nieve, y bajo la sombra de su ala, el rostro miope y los hombros temblorosos del Profesor de Worms. Se sentó con su característico cuidado y se envolvió hasta la barbilla en su capa.

Cada movimiento de la figura tambaleante del anciano y sus manos temblorosas, cada gesto incierto y cada pausa atemorizada, parecían confirmar sin lugar a dudas su impotencia, su estado de extrema debilidad. Se movía a trompicones, se sentaba con leves jadeos de precaución. Y, sin embargo, a menos que las entidades filosóficas llamadas tiempo y espacio carezcan incluso de un vestigio de existencia práctica, parecía indiscutible que había corrido tras el autobús.

Syme se incorporó de un salto sobre el piso que se balanceaba y, tras contemplar con la mirada perdida el cielo invernal, que se volvía más sombrío a cada instante, bajó corriendo los escalones. Había reprimido un impulso primario de saltar por el borde.

Demasiado desconcertado para mirar atrás o razonar, se precipitó por una de las callejuelas laterales de Fleet Street, como una liebre que se precipita a su madriguera. Tenía una vaga idea de que, si aquel incomprensible viejo muñeco de resorte¹⁸ realmente lo perseguía, en aquel laberinto de callejuelas pronto podría despistarlo. Se adentró y salió de aquellos callejones tortuosos, que parecían más grietas que avenidas; y para cuando había completado unos veinte ángulos alternos y descrito un polígono inimaginable, se detuvo a escuchar si oía algún sonido de persecución. No había ninguno; en cualquier caso, no podía haberlo, pues la calzada estaba cubierta por una nieve que lo acallaba todo. Sin embargo, en algún lugar detrás de Red Lion Court, divisó un espacio donde algún ciudadano enérgico había despejado la nieve en unas veinte yardas, dejando los adoquines húmedos y brillantes. No le dio mucha importancia al pasar, simplemente se adentró por otro brazo del laberinto. Pero cuando, unos cientos de yardas más adelante, se detuvo de nuevo para escuchar, su corazón también se detuvo, pues oyó desde aquel espacio de piedras limpias el tintineo de la muleta y los pasos fatigados del infernal lisiado.

El cielo estaba cargado de nubes de nieve, sumergiendo Londres en una oscuridad y opresión prematuras para esa hora de la tarde. A ambos lados de Syme, las paredes del callejón eran ciegas y sin rasgos distintivos; no había ni la menor ventana. Sintió un nuevo impulso de escapar de aquel enjambre de casas y volver a las calles amplias e iluminadas por farolas. Sin embargo, vagó y avanzó tortuosamente durante un buen rato antes de llegar a la vía principal. Cuando lo hizo, se encontró mucho más adelante de lo que había imaginado. Salió a lo que parecía el vasto y vacío Ludgate Circus y vio la Catedral de San Pablo suspendida en el cielo.

Al principio se sorprendió al encontrar esas grandes avenidas tan vacías, como si una peste hubiera azotado la ciudad. Luego se dijo a sí mismo que cierto grado de vacío era natural; primero porque la nevada era muy intensa, y segundo porque era domingo. Y al pensar en la palabra domingo, se mordió el labio; la palabra se convirtió para él, a partir de entonces, en un juego de palabras indecente. Bajo la blanca niebla de nieve en lo alto del cielo, toda la atmósfera de la ciudad se transformó en una especie de crepúsculo verde muy extraño, como de hombres bajo el mar. El atardecer, sombrío y apagado, tras la oscura cúpula de San Pablo, tenía colores ahumados y siniestros: tonos de verde enfermizo, rojo muerto o bronce en descomposición, lo suficientemente brillantes como para resaltar la blancura sólida de la nieve. Pero justo contra estos colores lúgubres se alzaba la mole negra de la catedral; y sobre ella, una salpicadura aleatoria y una gran mancha de nieve, aún aferrada como a una cima alpina. Había caído accidentalmente, pero de tal manera que cubría la mitad de la cúpula desde su punto más alto, y resaltaba con perfecta plata el gran orbe y la cruz. Cuando Syme la vio, se enderezó de repente e hizo un saludo involuntario con su bastón-estoque.

Sabía que esa figura maligna, su sombra, se arrastraba rápida o lentamente tras él, y no le importaba. Le parecía un símbolo de fe y valor humanos que, mientras los cielos se oscurecían,

18 Es el *Jack-in-the-box*, la caja sorpresa de la que salta el muñeco gracias a un resorte.

aquel lugar elevado de la tierra brillaba. Los demonios podrían haber capturado el cielo, pero aún no habían capturado la cruz. Sintió un nuevo impulso de desentrañar el secreto de aquel paralítico que bailaba, saltaba y perseguía. Y a la entrada del Tribunal que daba al Circo, se giró, bastón en mano, para encarar a su perseguidor.

El Profesor de Worms apareció lentamente doblando la esquina del callejón irregular que tenía detrás, su figura antinatural recortada contra una solitaria farola de gas, evocando irresistiblemente a aquel personaje tan imaginativo de las rimas infantiles: “el hombre torcido que recorrió una milla torcida”. Realmente parecía deformado por las calles sinuosas que había estado recorriendo. Se acercaba cada vez más, la luz de la farola se reflejaba en sus gafas, e iluminaba su rostro paciente. Syme lo esperaba como San Jorge esperaba al dragón, como un hombre espera una explicación final o la muerte. Y el viejo Profesor llegó hasta él y pasó de largo, como ante un completo desconocido, sin siquiera pestañear con sus párpados caídos.

Había algo en esa inocencia silenciosa e inesperada que hizo que Syme perdiera los estribos. El rostro y la actitud inexpresivos del hombre parecían afirmar que todo lo sucedido había sido una casualidad. Syme se sintió impulsado por una energía que oscilaba entre la rabia y un estallido de burla juvenil. Hizo un gesto brusco como para quitarle el sombrero al anciano, gritó algo así como “¡Atrápame si puedes!” y salió corriendo a través del espacio blanco y abierto. Ocultarse era imposible ahora; y al mirar hacia atrás por encima del hombro, pudo ver la figura vestida de negro del anciano que venía tras él con zancadas largas y seguras, como un hombre que corre una carrera. Pero la cabeza sobre aquel cuerpo saltarín seguía pálida, seria y profesional, como la cabeza de un conferenciante sobre el cuerpo de un arlequín.

Esta persecución frenética cruzó Ludgate Circus, subió Ludgate Hill, rodeó la catedral de San Pablo y recorrió Cheapside, mientras Syme recordaba todas las pesadillas que había vivido. Entonces Syme se desvió hacia el río y terminó casi junto a los muelles. Vio los cristales amarillos de una pequeña taberna iluminada, se lanzó dentro y pidió cerveza. Era una taberna sórdida, frecuentada por marineros extranjeros, un lugar donde se podía fumar opio o desenvainar un cuchillo.

Un instante después, el Profesor de Worms entró en el local, se sentó con cuidado y pidió un vaso de leche.

VIII. EL PROFESOR SE EXPLICA

Cuando Gabriel Syme se acomodó finalmente en una silla, frente a él, fijos e inamovibles, con las cejas arqueadas y los párpados plomizos del Profesor, sus temores regresaron por completo. Después de todo, aquel hombre incomprensible del fiero consejo, sin duda lo había perseguido. Si el hombre tenía un carácter de parálítico y otro de perseguidor, la antítesis podría hacerlo más interesante, pero difícilmente más tranquilizador. Qué desconuelo no poder desentrañar el secreto del Profesor, si por algún grave percance el Profesor descubría el suyo. Tragó la cerveza de su jarro de peltre antes de que el Profesor siquiera catase su leche.

Sin embargo, se animó un tanto, aunque sin gran esperanza, al ocurrirle una posibilidad. Quizás esta persecución significaba algo distinto a una sospecha. Quizás era un rito habitual. Quizás la loca carrera era una especie de señal amistosa que debería haber comprendido. Quizás era una tradición. Quizás al nuevo Jueves siempre lo perseguían por Cheapside, como siempre escoltaban al alcalde cuando lo nombraban. Estaba a punto de tantearlo con una pregunta, cuando de repente y directamente el viejo Profesor interrumpió sus pensamientos. Antes de que Syme pudiera hacer la primera pregunta diplomática, el viejo anarquista preguntó de repente, sin ningún tipo de preparación.

—¿Es usted policía?

Independientemente de lo que Syme pudiera haber previsto, jamás imaginó algo tan brutal y directo como esto. Ni siquiera su gran presencia de ánimo le permitió responder bromeando, aunque de forma algo torpe.

—¿Un policía? —dijo, intentando reír—. ¿Qué le hizo pensar en un policía en relación conmigo?

—El proceso fue bastante sencillo —respondió el Profesor con paciencia—. Me parecía que era un policía. Sigo pensando lo mismo.

—¿Me habré llevado por error el casco de un policía del restaurante? —preguntó Syme con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Acaso tengo un número pegado en alguna parte? ¿Mis botas tienen un aspecto vigilante? ¿Por qué tengo que ser policía? ¡Por favor, déjenme ser cartero!

El viejo Profesor negó con la cabeza con una gravedad desesperanzada, pero Syme continuó con una ironía febril.

—Pero tal vez no he comprendido las sutilezas de su filosofía alemana. Quizás “policía” sea un término relativo. En un sentido evolutivo, el simio se transforma tan gradualmente en policía que yo mismo jamás podré distinguir el proceso. El mono es sólo el policía que podría llegar a ser. Quizás una solterona de Clapham Common sea tan solo el policía que pudo haber sido. No me importa ser el policía que podría haber sido. Para la filosofía alemana puedo ser cualquier cosa.

—¿Pertenece usted a la policía? —preguntó el anciano, haciendo caso omiso de las improvisadas y desesperadas burlas de Syme—. ¿Es usted detective?

El corazón de Syme se le congeló, pero su rostro permaneció inmutable.

—La sugerencia de usted es ridícula —comenzó—. ¿Por qué demonios...?

El anciano golpeó con vehemencia su mano paralizada contra la mesa destartada, casi rompiéndola.

—¿No oyó mi sencilla pregunta, espía charlatán? —chilló con voz aguda y frenética—. ¿Es o no es detective de la policía?

—¡No! —respondió Syme, como un hombre sube al patíbulo.

—¡Júrelo, júrelo!—dijo el anciano, inclinándose hacia él, su rostro inerte cobrando vida de una manera repugnante—. ¿Acepta usted condenarse si jura en falso? ¿Sabe que entonces el diablo bailará en su funeral? ¿Caerá la pesadilla sobre tu tumba? ¿Es cierto lo que me dice? ¿Es usted un anarquista, un dinamitero? Y, ante todo, ¿no es detective en ningún sentido? ¿No pertenece a la policía británica?

Apoyó firmemente su codo puntiagudo sobre la mesa, y puso la palma de la mano tras la oreja para oír mejor.

—No pertenezco a la policía británica —dijo Syme con una calma desesperada.

El Profesor de Worms se dejó caer en su silla con un curioso aire de amable desmayo.

—Pues es una lástima —dijo—, porque yo sí lo soy.

Syme se puso de pie de un salto, haciendo retroceder ruidosamente su asiento.

—¿Qué dice que es? —dijo con voz ronca.

—Soy policía —dijo el Profesor sonriendo ampliamente por primera vez, mientras brillaban sus ojos tras de sus gafas—. Pero como usted piensa que “policía” es un término relativo, por supuesto que no tengo nada que ver con usted. Pertenezco a la policía británica; pero como me dice que usted no pertenece a ella, sólo puedo decirle que lo he encontrado en un club de dinamiteros. Supongo que debería arrestarlo.

Y con estas palabras, colocó sobre la mesa frente a Syme una réplica exacta de la tarjeta azul que Syme llevaba en el bolsillo de su chaleco, símbolo de su autoridad policial.

Syme tuvo por un instante la sensación de que el cosmos se había puesto patas arriba, que todos los árboles crecían hacia abajo y que todas las estrellas estaban bajo sus pies. Luego, lentamente, llegó a la convicción opuesta. Durante las últimas veinticuatro horas, el cosmos había estado realmente patas arriba, pero ahora el universo volteado había vuelto a su posición normal. Aquel demonio del que había estado huyendo todo el día no era más que un hermano mayor, de su propia casa, que al otro lado de la mesa se recostaba y se reía de él. Por el momento, no hizo ninguna pregunta; sólo sabía el feliz y absurdo hecho de que aquella sombra, que lo había perseguido con una opresión insostenible de peligro, no era más que la sombra de un amigo que intentaba alcanzarlo. Se sabía al mismo tiempo, un necio y un hombre libre. Porque toda recuperación de un estado enfermizo debe ir acompañado de una humillación saludable. Llega un momento en esas circunstancias en el que sólo son posibles tres cosas: primero, la perpetuación del orgullo satánico; segundo, las lágrimas; y tercero, la risa. El orgullo de Syme se atuvo a la primera receta durante unos segundos, pero repentinamente adoptó la tercera opción. Sacando su propia tarjeta azul del bolsillo de su chaleco, la arrojó sobre la mesa; luego echó la cabeza hacia atrás hasta que su barba amarilla puntiaguda casi apuntaba al techo, y rió con carcajadas escandalosas.

Incluso en aquel oscuro tugurio, perpetuamente lleno del estruendo de cuchillos, platos que entrecocan, gritos, peleas y huidas, había algo homérico en la alegría de Syme que hizo que muchos hombres medio borrachos lo observaran con atención.

—¿De qué se ríe, jefe? —preguntó curioso un estibador de los muelles.

—De mí mismo —respondió Syme, y volvió a sumergirse en el éxtasis agónico de su reacción.

—Contrólese —dijo el Profesor—, o se pondrá histérico. Tómese otra cerveza. Yo le acompaño.

—Aun no se ha acabado su leche —dijo Syme.

—¡Mi leche! —dijo el otro con un tono de desprecio mordaz y desdeñoso—, ¡mi leche! ¿Le parece que me dedico a esa porquería cuando no estoy a la vista de esos malditos anarquistas? En esta sala todos somos cristianos, aunque quizás —añadió, mirando a los parroquianos achispados—, no demasiado estrictos. ¿Acabarme la leche? ¡Maldita sea! ¡Sí, me la terminaré! —y tiró el vaso al suelo, haciendo un estruendo de cristales y un surtidor de líquido plateado.

Syme lo observaba con una curiosidad alegre.

—Ahora lo entiendo —exclamó—; por supuesto, no es un anciano.

—No puedo quitarme la cara aquí —respondió el Profesor de Worms—. Es un maquillaje bastante trabajoso. En cuanto a si soy un anciano, no me corresponde decirlo. Cumplí treinta y ocho años el año pasado.

—Sí, pero quiero decir —dijo Syme con impaciencia— que no está enfermo.

—Sí —respondió el otro con indiferencia—, soy propenso a los resfriados.

La risa de Syme ante todo aquello tenía un matiz de alivio descontrolado. Se reía de la idea de que el Profesor paralítico fuera en realidad un joven actor disfrazado como para subir al escenario. Pero tenía la sensación de que se habría reído igual de fuerte si se le hubiera caído un salero.

El falso Profesor bebió y se limpió la barba postiza.

—¿Sabía usted —preguntó— que ese hombre, Gogol, era uno de los nuestros?

—¿Yo? No, no lo sabía —respondió Syme con cierta sorpresa—. ¿Y usted tampoco?

—Sabía tanto como sabe un muerto —respondió el hombre que se hacía llamar de Worms—. Creí que el Presidente hablaba de mí y temblaba de pies a cabeza.

—Y yo que pensaba que hablaba de mí —dijo Syme con su excesiva risa—. Tuve agarrado el revólver todo el tiempo.

—Yo también —dijo el Profesor con gravedad—; y seguro que Gogol hacía lo mismo.

Syme golpeó la mesa con una exclamación.

—¡Pero si éramos tres! —exclamó—. Tres de siete es un número para pelear. ¡Si tan sólo hubiéramos sabido que éramos tres!

El rostro del Profesor de Worms se ensombreció y bajó la vista.

—Éramos tres —dijo—. Y si hubiéramos sido trescientos, nada habría cambiado

—¿Ni aunque fuéramos trescientos contra cuatro? —preguntó Syme, jactancioso.

—No —dijo seriamente el Profesor—, ni aunque fuéramos trescientos podríamos con Domingo.

Y la sola mención del nombre hizo callar a Syme; su risa se había apagado en su corazón antes de poder salir por sus labios. El rostro del extraordinario Presidente apareció en su mente tan vívido como una fotografía a color, y notó esta diferencia entre Domingo y todos sus satélites: que sus rostros, por muy feroces o siniestros que fueran, se desdibujaban gradualmente en la memoria como otros rostros humanos, mientras que el de Domingo parecía cobrar mayor viveza durante su ausencia, como si el retrato pintado de un hombre cobrara vida poco a poco.

Ambos guardaron silencio durante unos instantes, y entonces Syme rompió a hablar con fuerza, como la repentina espuma del champán.

—Profesor —gritó—, ¡esto es intolerable! ¿Le tiene miedo a este hombre?

El Profesor levantó sus pesados párpados y miró a Syme con unos ojos azules bien abiertos, de una honradez casi etérea.

—Sí, le tengo miedo —dijo con suavidad—. Y usted también.

Syme se quedó mudo por un instante. Luego se puso de pie, erguido, como un hombre insultado, y apartó la silla de un empujón.

—Sí —dijo con una voz indescriptible—, tiene razón. Le tengo miedo. Por lo tanto, juro por Dios que buscaré a este hombre al que temo hasta encontrarlo y le partiré la cara. Aunque el cielo sea su trono y la tierra su escabel, juro que lo derribaré.

—¿Cómo? —preguntó el Profesor, que lo miraba fijamente—. ¿Por qué?

—Porque le tengo miedo —dijo Syme—; y ningún hombre debería dejar en el universo nada a lo que tema.

De Worms lo miró parpadeando con una especie de asombro ciego. Intentó hablar, pero Syme continuó en voz baja, pero con un trasfondo de exaltación inhumana.

—¿Quién se permitiría derribar aquello que no teme? ¿Quién se rebajaría a ser simplemente valiente, como un bravucón cualquiera? ¿Quién se limitaría a ignorar el miedo, como cualquier árbol? Ha de lucharse sólo contra lo que se teme. Acuérdesse de la vieja historia del clérigo inglés que le dio la extremaunción a un bandido de Sicilia, y cómo en su lecho de muerte el gran ladrón le dijo: “No puedo darle dinero, pero puedo darle un consejo que le servirá toda la vida: el pulgar en la hoja y acuchillar hacia arriba”. Así que le digo a usted: golpear hacia arriba, hasta las estrellas, si es preciso.

El otro miraba al techo, con uno de los habituales gestos de su personaje.

—Domingo es una estrella fija —dijo.

—Usted lo verá caer como una estrella fugaz —dijo Syme, y se puso el sombrero.

La decisión que mostraba hizo que el Profesor se pusiera de pie, imitándole.

—¿Tiene alguna idea —preguntó con una especie de perplejidad benevolente— de qué se puede hacer exactamente?

—Sí —respondió Syme secamente—, voy a impedir que se lance esa bomba en París.

—¿Y ha pensado cómo? —preguntó el otro.

—No —dijo Syme con igual firmeza.

—Por supuesto —continuó el fingido de Worms, tirándose de la barba y mirando por la ventana—, recordará que cuando nos separamos precipitadamente, todos los preparativos para la atrocidad quedaron en manos del Marqués y del Doctor Bull. El Marqués probablemente ya esté cruzando el Canal de la Mancha. Pero es dudoso que incluso el Presidente sepa adónde irá y qué hará; desde luego, nosotros no lo sabemos. El único que lo sabe es el Doctor Bull.

—¡Maldita sea! —exclamó Syme—. Y no sabemos dónde está.

—Sí —dijo el otro con su peculiar y distraída manera—, yo sé dónde está.

—¿Me lo dirá? —preguntó Syme con ojos ansiosos.

—Le llevaré a usted —dijo el Profesor, y descolgó su propio sombrero del perchero.

Syme se quedó mirándolo con una especie de excitación rígida.

—¿Qué quiere decir? —preguntó bruscamente—. ¿Viene conmigo? ¿Asumirá el riesgo?

—Joven —dijo el Profesor amablemente—, me divierte observar que me considera un cobarde. Al respecto, sólo diré una cosa, y coincidirá exactamente con su retórica filosófica. Usted cree que es posible derrocar al Presidente. Yo sé que es imposible, y voy a intentarlo.

Y abriendo la puerta de la taberna, que dejó entrar una ráfaga de aire gélido, salieron juntos a las oscuras calles junto a los muelles.

La nieve se había derretido formando un barrizal, pero aquí y allá algún aun perduraban algunas manchas, ya más grises que blancas en la oscuridad. Las callejuelas estaban resbaladizas y llenas de charcos que reflejaban de forma irregular las farolas encendidas, como fragmentos de otro mundo caído. Syme se sentía casi aturdido mientras caminaba entre esta creciente confusión de

luces y sombras; pero su compañero seguía caminando con paso rápido hacia donde, al final de la calle, el río iluminado por las farolas semejaba estar en llamas.

—¿Adónde va? —preguntó Syme.

—Ahora mismo —respondió el Profesor—, voy a volver la esquina para averiguar si el Doctor Bull se ha acostado ya. Es muy higienista y se acuesta temprano.

—¡El Doctor Bull! —exclamó Syme—. ¿Vive por aquí?

—No —respondió su amigo—. De hecho, vive bastante lejos, al otro lado del río, pero desde aquí podemos saber si se ha ido a la cama.

Mientras hablaba, dobló la esquina y, mirando hacia el río salpicado de llamas, señaló con su bastón hacia la otra orilla. En el lado de Surrey, en ese punto, se extendía hacia el Támesis, casi sobresaliendo de él, un conjunto de altos edificios de viviendas, sembrados de ventanas iluminadas, que se alzaban como chimeneas de fábrica hasta una altura casi desmesurada. Su singular disposición hacía que un bloque en particular pareciera una Torre de Babel con cien ojos. Syme nunca había visto los rascacielos de Estados Unidos, así que sólo podía imaginarlos en sueños.

Mientras miraban fijamente aquella torre de innumerables luces, la luz más brillante se apagó abruptamente, como si aquel Argos¹⁹ oscuro le hubiera guiñado un ojo con uno de sus incontables ojos.

El Profesor de Worms giró sobre sus talones y golpeó su bastón contra su bota.

—Llegamos demasiado tarde —dijo—, el médico higienista ya se fue a dormir.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Syme—. ¿Es que vive allí?

—Sí —dijo de Worms—, detrás de esa ventana que no se ve. Vamos a cenar. Mañana por la mañana tendremos que ir a visitarlo.

Sin más preámbulos, le condujo por varios callejones hasta llegar al bullicio de East India Dock Road. El Profesor, que parecía conocer bien la zona, se dirigió a un lugar donde la hilera de tiendas iluminadas se sumía en una especie de penumbra y silencio abruptos, donde una vieja posada blanca, completamente destartalada, se alzaba a unos seis metros de la calzada.

—Se pueden encontrar buenas posadas inglesas que han quedado por casualidad en todas partes, como fósiles —explicó el Profesor—. Una vez encontré un sitio decente en el West End.

—Y supongo —dijo Syme sonriendo— que éste es el lugar decente correspondiente del East End.

—Así es —dijo el Profesor con reverencia, y entró.

En ese lugar cenaron y pasaron la noche, con efectos bien reparadores. Las alubias y el tocino, que aquella gente inexplicable cocinaba tan bien, y la asombrosa aparición del Borgoña desde sus bodegas, coronaron la sensación de Syme de una nueva camaradería y bienestar. A lo largo de toda esta aventura, su mayor horror había sido la soledad, y no hay palabras para expresar el abismo que existe entre ese aislamiento y el hecho de tener un aliado. Se les puede conceder a los matemáticos que cuatro es dos veces dos. Pero dos no es dos veces uno; dos es dos mil veces uno. Por eso, a pesar de un centenar de inconvenientes, el mundo siempre volverá a la monogamia.

Syme pudo sincerarse por primera vez en toda su absurda historia, desde el momento en el que Gregory lo había llevado a la pequeña taberna junto al río. Lo hizo con displicencia y prolijamente, en un monólogo exuberante, como quien conversa con viejos amigos. Por su parte, el hombre que se había hecho pasar por el Profesor de Worms no era menos comunicativo. Su propia historia era casi tan absurda como la de Syme.

19 Argos Panoptes, el gigante de los cien ojos que todo lo ve. Una vez que fue muerto por Hermes, sus ojos sirvieron para decorar la cola del pavo real.

—Le queda muy bien ese atuendo —dijo Syme, apurando un vaso de su maconnais—; mucho mejor que el del viejo Gogol. Desde el principio me pareció que era un poco demasiado peludo.

—La diferencia está en la teoría artística que se escoja —respondió el Profesor pensativo—. Gogol era un idealista. Se forjó a sí mismo como el ideal abstracto o platónico del anarquista. Pero yo soy realista. Soy un pintor de retratos. Pero, en realidad, decir que soy retratista es una expresión inexacta. Yo soy un retrato.

—No le entiendo —dijo Syme.

—Soy un retrato —repitió el Profesor—. Soy un retrato del célebre Profesor de Worms, que, creo, se encuentra en Nápoles.

—Quiere decir que se ha disfrazado como él —dijo Syme—. Pero, ¿no se ha enterado de que usted está burlándose de él?

—Lo sabe perfectamente —respondió su amigo alegremente.

—Entonces, ¿por qué no le denuncia?

—Porque ya lo he denunciado yo —respondió el Profesor.

—Explíqueme eso —dijo Syme.

—Con mucho gusto, si no le importa escuchar mi historia —respondió el eminente filósofo extranjero—. Soy actor de profesión y me llamo Wilks. Cuando estaba en el escenario, me relacionaba con toda clase de bohemios y canallas. Coincidió con los arrabales de la sociedad, a veces con la chusma del mundo artístico y ocasionalmente con los refugiados políticos. En cierto antro de soñadores exiliados me presentaron al gran filósofo nihilista alemán, el Profesor de Worms. No supe mucho de él más allá de su aspecto, que era muy repugnante y que estudié con atención. Comprendí que había demostrado que el principio destructivo del universo era Dios; por lo tanto, insistía en la necesidad de una energía furiosa e incesante que destrozara todo en pedazos. La energía, decía, era el Todo. Era cojo, miope y parcialmente paralítico. Cuando lo conocí, estaba de humor frívolo y me desagradó tanto que decidí imitarlo. Si hubiera sido dibujante, le habría hecho una caricatura. Como sólo era actor, sólo pude representar la caricatura. Me maquillé como una exageración desmesurada de la vieja y sucia personalidad del Profesor.

»Cuando entré en la sala llena de sus seguidores, esperaba ser recibido con una carcajada, o (si estaban demasiado borrachos) con gritos de indignación por el insulto. No puedo describir la sorpresa que sentí cuando mi entrada fue recibida con un respetuoso silencio, seguido (cuando abrí los labios por primera vez) de un murmullo de admiración. La maldición del artista perfecto había caído sobre mí. Había sido demasiado sutil, había sido demasiado auténtico. Pensaron que realmente era el gran Profesor nihilista. En aquel entonces yo era un joven sano y confieso que fue un duro golpe. Sin embargo, antes de que pudiera recuperarme por completo, dos o tres de estos admiradores se me acercaron corriendo, irradiando indignación, y me dijeron que se me estaba insultado públicamente en la sala contigua. Pregunté qué pasaba. Al parecer, un tipo impertinente se había disfrazado de mí mismo, una parodia ridícula. Yo había bebido más champán de la cuenta y, en un arrebato de locura, decidí ver hasta dónde llegaba la situación. Así pues, ante las miradas fulminantes de todos, mis cejas arqueadas y mi mirada gélida, el verdadero Profesor entró en la habitación.

»Huelga decir que hubo un choque. Los pesimistas que me rodeaban miraban ansiosamente a un Profesor y al otro para ver cuál era realmente el más débil. Pero gané yo. No se podía esperar que un anciano con mala salud, como mi rival, mostrara una debilidad tan impresionantemente débil como un joven actor en la flor de la vida. Verán, él realmente tenía parálisis, y con esa limitación forzosa, no podía ser tan alegremente paralítico como yo. Entonces intentó desenmascaramme con argumentos intelectuales. Lo contrarresté con una táctica muy simple. Cada vez que decía algo que sólo él podía entender, yo respondía con algo que ni siquiera yo mismo podía entender. “No me parece posible —dijo— que usted haya podido deducir el principio de que la evolución es solo una

negación, puesto que implica la introducción de lagunas, que son esenciales para la diferenciación”. Le respondí con desdén: “Todo eso lo leyó en Pinckwerts; la idea de que la involución funcionaba eugenésicamente fue expuesta hace mucho tiempo por Glumpe”. No hace falta decir que nunca existieron personas como Pinckwerts y Glumpe. Pero la gente a mi alrededor (para mi sorpresa) parecía recordarlos bastante bien.

»Y el Profesor, al darse cuenta de que el método erudito y misterioso lo dejaba a merced de un enemigo algo falto de escrúpulos, recurrió a una forma de ingenio más popular. “Ya veo —se burló—, usted triunfa como el falso cerdo de Esopo.²⁰” “Y usted fracasa —respondí sonriendo—, como el erizo de Montaigne”. ¿Hace falta decir que no hay ningún erizo en Montaigne? “No deja caer más que tonterías —dijo—; y también podría caérsele la barba.” No tenía una respuesta inteligente para esto, que era bastante cierto y bastante ingenioso. Pero me reí a carcajadas, respondí al azar: “Sí, como las botas del panteísta”, y me di la vuelta con todos los honores de la victoria. El verdadero Profesor fue expulsado, sin violencia, aunque un hombre intentó con mucho empeño arrancarle la nariz. Ahora, creo, es recibido en toda Europa como un delicioso impostor. Su aparente seriedad y su ira lo hacen aún más interesante.

—Bueno —dijo Syme—, puedo entender que se pusiera su vieja y sucia barba para una broma una noche cualquiera, pero no comprendo por qué no se la ha quitado.

—Ahora verá qué ocurrió entonces —dijo el imitador—. Cuando yo mismo abandoné el local, seguido de un aplauso reverente, bajé cojeando por la calle oscura, esperando estar pronto lo suficientemente lejos como para poder caminar como un ser humano. Para mi asombro, al doblar la esquina, sentí un toque en el hombro y, al girarme, me encontré bajo la sombra de un policía enorme. Me dijo que me buscaban. Adopté una especie de postura paralizante y grité con un marcado acento alemán: “Sí, me buscan todos los oprimidos del mundo. Me están arrestando bajo la acusación de ser el gran anarquista, el Profesor de Worms”. El policía consultó impasible un papel que tenía en la mano. “No, señor —dijo cortésmente—, no es exacto del todo. Lo arresto por no ser el célebre anarquista, el Profesor de Worms”. Este cargo, si es que era delictivo, era sin duda el menos grave de los dos, y acepté la acusación, perplejo, pero no demasiado asustado. Me condujeron a varias habitaciones y, finalmente, ante un agente de policía, quien me explicó que se había iniciado una seria campaña contra los centros anarquistas y que mi exitosa farsa podría ser de considerable valor para la seguridad pública. Me ofreció un buen sueldo y esta pequeña tarjeta azul. Aunque nuestra conversación fue breve, me pareció un hombre con un gran sentido común y un humor extraordinario; pero no puedo contarles mucho sobre él personalmente, porque...

Syme dejó a un lado el cuchillo y el tenedor.

—Lo sé —dijo—, porque habló con él en una habitación oscura.

El Profesor de Worms asintió y apuró su vaso.

20 Un cerdo se disfrazó de oveja para evitar el sacrificio. Cuando el granjero comenzó a esquilas, el cerdo se lamentó a voces. “Tranquilo, le dijeron sus compañeras, el granjero sólo quiere la lana.” A lo que contestó: “De mí quiere la carne.”

IX. EL HOMBRE DE LAS GAFAS

—El Borgoña es una bebida estupenda —dijo el Profesor con tristeza, mientras dejaba su copa sobre la mesa.

—No lo parece —dijo Syme—; usted lo bebe como si fuera medicina.

—Debe disculpar mi actitud —dijo el Profesor con tristeza—, mi caso es bastante peculiar. Por dentro reboso de alegría juvenil; pero he interpretado tanto tiempo al Profesor paralítico que ahora no puedo dejar de hacerlo. Así que, cuando estoy entre amigos y no tengo necesidad de disfrazarme, no puedo evitar hablar despacio y arrugar la frente, como si así fuera la mía. Puedo ser feliz, ¿entiende?, pero sólo de una forma paralítica. Las exclamaciones más alegres brotan de mi corazón, pero salen de mi boca ciertamente transformadas. Debería oírme decir: “¡Ánimo, muchacho!” Se le saltarían las lágrimas.

—Sí —dijo Syme—; pero no puedo evitar pensar que, aparte de todo eso, en realidad está un tanto preocupado.

El Profesor se sobresaltó un poco y lo miró fijamente.

—Es usted un tipo muy inteligente —dijo—, es un placer trabajar con usted. Sí, tengo la cabeza bastante nublada. Hay un gran problema que afrontar —y se llevó la frente calva a las manos.

Entonces dijo en voz baja:

—¿Sabe tocar el piano?

—Sí —dijo Syme con simple asombro—, se supone que no lo hago mal del todo.

Entonces, como el otro no dijo nada, añadió:

—Confío en que la gran nube se disipe.

Tras un largo silencio, el Profesor dijo desde la cavernosa sombra de sus manos:

—Habría funcionado igual de bien si supiera usar una máquina de escribir.

—Gracias —dijo Syme—, me halaga.

—Escúcheme —dijo el otro—, y recuerde a quién tenemos que ver mañana. Usted y yo vamos a intentar mañana algo mucho más peligroso que robar las Joyas de la Corona de la Torre de Londres. Vamos a intentar robarle un secreto a un hombre muy astuto, muy fuerte y muy malvado. Creo que no hay hombre, excepto el Presidente, por supuesto, que sea tan sorprendente e imponente como ese pequeño tipo sonriente con gafas. Quizás no tenga el entusiasmo ardiente hasta la muerte, el martirio loco por la anarquía, que caracteriza al Secretario. Pero ese mismo fanatismo del Secretario descubre un patetismo ciertamente humano, que es un rasgo casi redentor. Pero el pequeño Doctor tiene una cordura brutal que es más impactante que la enfermedad del Secretario. ¿No se das cuenta de su detestable virilidad y vitalidad? Rebota como una pelota de goma. Puede estar seguro de que Domingo no estaba dormido (me pregunto si alguna vez duerme) cuando guardó todos los planes del atentado, bajo llave, en la cabeza negra del Doctor Bull.

—¿Y cree —dijo Syme— que este singular monstruo se calmará si le toco el piano?

—No sea idiota —dijo su mentor—. Mencioné el piano porque exige unos dedos rápidos e independientes. Syme, si queremos superar esta entrevista y salir cuerdos o vivos, debemos tener

algún código de señales entre nosotros que este bruto no pueda detectar. He creado un código alfabético aproximado que corresponde a los cinco dedos —así, ¿ves?—, y movió los dedos sobre la mesa de madera— “M-A-L”, mal, una palabra que podríamos necesitar con frecuencia.

Syme se sirvió otra copa de vino y comenzó a estudiar el sistema. Tenía una agilidad mental extraordinaria para resolver acertijos y una destreza manual considerable, y no tardó en aprender cómo transmitir mensajes sencillos mediante lo que parecían simples golpecitos sobre una mesa o una rodilla. Pero el vino y la compañía siempre lo inspiraban a una travesura extravagante, y el Profesor pronto se vio lidiando con la desbordante energía del nuevo lenguaje, que fluía por la mente agitada de Syme.

—Debemos tener varios signos de palabras —dijo Syme—. En serio, palabras que probablemente necesitemos, matices sutiles de significado. Mi palabra favorita es “coetáneo”. ¿Cuál es la suya?

—Deje de hacer el tonto —dijo el Profesor con tono lastimero—. No se imagina lo grave que es esto.

—También “tupido” —dijo Syme, sacudiendo la cabeza con aire sagaz —debemos tener un signo para “tupido”. Es una palabra aplicada al césped, ¿no lo sabía?

—¿Se imaginas —preguntó el Profesor furioso— que vamos a hablar con el Doctor Bull sobre la hierba?

—Hay varias maneras de abordar el tema —dijo Syme pensativo—, e introducir la palabra sin que parezca forzada. Podríamos decir: “Doctor Bull, como revolucionario, usted recuerda que un tirano nos aconsejó una vez que comiéramos hierba; y, en efecto, muchos de nosotros, al contemplar la hierba fresca y tupida del verano...”

—Pero se da cuenta —dijo el otro— de que esto no es una comedia, sino una tragedia?

—Perfectamente —respondió Syme—; siempre hay que ser cómico en una tragedia. ¿Qué más se puede hacer? Ojalá su lenguaje tuviera un alcance mayor. Me parece... ¿No podríamos extenderlo desde los dedos de las manos hasta los de los pies? Eso implicaría quitarnos las botas y los calcetines durante la conversación, lo cual, por muy discretamente que se hiciera...

—Syme —dijo su amigo con severa sencillez—, ¡váyase a la cama!

Syme, sin embargo, permaneció sentado en la cama durante un buen rato, perfeccionando el nuevo código. A la mañana siguiente, cuando el oriente aún permanecía sumido en la oscuridad, se despertó y encontró a su aliado de barba gris de pie como un fantasma junto a su cama.

Syme se incorporó en la cama, parpadeando; luego, lentamente, recompuso sus pensamientos, echó a un lado sábana y manta, y se puso en pie. Le pareció, de alguna manera extraña, que toda la seguridad y la camaradería de la noche anterior se desvanecían a la vez, y que se hallaba rodeado de un aire de gélido peligro. Aún sentía una profunda confianza y lealtad hacia su compañero; pero era la confianza entre dos hombres que se dirigen al cadalso.

—Bueno —dijo Syme con una alegría forzada mientras se ponía los pantalones—, soñé con ese alfabeto suyo. ¿Le llevó mucho tiempo inventarlo?

El Profesor no respondió, sino que continuó mirando al frente con ojos del color de un mar invernal; entonces Syme repitió su pregunta.

—Dígame, ¿le llevó mucho tiempo inventar todo esto? Me consideran bueno en estas cosas, y a mí me ha llevado una hora dominarlo. ¿Lo aprendió todo sobre la marcha?

El Profesor permanecía en silencio; tenía los ojos muy abiertos y lucía una sonrisa fija, aunque muy leve.

—¿Cuánto tiempo le llevó?

El Profesor no se movió.

—¡Maldita sea! ¿No puede responder? —exclamó Syme con una ira repentina que ocultaba algo parecido al miedo. Pudiera o no pudiera responder el Profesor, no lo hizo.

Syme se quedó mirando fijamente el rostro rígido como un pergamino y los ojos azules vacíos. Su primer pensamiento fue que el Profesor se había vuelto loco, pero su segundo pensamiento fue más aterrador. Después de todo, ¿qué sabía él de esa extraña criatura a la que había aceptado ingenuamente como amigo? ¿Qué sabía, excepto que el hombre había estado en el desayuno anarquista y le había contado una historia ridícula? ¿Qué improbable era que hubiera otro amigo allí junto a Gogol! ¿Acaso el silencio de aquel hombre era una forma sensacional de declarar la guerra? ¿Acaso aquella mirada impasible no era más que la terrible mueca de algún traidor triple, que se había vuelto contra él de forma definitiva? Permaneció de pie, aguzando el oído en aquel silencio despiadado. Casi le pareció oír el siseo de los dinamiteros que se acercaban para capturarlo, moviéndose sigilosos en el pasillo.

Entonces su mirada se desvió hacia abajo y estalló en carcajadas. Aunque el Profesor permanecía allí inmóvil como una estatua, sus cinco dedos mudos danzaban vivos sobre la mesa inerte. Syme observó los movimientos centelleantes de la mano parlante y leyó claramente el mensaje.

—Solo hablaré así. Debemos acostumbrarnos.

Dio la respuesta con la impaciencia del alivio.

—Muy bien. Vamos a desayunar.

Tomaron sus sombreros y bastones en silencio; pero cuando Syme tomó su bastón-estoque, lo sujetó con fuerza.

Hicieron una pausa de unos minutos solo para engullir café y unos bocadillos gruesos y bastos en un puesto de café, y luego cruzaron el río, que bajo la luz gris y creciente parecía tan desolado como el Aqueronte²¹. Llegaron al pie del enorme bloque de edificios que habían visto desde la otra orilla y comenzaron a subir en silencio los innumerables escalones de piedra desnudos, deteniéndose sólo de vez en cuando para hacer breves comentarios en la barandilla. Casi en cada tramo de escaleras pasaban junto a una ventana; cada ventana les mostraba un amanecer pálido y trágico que se alzaba laboriosamente sobre Londres. Desde cada una, los innumerables tejados de pizarra parecían las olas plumizas de un mar gris y agitado después de la lluvia. Syme era cada vez más consciente de que su nueva aventura tenía una cualidad de fría cordura peor que las aventuras desenfrenadas del pasado. La noche anterior, por ejemplo, los altos edificios de viviendas le habían parecido una torre de ensueño. Mientras subía ahora los escalones agotadores e interminables, se sentía intimidado y desconcertado por su serie casi infinita. Pero no era el horror ardiente de un sueño ni de nada que pudiera ser exageración o delirio. Su indeterminación era más bien como el infinito vacío de la aritmética, algo inconcebible, pero necesario. O era como las asombrosas afirmaciones de la astronomía sobre la distancia de las estrellas fijas. Ascendía a la casa de la razón, algo más horrendo que la sinrazón misma.

Cuando llegaron al rellano del Doctor Bull, una última ventana les mostró un amanecer blanco y crudo, bordeado por franjas de un rojo áspero, más parecido a arcilla roja que a nubes rojas. Pero al entrar en el ático desnudo del Doctor Bull, lo encontraron lleno de luz.

Syme había estado atormentado por un recuerdo casi histórico relacionado con aquellas habitaciones vacías y aquel amanecer austero. En el instante en que vio el ático y al Doctor Bull sentado escribiendo en una mesa, recordó de qué se trataba: la Revolución Francesa. Debería haber aparecido el contorno negro de una guillotina contra el intenso rojo y blanco de la mañana. El Doctor Bull vestía solo camisa blanca y pantalones negros; a su cabeza rapada y oscura quizás le faltaba la peluca; podría haber sido un Marat o un Robespierre algo más desaliñado.

21 El río del Hades, en la mitología griega.

Sin embargo, cuando le vio detenidamente, la fantasía francesa se desvaneció. Los jacobinos eran idealistas; este hombre, en cambio, irradiaba un materialismo asesino. Su posición le confería una apariencia un tanto singular. La intensa luz blanca de la mañana, que entraba lateralmente y producía sombras marcadas, le hacía parecer más pálido y anguloso que en el desayuno en el balcón. Así, las gafas negras que cubrían sus ojos bien podrían haber sido cavidades negras en su cráneo, dándole el aspecto de una calavera. Y, en efecto, si alguna vez la misma Muerte se sentó a escribir en una mesa de madera, bien podría haber sido él.

Alzó la vista y sonrió ampliamente cuando entraron los dos hombres, y se levantó con la rapidez y agilidad de la que le había hablado el Profesor. Les acercó una silla a cada uno y, dirigiéndose a un perchero detrás de la puerta, se puso un chaleco y una levita de tweed oscuro y áspero; se los abrochó con esmero y volvió a sentarse a su mesa.

El tranquilo buen humor de sus maneras dejó a los dos oponentes indefensos. Fue con cierta dificultad momentánea que el Profesor rompió el silencio y comenzó:

—Lamento interrumpirle tan temprano, camarada —dijo, retomando con cautela el lento estilo de De Worms—. Sin duda ha hecho ya todos los preparativos para el asunto de París. —Y añadió con infinita lentitud—: Tenemos información que hace intolerable cualquier demora, por mínima que sea.

El Doctor Bull volvió a sonreír, pero continuó mirándolos sin decir palabra. El Profesor reanudó su discurso, haciendo una pausa antes de cada palabra cansada.

—Por favor, no me considere demasiado brusco; pero le aconsejo que modifique esos planes o, si ya es demasiado tarde, que apoye a su agente con todo lo que pueda. El camarada Syme y yo hemos tenido una experiencia que nos llevaría demasiado tiempo relatar, ya que tenemos que actuar con premura. Sin embargo, le contaré lo sucedido con detalle, incluso a riesgo de perder tiempo, si realmente considera que es esencial para comprender el problema que debemos abordar.

Estaba alargando sus frases, haciéndolas intolerablemente largas y tediosas, con la esperanza de enloquecer al pequeño y práctico Doctor hasta provocar una explosión de impaciencia que podría delatar sus intenciones. Pero el pequeño Doctor continuó limitándose a mirar fijamente y sonreír, y el monólogo se convirtió en una tarea ardua. Syme comenzó a sentir una nueva angustia y desesperación. La sonrisa y el silencio del Doctor no se parecían en nada a la mirada cataléptica y el horrible silencio que había presenciado en el Profesor media hora antes. En el maquillaje del Profesor y todas sus payasadas siempre había algo meramente grotesco, como un muñeco de trapo. Syme recordaba aquellos terribles temores del pasado inmediato, como se recuerda el miedo que le daba el Hombre del Saco en las noches de la infancia. Pero ahora estaba a la luz del día; estaba ante un hombre sano, de hombros anchos, vestido con tweed, nada extraño salvo por el accidente de sus feas gafas, sin mirar fijamente ni sonreír de forma burlona, sino sonriendo con firmeza y sin decir una palabra. Todo tenía una sensación de realidad insoportable. Bajo la creciente luz del sol, los colores de la tez del Doctor, el estampado de su tweed, crecían y se expandían desmesuradamente, como tales cosas adquieren demasiada importancia en una novela realista. Pero su sonrisa era bastante leve, la postura de su cabeza cortés; lo único extraño era su silencio.

—Como decía —retomó el Profesor, como un hombre que se abre paso con dificultad entre la arena espesa—, el incidente que nos ha ocurrido y que nos ha llevado a solicitar información sobre el Marqués, supone tales implicaciones que quizás haga preciso que usted lo considere a fondo; pero como le ocurrió al camarada Syme y no a mí...

Parecía alargar las palabras como si fueran las de un himno; pero Syme, que lo observaba, vio cómo sus largos dedos repiqueteaban rápidamente sobre el borde de la mesa destartada. Leyó el mensaje: “Debe echarme una mano. ¡Este demonio me ha dejado seco!”

Syme se lanzó a la brecha con esa audacia e improvisación que siempre surgían en él en los momentos de peligro.

—Sí, realmente la cosa me ocurrió a mí —dijo apresuradamente—. Tuve la suerte de entablar conversación con un detective que, gracias a mi sombrero, me tomó por una persona respetable. Deseando consolidar mi reputación de respetabilidad, lo llevé al Savoy y lo emborraché. Bajo esa influencia se volvió amigable y me dijo, en pocas palabras, que en uno o dos días esperaban arrestar al Marqués en Francia. Así que, a menos que usted o yo podamos seguirle la pista...

El Doctor seguía sonriendo de la manera más amable, y su mirada, oculta, permanecía impenetrable. El Profesor le indicó a Syme que reanudaría su explicación, y comenzó de nuevo con la misma calma y meticulosidad.

—Syme me trajo esta información de inmediato, y vinimos juntos aquí para ver qué uso le deberíamos dar. Me parece indudablemente urgente que...

Durante todo ese tiempo, Syme había estado mirando al Doctor casi con la misma intensidad con la que el Doctor miraba al Profesor, pero sin sonreír. Los nervios de ambos compañeros estaban a punto de estallar bajo esa tensión de impasibilidad, cuando Syme se inclinó de repente hacia adelante y golpeó distraídamente el borde de la mesa. Su mensaje a su aliado fue: “Tengo una intuición”.

El Profesor, casi sin pausa en su monólogo, le indicó: “Guárdesela para usted”.

Syme telegrafió: “Es algo extraordinario”.

El otro respondió: “¡Disparate extraordinario!”

Syme dijo: “Soy poeta”.

El otro replicó: “Es hombre muerto”.

Syme se había sonrojado hasta la raíz de su pelo rubio, y le brillaban los ojos febrilmente. Como había dicho, tenía una intuición, y esta se había convertido en una especie de altiva certeza. Retomando sus golpecitos, le indicó a su amigo: “No advierte lo poética que es mi intuición. Tiene esa cualidad repentina que a veces sentimos con la llegada de la primavera”.

Luego estudió la respuesta en los dedos de su amigo. La respuesta era: “¡Váyase al infierno!”

El Profesor reanudó entonces su monólogo, pura verborrea, dirigido al Doctor.

“Quizás debería decir más bien —dijo Syme con los dedos— que se asemeja a ese repentino olor a mar que se puede encontrar en el corazón de las frondas tupidas.”

Su acompañante no se dignó contestarle.

“O también —añadió Syme— es tan positiva, como el apasionado cabello rojo de una mujer hermosa”.

El Profesor continuaba su discurso, pero Syme decidió actuar. Se inclinó sobre la mesa, y dijo con una voz que no podía pasarse por alto:

—¡Doctor Bull!

La cabeza elegante y sonriente del Doctor no se movió, pero cualquiera habría jurado que, bajo sus gafas oscuras, sus ojos se dirigieron rápidamente hacia Syme.

—Doctor Bull —dijo Syme con una voz peculiarmente precisa y cortés—, ¿me haría un pequeño favor? ¿Sería tan amable de quitarse las gafas?

El Profesor giró sobre su asiento y miró a Syme con una especie de asombro furioso y congelado. Syme, como quien ha puesto su vida y su fortuna sobre la mesa, se inclinó hacia adelante con el rostro encendido. El Doctor permaneció inmóvil.

Durante unos segundos reinó un silencio tan absoluto que se podría oír la caída de un alfiler, interrumpido solo por el silbato de un vapor lejano en el Támesis. Entonces el Doctor Bull se levantó lentamente, aún sonriendo, y se quitó las gafas.

Syme se puso de pie de un salto, retrocediendo un poco, como un profesor de química tras una explosión. Sus ojos brillaban como estrellas, y por un instante sólo pudo señalar sin decir palabra.

El Profesor también se puso de pie, olvidando su supuesta parálisis. Se apoyó en el respaldo de la silla y miró con recelo al Doctor Bull, como si este se hubiera transformado en sapo ante sus ojos. Y, en efecto, la transformación fue casi igual de impactante.

Los dos detectives vieron sentado en la silla frente a ellos a un joven de aspecto muy aniñado, con ojos color avellana francos y alegres, expresión abierta, ropa típica de oficinista londinense y un aire inconfundible de persona buena y sencilla. Aún conservaba la sonrisa, pero bien podría haber sido la primera sonrisa de un bebé.

—Bien sabía yo que soy poeta —exclamó Syme en una especie de éxtasis—. Sabía que mi intuición era tan infalible como la del Papa. ¡Eran las gafas las que lo hacían todo! ¡Eran las gafas! Con esos ojos negros y bestiales, todo lo demás, su salud y su aspecto jovial, le hacían parecer un demonio viviente entre los demonios muertos.

—Sin duda, marca una diferencia extraña —dijo el Profesor con voz temblorosa—. Pero en cuanto al proyecto del Doctor Bull...

—¡Al diablo con el proyecto! —rugió Syme, fuera de sí—. ¡Mírelo! ¡Mire su cara, mire su cuello, mire sus malditas botas! ¿Acaso cree que este tipo es un anarquista?

—¡Syme! —gritó el otro angustiado.

—¡Por Dios! —exclamó Syme—. ¡Yo mismo me arriesgaré! Doctor Bull, soy policía. Aquí tiene mi tarjeta —y arrojó la tarjeta azul sobre la mesa.

El Profesor seguía temiendo que todo estuviera perdido, pero era leal. Sacó su tarjeta oficial y la puso junto a la de su amigo. Entonces el tercer hombre soltó una carcajada, y por primera vez esa mañana oyeron su voz.

—Me alegra muchísimo que hayan llegado tan pronto —dijo con tono desenfadado, como el de un colegial—, porque así podremos ir todos juntos a Francia. Sí, yo también estoy en la policía —y les lanzó una tarjeta azul con un gesto de cortesía, como parte del protocolo.

Tras colocarse rápidamente un bombín en la cabeza y volver a ponerse sus gafas de duende, el Doctor se dirigió tan velozmente hacia la puerta que los demás lo siguieron instintivamente. Syme parecía un poco distraído, y al pasar bajo la puerta golpeó repentinamente su bastón contra el pasaje de piedra, haciéndolo resonar.

—¡Pero Señor Dios Todopoderoso! —exclamó—, si esto es así, ¡había más condenados detectives que condenados dinamiteros en el condenado Consejo!

—Podríamos haber ganado fácilmente —dijo Bull—; éramos cuatro contra tres.

El Profesor bajaba por delante de ellos, pero ascendió su voz hasta ellos.

—No —dijo la voz—, no éramos cuatro contra tres; no tuvimos tanta suerte. Éramos cuatro contra uno.

Bajaron las escaleras en silencio.

El joven llamado Bull, con la cortesía inocente que le caracterizaba, insistió en ir el último hasta que llegaron a la calle; pero allí su propia y enérgica rapidez se impuso inconscientemente, y caminó rápidamente delante hacia una oficina del ferrocarril, hablando con los demás por encima del hombro.

—Es estupendo hacer amigos —dijo—. Estaba medio muerto de miedo, completamente solo. Estuve a punto de darle un abrazo a Gogol, lo cual no habría sido muy prudente. Espero que no se reirán de mis temores...

—Todos los temores de ese amedrentador infierno contribuyeron a mi horror. Pero lo más temible de todo fue usted y sus gafas infernales.

El joven rió de buena gana.

—¿A que fue un buen truco? —dijo—. Una idea tan simple... pero no fue mía. No soy lo bastante listo. Verá, yo quería entrar en el servicio de detectives, especialmente en el negociado antidinamitero. Pero para eso querían a alguien que se vistiera de dinamitero; y todos juraban por Dios que yo jamás podría parecerlo. Decían que hasta mis andares eran respetables, y que visto de espaldas semejava la Constitución británica. Decían que parecía demasiado sano y demasiado optimista, muy de fiar, y demasiado benevolente; me tomaban el pelo de todas las maneras posibles en Scotland Yard. Decían que si hubiera sido un criminal, podría haber hecho fortuna al parecer un hombre honrado; pero como tuve la desgracia de ser honrado, no había ni la más remota posibilidad de que yo fingiera ser un criminal. Pero al final me llevaron ante un jefazo que tenía un alto cargo en la policía y que parecía tener muy buena cabeza. Y allí los demás hablaban sin parar. Uno preguntó si una barba tupida ocultaría mi sonrisa; otro dijo que si me pintaban la cara de negro podría parecer un anarquista negro; pero aquel viejo intervino con un comentario de lo más extraordinario. “Unas gafas ahumadas lo solucionarán todo —dijo con firmeza—. Mírenlo ahora; parece un oficinista angelical. Pónganle unas gafas ahumadas y los niños gritarán al verlo”. ¡Y así fue, por Dios! Una vez que me cubrieron los ojos, todo lo demás, la sonrisa, los hombros anchos y el pelo corto, me hicieron parecer un diablo perfecto. Como digo, fue bastante sencillo una vez hecho, como un milagro; pero esa no era la parte realmente asombrosa. Había algo realmente raro en ese negocio, y todavía me quedo perplejo al pensarlo.

—¿Qué fue eso? —preguntó Syme.

—Se lo diré —respondió el hombre de las gafas—. Ese grandullón de policía que me examinó para saber cómo me quedarían las gafas con mi pelo y mis calcetines... ¡por Dios, ni siquiera me vio!

Los ojos de Syme se fijaron de repente en él.

—¿Cómo fue eso? —preguntó—. Creí que había hablado con él.

—Así fue —dijo vivamente Bull—; pero hablamos en una habitación completamente a oscuras, como una carbonera en el fondo de un sótano. Jamás se lo habría imaginado, ¿verdad?

—No podría haberlo imaginado —reconoció Syme con gravedad.

—Sin duda, es una idea original —dijo el Profesor.

Su nuevo aliado era un torbellino en asuntos prácticos. En la oficina del ferrocarril, preguntó con la rapidez de un negociante sobre los trenes a Dover. Tras obtener la información, metió a todos en un taxi y, antes de que se dieran cuenta de lo vertiginoso del proceso, los subió a todos a un vagón del tren. Y ya estaban en el barco a Calais cuando la conversación fluyó con naturalidad.

—Ya había hecho los arreglos —explicó—, para almorzar en Francia; pero estoy encantado de tener a alguien con quien almorzar. Verán, tuve que mandar a esa bestia, el Marqués, con su bomba, porque el Presidente me tenía en la mira, aunque Dios sabe cómo. Algún día les contaré la historia. Fue una situación extraordinaria. Cada vez que intentaba escapar, veía al Presidente por ahí, sonriendo desde la terraza de un club o quitándose el sombrero en lo alto de un ómnibus. Ustedes pensarán lo que quieran, pero yo creo que ese tipo se vendió al diablo; puede estar en seis sitios a la vez.

—Entonces, según entiendo, usted envió al Marqués por delante —preguntó el Profesor—. ¿Hace mucho tiempo? ¿Llegaremos a tiempo para atraparlo?

—Sí —respondió su nuevo guía—, lo tengo todo calculado. Todavía estará en Calais cuando lleguemos.

—Pero cuando lo atrapemos en Calais —dijo el Profesor—, ¿qué vamos a hacer?

Ante esta pregunta, el semblante del Doctor Bull se ensombreció por primera vez. Reflexionó un poco y luego dijo:

—En teoría, supongo que deberíamos llamar a la policía.

—Yo no puedo—dijo Syme—. En realidad, debería ahogarme primero. Le prometí a un pobre hombre, un auténtico pesimista moderno, bajo palabra de honor, que no avisaría a la policía. No soy un experto en casuística, pero no puedo faltarle la palabra a un pesimista moderno. Es como faltarle la palabra a un niño.

—Estoy en la misma situación —dijo el Profesor—. Querría denunciarlo, pero no puedo por un juramento absurdo que hice. Verán, cuando era actor, era un auténtico impresentable. El perjurio o la traición son los únicos delitos que no he cometido. Si los cometiera, ya no sabría distinguir entre el bien y el mal.

—Yo también he pasado por todo eso —dijo el Doctor Bull—, y estoy decidido. Le hice mi promesa al Secretario; ya lo conocen, el hombre que sonríe al revés. Amigos míos, ese hombre es el hombre más infeliz que jamás haya existido. Puede que sea su digestión, o su conciencia, o sus nervios, o su filosofía del universo, pero está condenado, ¡está en el infierno! Bueno, no puedo ensañarme con un hombre así y darle caza. Es como azotar a un leproso. Puede ser que yo esté loco, pero así es como me siento; y ahí termina todo.

—No creo que esté loco —dijo Syme—. Sabía que tomaría esa decisión la primera vez que...

—¿Sí? —dijo el Doctor Bull.

—Cuando se quitó las gafas por primera vez.

El Doctor Bull sonrió levemente y caminó por la cubierta contemplando el mar iluminado por el sol. Luego regresó, con paso despreocupado, y un silencio cómplice se instaló entre los tres hombres.

—Bueno —dijo Syme—, parece que todos tenemos el mismo tipo de moralidad o de inmoralidad, así que será mejor que afrontemos las consecuencias.

—Sí —asintió el Profesor—, tiene usted toda la razón; y debemos darnos prisa, porque puedo ver la Nariz Gris asomando desde Francia²².

—La conclusión —dijo Syme con seriedad— es que nosotros tres estamos solos en este planeta. Gogol se ha ido, Dios sabe dónde; quizás el Presidente lo haya aplastado como a una mosca. En el Consejo somos tres hombres contra tres, como los romanos que defendían el puente. Pero nosotros estamos bastante peor, primero porque ellos pueden apelar a su organización y nosotros no podemos apelar a la nuestra, y segundo porque...

—Porque uno de esos otros tres hombres —dijo el Profesor—, no es un hombre.

Syme asintió y guardó silencio durante uno o dos segundos, luego dijo:

—Mi idea es esta. Debemos hacer algo para retener al Marqués en Calais hasta mañana al mediodía. He dado vueltas a veinte planes en mi cabeza. No podemos denunciarlo como dinamitero; eso está acordado. No podemos lograr que lo detengan por algún cargo trivial, porque tendríamos que comparecer; nos conoce y sospecharía. No podemos fingir que lo retienen por asuntos anarquistas; podría tragarse muchas cosas de esa manera, pero no la idea de quedarse en Calais mientras el Zar está sano y salvo en París. Podríamos intentar secuestrarlo y encerrarlo nosotros mismos; pero es un hombre muy conocido aquí. Tiene toda una cohorte de amigos; es muy fuerte y valiente, y el resultado sería dudoso. Lo único que veo que se puede hacer es aprovechar precisamente las cosas que favorecen al Marqués. Voy a sacar provecho del hecho de que es un aristócrata muy respetado. Voy a sacar provecho del hecho de que tiene muchos amigos y de que se mueve en la alta sociedad.

—¿De qué diablos está hablando? —preguntó el Profesor.

22 El cabo Gris-Nez, en Paso de Calais. El curioso nombre procede del flamenco *Grisenesse*, cabo gris, puesto que *nesse* deriva del antiguo sajón *naes*, que significa promontorio.

—Los Syme se mencionan por primera vez en el siglo XIV —dijo Syme—; pero existe la tradición de que uno de ellos cabalgó detrás de Bruce en Bannockburn²³. Desde 1350, el árbol genealógico está bastante claro.

—Se ha vuelto loco —dijo el pequeño Doctor, mirándolo fijamente.

—Nuestro escudo de armas —continuó Syme con calma—, es de plata, un chevrón de gules cargado con tres cruces patadas del mismo color²⁴. La divisa varía.

El Profesor agarró a Syme bruscamente por el chaleco.

—Ya estamos cerca de la costa —dijo—. ¿Ha perdido la cabeza? ¿A cuento de qué vienen esas bromas?

—Mis comentarios son prácticos hasta un punto doloroso —respondió Syme, sin prisa—. La casa de Saint-Eustache también es muy antigua. El Marqués no puede negar que es un caballero. No puede negar que yo lo soy. Y para que no quede ninguna duda sobre mi posición social, propongo, a la primera oportunidad, quitarle el sombrero. Pero ya hemos llegado al puerto.

Desembarcaron bajo el sol abrasador, un poco aturdidos. Syme, que ahora iba a la cabeza como Bull lo había hecho en Londres, los guió por una especie de paseo marítimo hasta llegar a unos cafés rodeados de exuberante vegetación y con vistas al mar. Mientras caminaba delante de ellos, su paso era algo arrogante y blandía su bastón como una espada. Apparentemente se dirigía al final de la hilera de cafés, pero se detuvo bruscamente. Con un gesto tajante les hizo señas para que guardaran silencio, pero con un dedo enguantado señaló una terraza de café bajo un macizo de flores donde se sentaba el Marqués de Saint-Eustache, con los dientes relucientes bajo su espesa barba negra, y su rostro moreno y robusto, ensombrecido por un sombrero de paja amarillo claro y recortado contra el mar violeta.

23 En la batalla de Bannockburn (o Blàr Allt a' Bhonnaich), en junio de 1314 se enfrentaron los escoceses acaudillados por Robert Bruce, a los invasores ingleses. Bruce había sustituido al ajusticiado William Wallace (el de *Braveheart*).

24 Es decir, sobre el campo o fondo de plata, una banda en forme de V invertida de color rojo, bajo tres cruces cuyos extremos se ensanchan, también de color rojo.

X. EL DUELO

Syme se sentó a la mesa de un café con sus acompañantes; sus ojos azules brillaban como el mar resplandeciente, y pidió una botella de vino de Saumur con una impaciencia alegre. Por alguna razón, se encontraba en un estado de singular hilaridad. La inusual excitación de su ánimo aumentó a medida que el Saumur hacía efecto, y media hora después su charla era un torrente de disparates. Afirmaba estar elaborando un plan para la conversación que iba a tener con el temible Marqués. Lo anotaba frenéticamente con un lápiz. Estaba estructurado como un catecismo impreso, con preguntas y respuestas, y lo leía con una rapidez asombrosa.

—Me acercaré. Antes de quitarle el sombrero, me quitaré el mío. Diré: “El Marqués de Saint-Eustache, supongo”. Me contestará: “El célebre señor Syme, presumo”. En su francés más exquisito dirá: “*Comment allez-vous?*”²⁵ Yo responderé con el acento barriobajero más exquisito: “Oh, el Syme de siempre.”²⁶

—¡Cállese ya! —dijo el hombre de las gafas—. Modérese y tire ese papelito. ¿Qué piensa hacer en realidad?

—Pero era un catecismo precioso —dijo Syme con tristeza—. Permítame leérselo. Sólo tiene cuarenta y tres preguntas y respuestas, y algunas de las respuestas del Marqués son muy ingeniosas. Me gusta ser justo con el enemigo.

—¿Pero de qué sirve todo esto? —preguntó el Doctor Bull con exasperación.

—Sirve para mi desafío, ¿no lo ve? —dijo Syme, radiante—. Cuando el Marqués haya dado la trigésimo novena respuesta, que dice...

—¿Se le ha ocurrido —preguntó el Profesor con una solemne sencillez— que el Marqués tal vez no diga las cuarenta y tres cosas que usted ha escrito para él? En ese caso, según entiendo, sus propios epigramas podrían parecer algo forzados.

Syme golpeó la mesa con el rostro admirado.

—¡Vaya, qué cierto es eso! —dijo—, y no lo había pensado. Señor, usted tiene una inteligencia superior a la común. Se hará un nombre.

—¡Oh, está borracho como una cuba! —dijo el Doctor.

—Es preciso—continuó Syme imperturbable— adoptar otro método para romper el hielo (si se me permite decirlo así) entre el hombre al que quiero matar y yo. Y puesto que el curso de un diálogo no puede ser predicho por una sola de sus partes (como usted ha señalado con tan aguda perspicacia), supongo que lo único que se puede hacer es que esa persona, en la medida de lo posible, mantenga todo el diálogo por sí misma. ¡Y así lo haré, por San Jorge! —Y se puso de pie de repente, con su cabello rubio ondeando con la brisa marina.

Una banda tocaba en un *café chantant* escondido entre los árboles, y una mujer acababa de terminar su intervención. En la cabeza acalorada de Syme, el estruendo de la banda de música sonaba como la musiquilla de aquel organillo de Leicester Square, al son del cual una vez se había levantado para morir. Miró hacia la mesa ante la que se sentaba el Marqués. Estaba acompañado por

25 ¿Cómo está usted?

26 Juego de palabras. *Same* (el mismo) en el cockney londinense se pronuncia igual que *Syme*.

dos franceses solemnes con levitas y sombreros de seda, uno de ellos con la roseta roja de la Legión de Honor, evidentemente personas de sólida posición social. Junto a estos figuras negras y pesadas, el Marqués, con su sombrero de paja y su ropa ligera de primavera, parecía bohemio e incluso bárbaro; pero se le reconocía marqués. De hecho, podría decirse que parecía el rey, con su elegancia animal, sus ojos desdeñosos y su orgullosa cabeza alzada contra el mar púrpura. Pero no era un rey cristiano, en cualquier caso; era más bien un déspota moreno, mitad griego, mitad asiático, que en los tiempos en que la esclavitud parecía natural miraba con desdén el Mediterráneo, su galera y sus esclavos gimiendo. Así, pensó Syme, habría resaltado el rostro moreno y dorado de semejante tirano contra las aceitunas verde oscuro y el azul ardiente.

—¿Va a dirigirse al grupo? —preguntó el Profesor con sorna, al ver que Syme seguía de pie sin moverse.

Syme apuró su última copa de vino espumoso.

—Yo soy —dijo, señalando al Marqués y a sus acompañantes— un grupo. Y ese grupo me desagrada. Voy a tirar de esa gran y fea nariz color caoba.

Cruzó rápidamente, aunque un tanto tambaleante. El Marqués, al verlo, arqueó sus negras cejas asirias con sorpresa, pero sonrió cortésmente.

—Creo que usted es el señor Syme —dijo.

Syme hizo una reverencia.

—Y usted es el Marqués de Saint-Eustache —dijo con elegancia—. Permítame tirarle de la nariz.

Se inclinó para hacerlo, pero el Marqués retrocedió, volcando su silla, y los dos hombres con sombrero de copa sujetaron a Syme por los hombros.

—¡Este hombre me ha insultado! —dijo Syme, como explicándose.

—¿Le he insultado? —gritó el caballero de la roseta roja—. ¿Cuándo?

—Oh, ahora mismo —dijo Syme imprudentemente—. Insultó a mi madre.

—¡Insultó a su madre! —exclamó el caballero con incredulidad.

—Bueno, da igual —dijo Syme, dándole la razón—, fue a mi tía.

—¿Pero cómo es posible que el Marqués haya insultado a su tía hace un momento? —preguntó el segundo caballero con una genuina expresión de asombro—. Ha estado sentado aquí todo el tiempo.

—¡Ah, fue lo que dijo! —exclamó Syme con tono sombrío.

—No dije absolutamente nada —dijo el Marqués—, salvo algo sobre la banda. Sólo dije que me gustaba cómo tocaban Wagner.

—Eso fue una alusión a mi familia —afirmó Syme con firmeza—. Mi tía tocaba mal a Wagner. Es un asunto doloroso. Siempre nos insultan por ello.

—Esto parece de lo más extraordinario —dijo el caballero que iba elegantemente vestido, mirando asombrado al Marqués.

—Oh, le aseguro —dijo Syme con seriedad— que toda su conversación estuvo repleta de alusiones siniestras a las debilidades de mi tía.

—¡Esto es una tontería! —dijo el segundo caballero—. Yo, por mi parte, no he dicho nada en media hora excepto que me gustaba cómo cantaba esa chica de pelo negro.

—¡Vaya, otra vez! —dijo Syme indignado—. El de mi tía era rojo.

—Me parece —dijo el otro— que simplemente busca un pretexto para insultar al Marqués.

—¡Por San Jorge! —dijo Syme, volviéndose hacia él y observándolo—, ¡qué tipo más listo es usted!

El Marqués comenzó a levantarse con los ojos llameantes como los de un tigre.

—¡Buscando bronca conmigo! —gritó—. ¡Buscando pelea conmigo! ¡Por Dios! Jamás hubo hombre que necesitara buscar mucho. Estos caballeros tal vez actúen en mi favor. Aún quedan cuatro horas de luz. ¡Nos batiremos esta misma noche!

Syme hizo una reverencia con una gracia realmente atractiva.

—Marqués —dijo—, su acción es digna de su fama y de su sangre. Permítame consultar un momento con los caballeros en cuyas manos me pondré.

En tres zancadas se reunió con sus compañeros, y ellos, que habían presenciado su ataque y sus locas explicaciones inspiradas por el champán, quedaron bastante sorprendidos por su aspecto. Ahora que había vuelto, estaba completamente sobrio, algo pálido, y hablaba en voz baja, con un apasionado espíritu práctico.

—Ya está hecho —dijo con voz ronca—. He concertado una pelea con la bestia. Pero escuchen bien. No hay tiempo para charlar. Ustedes son mis padrinos, y tienen que concertarlo todo. Deben insistir, terminantemente, en que el duelo se celebre mañana después de las siete, para que así yo pueda impedir que el Marqués coja el tren de las ocho menos cuarto a París. Si lo pierde, pierde el atentado. No puede negarse a aceptar una condición tan insignificante. Pero esto es lo que hará. Elegirá un campo próximo a la estación, donde pueda coger el tren. Es un espadachín muy hábil, y confiará en matarme a tiempo para cogerlo. Pero yo también sé esgrimir bien, y creo que puedo mantenerlo a raya, al menos, hasta que pierda el tren. Entonces, tal vez me mate para consolarse. ¿Entienden? Muy bien, entonces, permítanme presentarles a unos encantadores amigos míos.

Y, conduciéndolos rápidamente, los presentó a los padrinos del Marqués con dos nombres muy aristocráticos que no habían oído mencionar nunca.

Syme sufría en ocasiones arrebatos singulares de sentido común, algo que no formaba parte de su carácter en general. Eran (como él mismo había dicho de su impulso respecto a las gafas del Doctor) intuiciones poéticas, y a veces alcanzaban a ser auténticas profecías.

En este caso, había calculado correctamente la estrategia de su oponente. Cuando sus padrinos le informaron al Marqués que Syme sólo podría batirse por la mañana, comprendió que un obstáculo inesperado se interponía entre él y su proyecto de lanzar bombas en la capital. Naturalmente, no pudo explicar esta objeción a sus amigos, así que optó por la estrategia que Syme había previsto. Indujo a sus padrinos a escoger una pequeña pradera cerca del ferrocarril y confió en la fatalidad del primer enfrentamiento.

Cuando llegó con total serenidad al campo de honor, nadie podría haber adivinado que le preocupaba el viaje; llevaba las manos en los bolsillos, el sombrero de paja ladeado y su atractivo rostro descarado bajo el sol. Pero a un extraño le habría parecido extraño que en su séquito aparecieran no sólo sus padrinos cargando la funda de la espada, sino también dos de sus sirvientes con una maleta y una cesta de almuerzo.

A pesar de lo temprano que era, el sol lo bañaba todo con su calor, y Syme se sorprendió vagamente al ver tantas flores primaverales que brillaban con tonos dorados y plateados entre la hierba alta en la que todos los presentes se encontraban casi hasta las rodillas.

Con excepción del Marqués, todos los hombres vestían sombríos y solemnes trajes de mañana, con chisteras que parecían chimeneas negras; el pequeño Doctor, en particular, con sus gafas negras, parecía el sepulturero de una farsa. Syme no pudo dejar de advertir un contraste cómico entre este desfile fúnebre de vestimentas y el prado exuberante y brillante, repleto de flores silvestres. Pero, en efecto, este contraste cómico entre las flores amarillas y los sombreros negros no era sino un símbolo de otro contraste trágico, entre las flores amarillas y el tenebroso asunto. A su derecha había un pequeño bosque; a lo lejos, a su izquierda, se extendía la larga curva de la vía férrea, que, por así decirlo, debía proteger el Marqués, para quien constituía su objetivo y vía de

escape. Frente a él, tras el grupo vestido de negro de sus oponentes, podía distinguir, como una nube suspendida, un pequeño almendro en flor contra la tenue línea del mar.

El miembro de la Legión de Honor, cuyo nombre al parecer era Coronel Ducroix, se acercó al Profesor y al Doctor Bull con gran cortesía y propuso que el duelo fuera a primera sangre.

Sin embargo, el Doctor Bull, cuidadosamente instruido por Syme sobre este punto estratégico, insistió, con gran dignidad y en un francés muy deficiente, en que la contienda debía continuar hasta que uno de los combatientes quedara incapacitado. Syme estaba convencido de que podía evitar incapacitar al Marqués e impedir que este lo incapacitara a él durante al menos veinte minutos. En veinte minutos, el tren a París habría pasado.

—A un hombre de la conocida habilidad y valor de Monsieur de Saint-Eustache —dijo el Profesor solemnemente—, debe serle indiferente qué método se adopte, y nuestro apadrinado tiene razones de peso para exigir un encuentro más prolongado, razones cuya delicadeza me impide ser explícito, pero por la justa y honorable naturaleza de las cuales puedo...

—¡Maldita sea! —exclamó el Marqués que estaba detrás, cuyo rostro se había ensombrecido repentinamente—, dejemos de hablar y comencemos —y cortó la cabeza de una flor alta con su bastón.

Syme comprendió su impaciencia y, por instinto, miró por encima del hombro para ver si el tren se acercaba. Pero no se veía humo en el horizonte.

El Coronel Ducroix se arrodilló y abrió el estuche, sacando un par de espadas gemelas que, al contacto con la luz del sol, se convirtieron en dos llamaradas blancas. Ofreció una al Marqués, quien la arrebató sin ceremonia, y la otra a Syme, quien la tomó, la dobló y la empuñó con la mayor delicadeza posible. Luego, el Coronel tomó otro par de hojas, se quedó con una y le dio la otra al Doctor Bull, y procedió a colocar a los hombres en sus posiciones.

Ambos combatientes se habían quitado los abrigos y chalecos, y se encontraban de pie, espada en mano. Los padrinos se situaban a cada lado de la línea de combate, también con las espadas desenvainadas, pero aún con semblante serio, vestidos con levitas y sombreros oscuros. Los combatientes se saludaron. El Coronel dijo en voz baja: “¡Engagez!”, y las dos espadas chocaron, pletóricas de emoción.

Cuando la vibración de los hierros recorrió el brazo de Syme, todos los miedos fantásticos que habían sido recurrentes en esta historia, se desvanecieron como los sueños del que se despierta en la cama. Los recordó con claridad y en orden como meras ilusiones nerviosas: cómo el miedo al Profesor había sido el miedo a los accidentes tiránicos de las pesadillas, y cómo el miedo al Doctor Bull había sido el miedo al vacío asfixiante de la ciencia. El primero era el viejo temor de que pudiera ocurrir algún milagro, el segundo el temor moderno, más angustioso, de que ningún milagro pueda ocurrir jamás. Pero vio que estos miedos eran fantasías, porque se encontraba ante la cruda realidad del miedo a la muerte, con su sentido común tosco e implacable. Se sentía como un hombre que había soñado toda la noche con caer por un precipicio y se había despertado la mañana en que iba a ser ahorcado. Porque en cuanto vio la luz del sol deslizarse por el filo de la hoja de su adversario, y en cuanto sintió el roce de las dos lenguas de acero, vibrando como dos seres vivos, supo que su enemigo era un luchador temible y que probablemente le había llegado su última hora.

Sintió un valor extraño y vívido en la tierra que lo rodeaba, en la hierba bajo sus pies; sintió el amor por la vida en todos los seres vivos. Casi podía imaginar que oía crecer la hierba; casi podía imaginar que, mientras estaba de pie, brotaban flores frescas por todo el prado: flores de color rojo sangre, oro ardiente y azul, completando todo el espectáculo de la primavera. Y cada vez que sus ojos se apartaban por un instante de los ojos tranquilos, fijos e hipnóticos del Marqués, veían el pequeño grupo de almendros contra el horizonte. Tuvo la sensación de que si por algún milagro se salvaba, estaría dispuesto a sentarse eternamente frente a aquellos almendros, sin desear nada más en el mundo.

Pero mientras la tierra, el cielo y todo lo demás tenían la belleza viviente de algo ya perdido, la otra mitad de su cabeza estaba tan clara como el cristal, y paraba la punta de su enemigo con una habilidad casi mecánica de la que apenas se creía capaz. Una vez, la punta de su enemigo rozó su muñeca, dejando una leve mancha de sangre, pero o no se notó o se ignoró tácitamente. De vez en cuando contraatacaba, y una o dos veces casi creyó sentir que la punta de su espada se clavaba en el otro, pero como no había sangre en la hoja ni en la camisa, supuso que se equivocaba. Entonces llegó una interrupción y cambiaron el terreno.

Arriesgándose a perderlo todo, el Marqués, interrumpiendo su tranquila mirada, lanzó un vistazo por encima del hombro hacia la vía férrea a su derecha. Luego, con el rostro transformado en el de un demonio, se volvió hacia Syme y comenzó a luchar como si tuviera veinte armas. El ataque fue tan rápido y furioso que la única espada, brillante, parecía una lluvia de flechas relucientes. Syme no tuvo oportunidad de mirar la vía férrea; pero no lo necesitaba. Podía adivinar el motivo de la repentina locura bélica del Marqués: el tren a París estaba a la vista.

Pero la energía mórbida del Marqués se desbordó. En dos ocasiones, Syme, al parar, envió la punta de su oponente lejos del círculo de combate; y la tercera vez, su réplica fue tan rápida que no cabía duda de que había acertado. La espada de Syme se dobló bajo el peso del cuerpo del Marqués, al que había atravesado. Syme estaba tan seguro de haber clavado su espada en su enemigo como un jardinero de haber clavado su pala en la tierra. Sin embargo, el Marqués se recuperó del golpe sin tambalearse, y Syme se quedó mirando la punta de su espada como un idiota. No había ni rastro de sangre.

Hubo un instante de silencio rígido, y luego Syme, a su vez, se abalanzó furioso sobre el otro, lleno de una ardiente curiosidad. El Marqués era probablemente, en general, mejor espadachín que él, como había intuido al principio, pero en ese momento el Marqués parecía angustiado y en desventaja. Luchó salvajemente e incluso débilmente, y constantemente desviaba la mirada hacia la vía del tren, casi como si temiera más al tren que a la afilada espada. Syme, en cambio, luchaba con fiereza pero con cautela, en un frenesí intelectual, ansioso por resolver el enigma de su propia espada incruenta. Para ello, apuntó menos al cuerpo del Marqués y más a su garganta y cabeza. Un minuto y medio después sintió que la punta penetraba en el cuello del hombre, debajo de la mandíbula. Salió limpia. Medio enloquecido, volvió a atacar, dejando lo que debería haber sido una cicatriz sangrienta en la mejilla del Marqués. Pero no había cicatriz.

Por un instante, el cielo sobre Syme volvió a oscurecerse con terrores sobrenaturales. Sin duda, aquel hombre gozaba de la protección de un hechizo. Pero este nuevo pavor espiritual era mucho más terrible que el mero desorden espiritual simbolizado por el parálítico que lo perseguía. El Profesor no era más que un duende; este hombre era un demonio, ¡quizás el mismísimo Diablo! En cualquier caso, era seguro que por tres veces le había clavado su espada humana sin dejar rastro alguno. Ante este pensamiento, Syme se irguió, y todo lo bueno que había en él resonó con fuerza en el aire, como un fuerte viento que canta entre los árboles. Pensó en todas las cosas meramente humanas de su historia: las linternas chinas en Saffron Park, el cabello rojo de la muchacha en el jardín, los marineros honestos y bebedores de cerveza en el muelle, sus leales compañeros a su lado. Tal vez había sido elegido como campeón de todas estas cosas frescas y bondadosas para enfrentarse al enemigo de toda la creación. “Después de todo —se dijo—, soy más que un demonio; soy un hombre. Puedo hacer lo único que el mismo Satanás no puede hacer: puedo morir”, y mientras la palabra resonaba en su cabeza, oyó un eco lejano y tenue, que pronto se convertiría en el rugido del tren de París.

Volvió a la lucha con una ligereza sobrenatural, como un musulmán que anhela el Paraíso. A medida que el tren se acercaba, le pareció ver a la gente colocando arcos florales en París; se unió mentalmente al creciente bullicio y a la gloria de la gran República, cuya puerta estaba custodiando contra el Infierno. Sus pensamientos se elevaban cada vez más con el rugido creciente del tren, que terminó, como con orgullo, en un silbido largo y penetrante. El tren se detuvo.

De repente, para asombro de todos, el Marqués retrocedió de un salto, quedando fuera del alcance de la espada, y la arrojó al suelo. El salto fue impresionante, y no menos impresionante porque Syme le había clavado la espada en el muslo un instante antes.

—¡Alto! —exclamó el Marqués con una voz que obligaba a obedecer momentáneamente—. Quiero decir algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Coronel Ducroix, mirando fijamente—. ¿Ha habido alguna irregularidad?

—Algún juego sucio ha habido —dijo el Doctor Bull, algo pálido—. Nuestro apadrinado ha herido al Marqués al menos cuatro veces, y él está fresco como una lechuga.

El Marqués alzó la mano con una curiosa expresión dolorida.

—Por favor, déjeme hablar —dijo—. Es bastante importante. Señor Syme —continuó, volviéndose hacia su oponente—, hoy peleamos, si no recuerdo mal, porque usted expresó un deseo (que me pareció irracional) de tirarme de la nariz. ¿Me haría el favor de tirarme de la nariz ahora mismo lo antes que pueda? Tengo que coger un tren.

—Protesto... esto es sumamente irregular —dijo el Doctor Bull con indignación.

—Sin duda, esto se aparta un poco de los precedentes —dijo el Coronel Ducroix, mirando severamente a su apadrinado—. Creo que hay un caso documentado (el del capitán Bellegarde y el barón Zumpt) en el que se cambiaron las armas en medio del combate a petición de uno de los contendientes. Pero difícilmente se puede llamar arma a la nariz.

—¿Me tirará de la nariz, sí o no? —preguntó el Marqués con exasperación—. ¡Vamos, vamos, Syme! ¡Usted quería hacerlo, hágalo! No se imagina lo importante que es para mí. ¡No sea tan egoísta! ¡Tíreme de la nariz enseguida, ahora que se lo pida!

Y se inclinó ligeramente hacia adelante con una sonrisa fascinadora. El tren de París, jadeando y gimiendo, había llegado a una pequeña estación tras la colina vecina.

Syme tuvo la misma sensación que había experimentado más de una vez en estas aventuras: la de que una ola horrible y sublime, elevada hacia el cielo, estaba a punto de derrumbarse. Caminando por un mundo que apenas comprendía, dio dos pasos hacia adelante y agarró la nariz romana de aquel célebre aristócrata. Tiró con fuerza... y se le quedó en la mano.

Permaneció de pie unos segundos con una solemnidad tonta, con la probóscide de cartón aún entre los dedos, mirándola, mientras el sol, las nubes y las colinas boscosas contemplaban aquella escena imbécil.

El Marqués rompió el silencio con una voz fuerte y alegre.

—Si alguien necesita mi ceja izquierda —dijo—, que se la quede. ¡Coronel Ducroix, acepte mi ceja izquierda! Es algo que podría resultar útil cualquier día —y con gravedad se arrancó una de sus oscuras cejas asirias, llevándose consigo casi la mitad de su frente morena, y se la ofreció cortésmente al Coronel, que se quedó enrojecido y mudo de rabia.

—Si hubiera sabido —balbuceó— que estaba actuando para un cobarde que se protege con postizos para pelear...

—¡Oh, ya sé, ya sé! —dijo el Marqués, lanzando imprudentemente varias partes de su cuerpo a derecha e izquierda sobre el campo—. Usted se equivoca; pero no puedo explicarme ahora mismo. ¡Le digo que el tren ya ha llegado a la estación!

—Sí —dijo el Doctor Bull con vehemencia—, y el tren saldrá de la estación. Saldrá sin usted. Sabemos muy bien para qué obra del diablo...

El misterioso Marqués alzó las manos con un gesto desesperado. Era un extraño espantapájaros, de pie bajo el sol, con la mitad de su antiguo rostro arrancada y otra mitad que lo miraba fijamente y sonreía desde abajo.

—¿Quieren volverme loco? —gritó—. El tren...

—No se irá en el tren —dijo Syme con firmeza, y empuñó su espada.

El fantoche se giró hacia Syme y pareció prepararse para un esfuerzo sublime antes de hablar.

—¡Maldito estúpido cabeza de chorlito, enano seboso, mentecato, majadero, insensato! —dijo sin tomar aliento—. ¡Es usted un pobre idiota que no ve más allá de sus narices!

—No subirá a este tren —repitió Syme.

—¿Y por qué demonios —rugió el otro— querría yo coger ese tren?

—Lo sabemos todo —dijo el Profesor con severidad—. ¡Usted va a París a lanzar una bomba!

—¡Una bomba y un Jabberwock²⁷! —gritó el otro, arrancándose el pelo, que se desprendió con facilidad—. ¿Acaso se les ha reblandecido el cerebro, y no se dan cuenta de lo que soy? ¿De verdad creyeron que quería coger ese tren? ¡Ni ese ni veinte más! ¡Malditos trenes a París!

—¿Entonces qué le importa? —comenzó a decir el Profesor.

—¿Qué me importa? No me importaba alcanzar el tren; me importaba que el tren me alcanzara a mí, ¡y ahora, por Dios!, me ha alcanzado.

—Lamento informarle —dijo Syme conteniéndose— que sus explicaciones no tienen ningún sentido. Quizás si se quitara los residuos de su frente original y alguna porción de lo que una vez fue su barbilla, le entenderíamos mejor. La lucidez mental se logra de múltiples maneras. ¿Qué quiere decir con que el tren le ha alcanzado? Puede ser mi gusto por lo literario, pero me parece que debería querer decir algo.

—Significa todo —dijo el otro—, y el fin de todo. Domingo nos tiene ahora en sus manos.

—¿Nos tiene? —repitió el Profesor, como estupefacto—. ¿A quiénes nos tiene?

—¡A la policía, por supuesto! —dijo el Marqués, y se arrancó el cuero cabelludo y el resto de la cara.

La cabeza que emergió era la típica cabeza rubia, bien peinada y de pelo liso, común en la policía inglesa, pero el rostro estaba terriblemente pálido.

—Soy el inspector Ratcliffe —dijo con una prisa que rozaba la dureza—. Mi nombre es bastante conocido en la policía, y entiendo que somos colegas. Pero si hay alguna duda sobre mi posición, tengo una tarjeta... —y empezó a sacar una tarjeta azul del bolsillo.

El Profesor hizo un gesto de cansancio.

—Oh, no nos la muestre —dijo con cansancio—; tenemos suficientes como para echar una partida de cartas.

El hombrecillo llamado Bull, como muchos hombres que parecen ser de una mera vulgaridad vivaz, tenía repentinos gestos de buen gusto. Sin duda, salvó la situación. En medio de esta asombrosa escena de transformación, dio un paso al frente con toda la gravedad y responsabilidad de un padrino y se dirigió a los dos padrinos del Marqués.

—Caballeros —dijo—, les debemos una sincera disculpa; pero les aseguro que no han sido víctimas de una broma tan vil como imaginan, ni de nada indigno de un hombre de honor. No han perdido el tiempo; han ayudado a salvar el mundo. No somos bufones, sino hombres muy desesperados en guerra contra una vasta conspiración. Una sociedad secreta de anarquistas nos persigue como liebres; no son como los locos desesperados que aquí o allá lanzan una bomba, movidos por el hambre o por la filosofía alemana, sino una iglesia rica, poderosa y fanática, una iglesia de pesimismo oriental, que se considera sagrada. Quieren destruir a la humanidad como si fuera una plaga. El encarnizamiento con que nos persiguen nos obliga a recurrir a estos disfraces, por los que les pido disculpas, y a sorpresas como ésta que ustedes han soportado.

El segundo padrino del Marqués, un hombre bajito con bigote negro, hizo una reverencia cortés y dijo:

27 El famoso monstruo de *A través del espejo*.

—Por supuesto, acepto sus disculpas; pero le agradeceré que me perdone si decido no acompañarles en sus dificultades y me permito despedirme de ustedes. Contemplar como se deshace en mil fragmentos un conocido y distinguido conciudadano resulta bastante inusual y, en general, me basta con la experiencia de hoy. Coronel Ducroix, no pretendo influir en su decisión, pero si comparte mi idea de que esta compañía está un tanto fuera de lo corriente, le hago saber que me dispongo a regresar a la ciudad.

El Coronel Ducroix se movió mecánicamente, pero luego tiró bruscamente de su bigote blanco y estalló:

—¡No, por San Jorge! No lo haré. Si estos caballeros realmente están en un lío con un montón de maleantes como esos, los ayudaré a salir adelante. He luchado por Francia, y no hay nada que me impida luchar por la civilización.

El Doctor Bull se quitó el sombrero y lo agitó, vitoreando como en una reunión pública.

—No hagan mucho ruido —dijo el inspector Ratcliffe—, Domingo podría oírles.

—¡Domingo! —gritó Bull, y dejó caer su sombrero.

—Sí —replicó Ratcliffe—, puede que esté con ellos.

—¿Con quién? —preguntó Syme.

—Con la gente que se apea del tren —dijo el otro.

—Es desconcertante lo que dice —comenzó Syme—. De hecho... Pero, ¡Dios mío! —exclamó de repente, como quien ve una explosión a lo lejos—, ¡por Dios! Si esto es cierto, ¡todos nosotros en el Consejo Anarquista estábamos en contra de la anarquía! Todos éramos detectives, salvo el Presidente y su Secretario personal. ¿Qué puede significar esto?

—¡Algo pésimo, eso es lo que significa! —dijo el nuevo policía con increíble violencia—. ¡Significa que estamos muertos! ¿Aun no conocen a Domingo? ¿No saben que sus jugarretas son siempre tan grandes y tan sencillas que nadie las ve venir? ¿Se le ocurre algo más propio de Domingo que esto, que pusiera a todos sus poderosos enemigos en el Consejo Supremo y luego se asegurara de que no fuera supremo? Les digo que ha comprado todos los monopolios, ha capturado todos los cables, controla todas las líneas ferroviarias, ¡especialmente esta línea ferroviaria! —y señaló con un dedo tembloroso hacia la pequeña estación de ferrocarril—. Todo el movimiento estaba controlado por él; medio mundo estaba listo para alzarse por él. Pero sólo había cinco personas, quizás, que se habrían resistido... y el viejo diablo las puso en el Consejo Supremo para que perdieran el tiempo vigilándose unos a otros. ¡Idiotas como somos, él planeó todas nuestras idioteces! Domingo sabía que el Profesor perseguiría a Syme por Londres, y que Syme lucharía conmigo en Francia. Y mientras él estaba reuniendo grandes masas de capital y apoderándose de grandes líneas telegráficas, mientras nosotros, cinco idiotas, corríamos unos detrás de otros como un montón de bebés confundidos jugando a la gallinita ciega.

—¿Y bien? —preguntó Syme con cierta serenidad.

—Bueno —respondió el otro con repentina serenidad—, nos ha encontrado jugando a la gallinita ciega hoy en un campo de gran belleza rústica y extrema soledad. Probablemente ha conquistado el mundo; sólo le queda conquistar este campo y a todos los necios que hay en él. Y ya que de verdad quiere saber cuál era mi objeción a la llegada de ese tren, se la diré. Mi objeción era que Domingo o su Secretario acaban de apearse del tren.

Syme lanzó un grito involuntario, y todos volvieron la vista hacia la estación lejana. Era cierto que una cantidad considerable de gente parecía dirigirse hacia ellos. Pero estaban demasiado lejos como para distinguirlos.

—Era costumbre del difunto Marqués de St. Eustache —dijo el nuevo policía, sacando un estuche de cuero— llevar siempre unos prismáticos de ópera. O el Presidente o el Secretario vienen a por nosotros con esa turba. Nos han pillado en un lugar tranquilo donde no tenemos ninguna

posibilidad de romper nuestros juramentos llamando a la policía. Doctor Bull, me parece que verá mejor a través de estas lentes que a través de sus propias lentes, tan decorativas.

Le entregó los prismáticos al Doctor, quien inmediatamente se quitó las gafas y se puso el aparato en los ojos.

—No puede ser tan grave como dice —dijo el Profesor, algo dubitativo—. Sin duda hay bastantes viajeros, pero bien podrían ser turistas comunes y corrientes.

—¿Los turistas comunes y corrientes —preguntó Bull, con los prismáticos pegados a los ojos — llevan máscaras negras que les cubren hasta la mitad del rostro?

Syme casi le arrancó los gemelos de la mano y miró a través de ellos. La mayoría de los hombres de la multitud que avanzaba parecían bastante normales; pero era cierto que dos o tres de los líderes que iban al frente llevaban medias máscaras negras que les cubrían casi hasta la boca. Este disfraz resultaba muy efectivo, sobre todo a esa distancia, y a Syme le fue imposible deducir nada de las mandíbulas y barbillas bien afeitadas de los hombres que hablaban entre sí al frente. Pero al poco rato, mientras hablaban, todos sonrieron, y uno de ellos sonrió con una sonrisa torcida.

XI.

LOS CRIMINALES PERSIGUEN A LA POLICÍA

Syme se quitó los prismáticos de los ojos con un alivio casi espantoso.

—Por lo menos, el Presidente no está con ellos —dijo, y se secó la frente.

—Pero aun están lejos —dijo el Coronel, desconcertado, parpadeando y apenas recuperado de la apresurada pero cortés explicación de Bull—. ¿Podría usted reconocer a su Presidente entre toda esa gente?

—¡Cómo no reconocer a un elefante blanco entre toda esa gente! —respondió Syme con cierta irritación—. Como bien dice, están lejos; pero si él viniera con ellos... ¡Por Dios! Creo que la tierra temblaría.

Tras una breve pausa, el nuevo hombre que se llamaba Ratcliffe, dijo con sombría decisión:

—Por supuesto que el Presidente no está con ellos. Ojalá lo estuviese. Lo más probable es que ahora cabalga triunfalmente por París, o se sienta sobre las ruinas de la Catedral de San Pablo.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Syme—. Puede que algo haya ocurrido en nuestra ausencia, pero no puede haberse hecho con el mundo en un momento. Es cierto —añadió, frunciendo el ceño con escepticismo mientras miraba los campos que se extendían junto a estación—, es cierto que parece que viene una multitud; pero no es el ejército que usted cree.

—Ah, esos —dijo el nuevo detective con desdén—; no, no son una fuerza excesiva. Pero déjeme decirle con franqueza que están calculados a la medida de nuestro valor; no somos gran cosa, amigo mío, en el universo de Domingo. Él mismo se ha apoderado de todos los cables y telégrafos. Pero matar al Consejo Supremo lo considera un asunto trivial, como echar al buzón una postal; puede dejarle la tarea a su Secretario privado —y escupió a la hierba.

Luego se volvió hacia los demás y dijo con cierta severidad:

—Hay mucho que decir a favor de la muerte; pero si alguien prefiere la otra alternativa, le aconsejo encarecidamente que me siga.

Con estas palabras, giró su ancha espalda y caminó con silenciosa energía hacia el bosque. Los demás echaron un vistazo por encima del hombro y vieron que la oscura nube de hombres se había separado de la estación y avanzaba con misteriosa disciplina por la llanura. Ya divisaron, a simple vista, manchas negras en los rostros de los primeros, que delataban las máscaras que llevaban. Se volvieron y siguieron a su guía, que ya había entrado en el bosque y desaparecido entre los árboles.

El sol en el prado era seco y caliente. Así que al adentrarse en el bosque sintieron un fresco choque de sombras, como los buceadores que se zambullen en una poza oscura. El interior del bosque estaba lleno de luz solar fragmentada y sombras temblorosas. Formaban una especie de velo estremecedor, que casi recordaba el vértigo de un cinematógrafo. Incluso a las sólidas figuras que caminaban con él, Syme apenas las discernía a causa de los juegos de sol y sombra que danzaban sobre ellos. Ahora la cabeza de uno de ellos estaba iluminada con una luz que semejaba de Rembrandt, borrando todo lo demás; después lo estaban unas manos blancas que pendían de un cuerpo negro. El ex Marqués se había echado el viejo sombrero de paja sobre los ojos, y la sombra negra del ala le cortaba la cara tan claramente en dos que parecía llevar una de las medias máscaras negras de sus perseguidores. Syme se sintió dominado por un fantástico asombro. ¿Llevaba

Ratcliffe una máscara? ¿La llevaba alguien? ¿Realmente había alguien allí? Este bosque de brujería, en el que los rostros de los hombres se volvían blancos y negros alternativamente, en el que sus figuras primero se expandían en la luz del sol y luego se desvanecían en la noche informe, este mero caos de claroscuro (después de la clara luz del día exterior), le pareció a Syme un símbolo perfecto del mundo en el que se había movido durante tres días, este mundo donde los hombres se quitaban la barba, las gafas y la nariz, y se convertían en otras personas. Esa trágica autoconfianza que había sentido cuando creía que el Marqués era un demonio había desaparecido extrañamente ahora que sabía que el Marqués era un amigo. Después de todas esas dudas, casi sintió la necesidad de preguntar qué era un amigo y qué un enemigo. ¿Acaso había algo más allá de las apariencias? El Marqués se había quitado la nariz y había resultado ser un detective. ¿No podría quitarse también la cabeza y resultar ser un duende? ¿Acaso no era todo, en el fondo, como ese bosque desconcertante, esa danza de luces y sombras? Sólo un atisbo, un atisbo siempre imprevisto y siempre olvidado. Porque Gabriel Syme había encontrado en el corazón de ese bosque bañado por el sol lo que muchos pintores modernos habían descubierto. Había encontrado aquello que la gente moderna llama impresionismo, que es otro nombre para ese escepticismo último que no encuentra los límites del universo.

Como un hombre en una pesadilla se esfuerza por gritar y despertar, Syme se esforzó con un repentino esfuerzo por deshacerse de esta última y peor de sus fantasías. Con dos zancadas impacientes alcanzó al hombre del sombrero de paja del Marqués, el hombre al que había venido a llamar Ratcliffe. Con una voz exageradamente fuerte y alegre, rompió el silencio absoluto y se puso a hablar.

—¿Puedo preguntar —dijo—, adónde vamos todos?

Las dudas de su alma habían sido tan genuinas que se alegró mucho de oír a su compañero hablar con una voz sencilla y humana.

—Debemos continuar por el pueblo de Lancy hasta el mar —dijo—. Creo que es en esa parte del país donde es menos probable que estén de su lado.

—¿Qué quiere decir con todo esto? —exclamó Syme—. No pueden estar gobernando el mundo real de esa manera. Seguramente no hay muchos obreros anarquistas, y si los hubiera, unas muchedumbres desorganizadas no podrían vencer al ejército y a la policía.

—¡Simples muchedumbres desorganizadas! —repitió su nuevo amigo con un bufido de desprecio—. Habla usted de las muchedumbres y de los obreros como si fueran el problema. Tiene esa persistente y estúpida idea de que si llegara la anarquía lo haría de mano de los pobres. ¿Por qué habría de ser así? Los pobres han sido rebeldes, pero nunca han sido anarquistas; tienen más interés que nadie en que haya un gobierno decente. Al pobre realmente le interesa su país. Al rico no; puede irse a Nueva Guinea en un yate. Los pobres a veces se han quejado de ser mal gobernados; los ricos siempre se han quejado de ser gobernados. Los aristócratas siempre fueron anarquistas, como se puede ver en las guerras feudales.

—Como lección de historia inglesa para los más pequeños —dijo Syme—, todo esto está muy bien; pero aún no entiendo de qué nos sirve.

—La aplicación es —dijo el otro—, que la mayoría de los lugartenientes del viejo Domingo son millonarios sudafricanos y norteamericanos. Por eso tiene el control de todas las comunicaciones; y por eso los últimos cuatro campeones de la policía anti-anarquista corren por el bosque como conejos.

—Lo de los millonarios lo entiendo —dijo Syme pensativo—, casi todos están locos. Pero una cosa es apoderarse de unos cuantos viejos malvados llenos de manías, y otra muy distinta es apoderarse de las grandes naciones cristianas. Apostaría mis narices (y perdone la alusión) a que Domingo no sería capaz de convencer a una persona sana y corriente de cualquier lugar.

—Bueno —dijo el otro—, depende de a qué tipo de persona se refiera.

—Bueno, por ejemplo —dijo Syme—, jamás podría convertir a esa persona —y señaló justo delante de él.

Habían llegado a un claro soleado, que supuso para Syme el retorno final de su propio sentido común; y en medio de este claro del bosque había una figura que bien podría representar el sentido común hecho carne. Quemado por el sol y manchado de sudor, y poseído por la profunda gravedad de las pequeñas labores corrientes, un robusto campesino francés cortaba leña con un hacha. Su carro estaba a unos metros de distancia, ya medio lleno de madera; y el caballo que pastaba era, como su amo, valeroso pero no desesperado; como su amo, era incluso próspero, pero sin embargo estaba casi triste. El hombre era normando, más alto que el francés promedio y muy anguloso; y su figura morena se alzaba oscura contra un fondo iluminado por el sol, casi como una figura alegórica del trabajo pintada al fresco sobre un fondo dorado.

—Syme dice —exclamó Ratcliffe dirigiéndose al Coronel francés— que este hombre, al menos, nunca será un anarquista.

—Syme tiene razón —respondió el Coronel Ducroix riendo—, aunque sólo sea porque tiene una propiedad que defender. Pero olvidé que en su país no están acostumbrados a que los campesinos sean ricos.

—Éste parece pobre —dijo escéptico el Doctor Bull.

—Así es —dijo el Coronel—; por eso es rico.

—Tengo una idea —exclamó de repente el Doctor Bull—; ¿cuánto nos cobraría por llevarnos en su carreta? Todos esos perros van a pie, y pronto podríamos dejarlos atrás.

—¡Ofrézcale lo que sea! —dijo Syme con entusiasmo—. Tengo montones de dinero encima.

—Eso no dará resultado —dijo el Coronel—; nunca les respetaré a menos que negocien con él.

—Es que ponerse a regatear... —comenzó Bull con impaciencia.

—Regatea porque es un hombre libre —dijo el otro—. No lo comprenden; la generosidad resulta sospechosa. No quiere recibir propinas.

Y aunque parecían oír los pesados pasos de sus extraños perseguidores tras ellos, tuvieron que permanecer de pie y aguardar mientras el Coronel francés hablaba con el leñador francés, con toda la cháchara y discusiones propias de un día de mercado. Al cabo de cuatro minutos, sin embargo, vieron que el Coronel tenía razón, pues el leñador se sumó a sus planes, no con el vago servilismo de un intermediario demasiado bien pagado, sino con la seriedad de un abogado que ha cobrado sus honorarios. Les dijo que lo mejor que podían hacer era dirigirse a una pequeña posada en las colinas sobre Lancy, donde el posadero, un viejo soldado que se había vuelto devoto en sus últimos años, seguramente simpatizaría con ellos e incluso se arriesgaría en su ayuda. Así pues, toda la compañía se amontonó sobre las pilas de leña y se mecía en el rudimentario carro por la otra ladera, más empinada, del bosque. A pesar de lo destartado del vehículo, avanzaba con suficiente rapidez, y pronto tuvieron la estimulante sensación de alejarse por completo de aquellos que, fueran quienes fueran, los perseguían. Porque, al fin y al cabo, el enigma de dónde habían sacado los anarquistas a tantos colaboradores seguía sin resolverse. La presencia de un solo hombre les había bastado; habían huido al primer atisbo de la sonrisa deformada del Secretario. Syme, de vez en cuando, miraba por encima del hombro al ejército que los seguía.

A medida que el bosque se volvía primero más ralo y luego se empequeñecía en la distancia, podían ver tras ellos las laderas iluminadas por el sol, en las que seguía desplazándose la multitud oscura como si fuese un monstruoso escarabajo. Bajo la intensa luz solar y con sus propios ojos muy agudos, casi como con un catalejo, Syme podía ver esta masa de hombres con bastante claridad. Podía verlos como figuras humanas separadas; pero le sorprendía cada vez más la forma en que se movían como un solo hombre. Parecían estar vestidos con ropas oscuras y sombreros sencillos, como cualquier multitud común de las calles; pero no se dispersaban desordenadamente

como habría resultado natural en una turba común. Se movían con una rigidez terrible y perversa, como un ejército de autómatas mecánicos.

Syme se lo hizo notar a Ratcliffe.

—Sí —respondió el policía—, eso es disciplina. Eso es Domingo. Quizás esté a ochocientos kilómetros de distancia, pero el miedo que le tienen está presente en todos ellos, como la mano de Dios. Sí, caminan con regularidad; y puedes apostar a que hablan con regularidad, sí, y piensan con regularidad. Pero lo más importante para nosotros es que aumentamos la distancia con regularidad.

Syme asintió. Era cierto que la mancha negra de los hombres que lo perseguían se hacía cada vez más pequeña a medida que el campesino fustigaba a su caballo.

El nivel del soleado terreno, aunque plano en su conjunto, descendía en el lado más alejado del bosque en ondulaciones de fuerte pendiente hacia el mar, de una manera no muy diferente a las laderas más bajas de las colinas de Sussex. La única diferencia era que en Sussex el camino habría sido irregular y anguloso como un pequeño arroyo, pero aquí el camino blanco francés caía abruptamente como una cascada. Por aquella bajada pronunciada, el carro traqueteaba con una inclinación considerable, y en pocos minutos, con el camino cada vez más empinado, divisaron bajo sus pies el pequeño puerto de Lancy y un gran arco azul del mar. La nube de sus enemigos había desaparecido por completo del horizonte.

El carro tirado por caballos giró bruscamente alrededor de un grupo de olmos, y el hocico del caballo casi golpeó la cara de un anciano que estaba sentado en los bancos de la pequeña posada “Le Soleil d’Or”. El campesino murmuró una disculpa y se levantó de su asiento. Los demás también bajaron uno a uno y se dirigieron al anciano con breves palabras de cortesía, pues por su actitud afable era evidente que era el dueño de la taberna.

Era un anciano de cabello blanco y rostro regordete, con ojos soñolientos y bigote gris; robusto, sedentario y muy inocente, del tipo que se encuentra a menudo en Francia, pero que aún es más común en la Alemania católica. Todo en él, su pipa, su jarra de cerveza, sus flores y su colmena, sugería un pacífico linaje ancestral; pero cuando sus visitantes alzaron la vista al entrar al salón de la posada, vieron el sable en la pared.

El Coronel, que saludó al posadero como a un viejo amigo, entró rápidamente en el salón y se sentó a pedir un refrigerio ritual. La decisión militar que motivó su acción interesó a Syme, que estaba sentado a su lado, y aprovechó la salida del viejo posadero para satisfacer su curiosidad.

—¿Puedo preguntarle, Coronel —dijo en voz baja—, por qué hemos venido aquí?

El Coronel Ducroix sonrió tras su espeso bigote blanco.

—Por dos razones, señor —dijo—; y le daré primero la que no es la más importante, sino la más práctica. Vinimos aquí porque este es el único lugar en un radio de veinte millas donde podemos conseguir caballos.

—¡Caballos! —repitió Syme, levantando la vista rápidamente.

—Sí —respondió el otro—; si de verdad quieren distanciarse de sus enemigos, tendrán que usar caballos o nada, a menos que, por supuesto, tengan bicicletas y automóviles en el bolsillo.

—¿Y adónde nos aconsejas que vayamos? —preguntó Syme con escepticismo.

—Sin duda —respondió el Coronel—, será mejor que se dirija cuanto antes a la comisaría que está a las afueras del pueblo. Amigo mío, le he apoyado en circunstancias un tanto dudosas, aunque me parece que exagera mucho la posibilidad de un levantamiento general; pero incluso usted difícilmente negará, supongo, que estará a salvo con los gendarmes.

Syme asintió gravemente; luego dijo bruscamente:

—¿Y cuál es el otro motivo por el que ha venido aquí?

—Mi otra razón para venir aquí —dijo Ducroix con seriedad— es que siempre viene bien ver a un hombre bueno, o a dos, cuando quizás se está cerca de la muerte.

Syme alzó la vista hacia la pared y vio un cuadro religioso toscamente pintado y patético. Entonces dijo:

—Tiene razón —y casi inmediatamente después—, ¿Han ido a por los caballos?

—Sí —respondió Ducroix—, puede estar seguro de que di la orden en el momento en que entré. Esos enemigos suyos no parecían apresurarse, pero se movían con una rapidez asombrosa, como un ejército bien entrenado. No tenía ni idea de que los anarquistas tuvieran tanta disciplina. No hay tiempo que perder.

Casi al mismo tiempo que hablaba, el viejo posadero de ojos azules y cabello blanco entró en la habitación con paso tranquilo y anunció que había seis caballos ensillados afuera.

Siguiendo el consejo de Ducroix, los otros cinco se abastecieron con provisiones de comida y vino, y, con sus espadas de duelo como únicas armas, descendieron ruidosamente por el empinado camino blanco. Los dos criados que habían cargado el equipaje del Marqués cuando éste ostentaba dicho título, se quedaron en el café para tomar algo por mutuo acuerdo, y no en contra de su voluntad.

Para entonces, el sol de la tarde se inclinaba hacia el oeste, y por sus rayos Syme podía ver la robusta figura del viejo posadero cada vez más pequeña, pero aún en pie, observándolos en completo silencio, con el sol en su cabello plateado. Syme tuvo una idea repentina, pues se le había quedado grabada en la mente la frase casual del Coronel: se dijo que aquel era, quizás, el último hombre honrado que vería sobre la tierra.

Seguía observando aquella figura menguante, que se alzaba como una simple mancha gris coronada por una llama blanca contra el gran fondo verde de la empinada ladera. Y mientras miraba, detrás del posadero apareció sobre la cima de la ladera un ejército de hombres vestidos de negro que marchaban al unísono. Parecían suspendidos sobre el buen hombre y su casa como una nube negra de langostas. Los caballos habían sido ensillados justo a tiempo.

XII. LA TIERRA EN ANARQUÍA

Instando a los caballos al galope, sin importarles la pronunciada pendiente del camino, los jinetes pronto recuperaron la ventaja sobre los hombres que marchaban, y finalmente la imponente masa de los primeros edificios de Lancy les impidió ver a sus perseguidores. Sin embargo, la cabalgada había sido larga, y para cuando llegaron al pueblo, el oeste se teñía con los colores y la belleza del atardecer. El Coronel sugirió que, antes de dirigirse definitivamente a la comisaría, intentaran, de paso, reclutar a una persona más que pudiera serles útil.

—Cuatro de los cinco hombres ricos de esta ciudad —dijo— son unos estafadores comunes. Supongo que la proporción es bastante similar en todo el mundo. El quinto es amigo mío, y un tipo excelente. Y lo que es aún más importante desde nuestro punto de vista, es propietario de un automóvil.

—Me temo —dijo el Profesor con su habitual tono jovial, mirando hacia atrás por el camino blanco en el que la mancha negra y rastrera podía aparecer en cualquier momento— que apenas tenemos tiempo para las visitas vespertinas.

—La casa del Doctor Renard está a solo tres minutos —dijo el Coronel.

—Nuestro daño —dijo el Doctor Bull—, no está a ni a dos minutos de distancia.

—Sí —dijo Syme—, si cabalgamos rápido podemos dejarlos atrás, porque van a pie.

—Pero tiene un automóvil —dijo el Coronel.

—Pero puede que no lo consigamos —contestó Bull.

—Sí, seguro que nos lo deja, está completamente de nuestro lado.

—Pero podría estar fuera.

—Silencio —dijo Syme de repente—. ¿Qué es ese ruido?

Por un segundo, todos permanecieron inmóviles como estatuas ecuestres, y por un segundo —dos, tres o cuatro segundos— el cielo y la tierra parecieron expectantes. Entonces, escuchando con una atención agónica, oyeron a lo largo del camino el característico traqueteo rítmico de los cascos de los caballos.

El rostro del Coronel cambió instantáneamente, como si un rayo lo hubiera alcanzado, pero sin sufrir ni un rasguño.

—Nos han atrapado —dijo con un breve toque de ironía militar—. ¡Prepárense para recibir a la caballería!

—¿De dónde habrán sacado los caballos? —preguntó Syme, mientras espoleaba mecánicamente a su corcel para que galopara.

El Coronel guardó silencio un momento, luego dijo con voz tensa:

—Hablaba con absoluta precisión cuando dije que “Le Soleil d’Or” era el único lugar donde se podían conseguir caballos en un radio de veinte millas.

—¡No! —exclamó Syme con vehemencia—. No creo que lo haya hecho. No con todo ese pelo blanco.

—Puede que le hayan obligado —dijo el Coronel con suavidad—. Deben ser al menos cien, por lo que todos vamos a ver a mi amigo Renard, que tiene un automóvil.

Con estas palabras, giró bruscamente su caballo en una esquina y bajó por la calle a tal velocidad que los demás, aunque galopaban con soltura, tuvieron dificultades para seguir la cola desbocada de su caballo.

El Doctor Renard vivía en una casa alta y confortable en lo alto de una calle empinada, de modo que cuando los jinetes se apearon a su puerta pudieron ver de nuevo la sólida cresta verde de la colina, con el camino blanco que la atravesaba, elevándose por encima de todos los tejados del pueblo. Respiraron hondo al comprobar que el camino seguía despejado y tocaron el timbre.

El Doctor Renard era un hombre radiante, de barba castaña, un buen ejemplo de esa clase profesional, silenciosa pero muy activa, que Francia ha conservado incluso mejor que Inglaterra. Cuando se le explicó el asunto, desestimó por completo el pánico del ex-marqués; dijo, con el sólido escepticismo francés, que no había ninguna probabilidad concebible de un levantamiento anarquista general.

—¡Anarquía! —dijo encogiéndose de hombros—, ¡es un disparate!

—*Et ça?* —exclamó el Coronel de repente, señalando por encima del hombro del otro, y eso es un disparate, ¿no?

Todos miraron a su alrededor y vieron una media luna de caballería negra que descendía por la cima de la colina con la energía de Atila. A pesar de su velocidad, la formación se mantenía compacta, y podían distinguir las viseras negras de la primera línea, tan alineadas como una fila de uniformada. Pero aunque el cuerpo principal de caballería negra era el mismo, aunque avanzaba más rápido, ahora había una diferencia sensacional que podían ver claramente en la ladera de la colina, como en un mapa inclinado. La mayor parte de los jinetes estaban en un bloque; pero uno de ellos corría muy por delante de la columna, y con frenéticos movimientos de manos y talones espoleaba a su caballo cada vez más rápido, de tal manera que uno podría haber pensado que no era el perseguidor, sino el perseguido. Pero incluso a esa gran distancia, pudieron ver algo tan fanático, tan inconfundible en su figura, que supieron que era el propio Secretario.

—Siento interrumpir una conversación tan interesante —dijo el Coronel—, pero ¿podría prestarme su automóvil ahora mismo, en dos minutos?

—Sospecho que todos ustedes están locos —dijo el Doctor Renard con una sonrisa amable—; pero Dios no quiera que la locura interrumpa nuestra amistad. Vayamos al garaje.

El Doctor Renard era un hombre apacible con una riqueza considerable; sus habitaciones parecían el Museo de Cluny²⁸ y poseía tres automóviles. Sin embargo, parecía usarlos con mucha moderación, pues tenía los gustos sencillos de la burguesía francesa, y cuando sus impacientes amigos vinieron a examinarlos, les costó un tiempo asegurarse de que uno de ellos funcionara. Con cierta dificultad, lograron sacarlo a la calle frente a la casa del Doctor. Al salir del oscuro garaje, se sobresaltaron al descubrir que ya había anochecido con la brusquedad propia de la noche tropical. O bien habían estado allí más tiempo del que imaginaban, o una inusual capa de nubes se había acumulado sobre la ciudad. Miraron hacia abajo por las empinadas calles y les pareció ver una ligera bruma que subía del mar.

—Es ahora o nunca —dijo el Doctor Bull—. Oigo caballos.

—No —corrigió el Profesor—, sólo un caballo.

Y mientras escuchaban, se hizo evidente que el ruido, que se acercaba rápidamente sobre las piedras que resonaban, no era el ruido de toda la caballería, sino el de un solo jinete, que había dejado muy atrás a los demás: el loco Secretario.

28 El Museo Nacional de la Edad Media, en París.

La familia de Syme, como muchos de los que tuvieron tiempos mejores, había disfrutado de automóvil y lo sabía conducir. Saltó de inmediato al asiento del chófer y, con el rostro enrojecido, forcejeaba con la maquinaria en desuso. Apoyó toda su fuerza en una manija y luego dijo en voz baja:

—Me temo que esto no funciona.

Mientras hablaba, apareció de repente un hombre, rígido sobre su caballo desbocado, con la velocidad y la firmeza de una flecha. Tenía una sonrisa que le hacía proyectar la barbilla como si estuviera dislocada. Llegó junto al coche parado, en el que se había apiñado la comitiva, y pareció querer detenerlo con la mano. Era el Secretario, y su boca se curvó con solemnidad triunfante.

Syme forcejeaba con la maquinaria, y sólo se oía el estruendo de los demás perseguidores que entraban en el pueblo. De repente, sonó un chirrido metálico y el coche arrancó bruscamente, arrancando al Secretario de su silla de montar como si sacara un cuchillo de su vaina, y mientras pataleaba violentamente, lo arrastró veinte yardas y lo dejó tendido en el suelo, muy por delante de su asustado caballo. Cuando el coche giró en la esquina con una curva espléndida, pudieron ver a los demás anarquistas colmando la calle y levantando a su jefe caído.

—No logro comprender por qué ha oscurecido tanto —dijo finalmente el Profesor en voz baja.

—Creo que se avecina una tormenta —dijo el Doctor Bull—. Es una pena que este auto no tenga luces, aunque sólo sea para ver por donde vamos.

—Tenemos —dijo el Coronel, y cogió del suelo una pesada linterna de hierro forjado, antigua y con una luz en su interior. Obviamente era una antigüedad, y parecía que su uso original había sido de alguna manera semirreligioso, porque había una tosca cruz en uno de sus lados.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó el Profesor.

—Donde conseguí el coche —respondió el Coronel, riendo entre dientes—, de mi mejor amigo. Mientras nuestro amigo forcejeaba con el mecanismo, subí corriendo los escalones de la entrada y hablé con Renard, que estaba en su porche, como recordarás. “Supongo —dije— que no hay tiempo para buscar una lámpara”. Él alzó la vista, parpadeando amablemente, hacia el hermoso techo abovedado de su recibidor. De él colgaba, mediante cadenas de exquisita herrería, esta linterna, uno de los cien tesoros de su colección. Con pura fuerza, arrancó la lámpara del techo, destrozando los paneles pintados y derribando dos jarrones azules con su violencia. Luego me entregó la linterna de hierro y la metí en el coche. ¿Acaso no tenía razón cuando dije que valía la pena conocer al Doctor Renard?

—Tenía usted razón —dijo Syme con seriedad, y colgó la pesada linterna sobre el frente del automóvil. El contraste entre el automóvil moderno y su extraña lámpara eclesiástica representaba al mismo tiempo una cierta alegoría de su situación.

Hasta entonces habían atravesado la zona más tranquila del pueblo, encontrándose como mucho con uno o dos peatones, que no les daban ninguna pista sobre la paz o la hostilidad del lugar. Ahora, sin embargo, las ventanas de las casas comenzaron a iluminarse una a una, dando una mayor sensación de vida y humanidad. El Doctor Bull se volvió hacia el nuevo detective que había liderado su huida y se permitió una de sus sonrisas naturales y amigables.

—Estas luces hacen que uno se sienta más alegre.

El inspector Ratcliffe frunció el ceño.

—Sólo hay unas luces que me alegrarán el día —dijo—, y son las luces de la comisaría, que puedo ver más allá del pueblo. Ojalá lleguemos en diez minutos.

Entonces, todo el buen juicio y el optimismo que bullían en Bull se despertaron repentinamente.

—¡Oh, todo esto es una completa tontería! —exclamó—. Si de verdad cree que la gente común y corriente de estas casas son anarquistas, debe estar usted más loco que los anarquistas. Si nos volviéramos contra estos tipos y lucháramos, todo el pueblo lucharía por nosotros.

—No —dijo el otro con una sencillez inquebrantable—, todo el pueblo lucharía por ellos. Ya veremos.

Mientras hablaban, el Profesor se inclinó hacia adelante con repentino entusiasmo.

—¿Qué es ese ruido? —dijo.

—Ah, supongo que son los caballos que nos siguen —dijo el Coronel—. Creí que ya nos habíamos librado de ellos.

—¡Los caballos que están detrás de nosotros! No —dijo el Profesor—, no son caballos, y no están detrás de nosotros.

En ese mismo momento, al otro lado de la calle, dos figuras brillantes y ruidosas pasaron a toda velocidad. Desaparecieron casi en un instante, pero todos pudieron ver que eran automóviles, y el Profesor se puso de pie con el rostro pálido y juró que eran los otros dos automóviles del garaje del Doctor Renard.

—¡Les digo que eran los suyos! —repitió, con los ojos desorbitados—, ¡y estaban llenos de hombres enmascarados!

—¡Absurdo! —exclamó el Coronel enfadado—. El Doctor Renard jamás les daría sus coches.

—Puede que lo hayan obligado —dijo Ratcliffe en voz baja—. Todo el pueblo está de su lado.

—¿Todavía cree usted en eso? —preguntó el Coronel con incredulidad.

—Pronto se convencerán todos —dijo el otro con una calma desesperada.

Hubo una pausa de desconcierto durante un breve instante, y luego el Coronel volvió a hablar abruptamente...

—No, no puedo creerlo. Es una tontería. La gente sencilla de un tranquilo pueblo francés...

Lo interrumpió un estallido y un destello de luz que parecía estar muy cerca de sus ojos. Mientras el coche aceleraba, dejó tras de sí una estela de humo blanco, y Syme oyó el disparo que le había pasado rozando el oído.

—¡Dios mío! —exclamó el Coronel—, alguien nos ha disparado.

—No hace falta interrumpir la conversación —dijo el taciturno Ratcliffe—. Reanude su discurso, Coronel. Creo que hablaba de la gente sencilla de un tranquilo pueblo francés.

Al Coronel, que lo miraba fijamente, ya no le importaba la ironía. Puso los ojos en blanco mientras miraba a su alrededor en toda la calle.

—Es extraordinario —dijo—, extraordinario en verdad.

—Una persona quisquillosa —dijo Syme— incluso podría considerarlo desagradable. Sin embargo, supongo que esas luces al final de esta calle son las de la Gendarmería. Pronto llegaremos allí.

—No —dijo el inspector Ratcliffe—, nunca llegaremos allí.

Había estado de pie, mirando fijamente al frente. Ahora se sentó y se alisó el cabello liso con un gesto cansado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bull bruscamente.

—Quiero decir que nunca llegaremos allí —dijo el pesimista con placidez—. Ya tienen dos filas de hombres armados al otro lado de la calle; los veo desde aquí. El pueblo está en armas, como dije. Ya sólo me queda regodearme en el exquisito acierto de mis previsiones.

Y Ratcliffe se acomodó ociosamente en el coche y encendió un cigarrillo, pero los demás se levantaron espantados y observaron fijamente la carretera. Syme había disminuido la velocidad del

coche a medida que sus planes se volvían dudosos, y finalmente lo detuvo por completo justo en la esquina de una calle lateral que descendía abruptamente hacia el mar.

La ciudad estaba casi toda en penumbra, pero el sol aún no se había puesto; dondequiera que su luz penetraba, lo teñía todo de un dorado ardiente. Por aquella calle lateral, la última luz del atardecer brillaba tan nítida y estrecha como el haz de luz artificial del teatro. Iluminó el coche de los cinco amigos, como si fuera un carro en llamas. Pero el resto de la calle, especialmente los dos extremos, estaba sumido en la más profunda penumbra, y durante unos segundos no pudieron ver nada. Entonces Syme, cuyos ojos eran los más agudos, soltó un pequeño silbido amargo y dijo:

—Es totalmente cierto. Hay una multitud, un ejército o algo parecido al final de esa calle.

—Bueno, en ese caso —dijo Bull con impaciencia—, debe ser otra cosa: una pelea, el cumpleaños del alcalde o algo así. No puedo ni quiero creer que gente sencilla y alegre en un lugar como éste anden por ahí con dinamita en los bolsillos. ¡Vamos, Syme, dese prisa y vamos a verlos!

El coche avanzó lentamente unos cien metros más, y entonces todos se sobresaltaron al oír al Doctor Bull estallar en una sonora carcajada.

—¡Pero qué estupidez! —gritó—. ¿Qué les había dicho? Esa gente es tan respetuosa de la ley como una vaca, y aunque no lo fueran, seguro que estarían de nuestro lado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el Profesor, mirándolo fijamente.

—¡Maldito ciego! —gritó Bull—. ¿No ve quién los está dirigiendo?

Volvieron a mirar fijamente, y entonces el Coronel, con la voz quebrada, gritó:

—¡Pero si es Renard!

En efecto, una hilera de figuras borrosas cruzaba corriendo la carretera, y no se las podía distinguir con claridad; pero lo suficientemente lejos como para captar la luz del atardecer, se veía, de un lado a otro, al inconfundible Doctor Renard, con un sombrero blanco, acariciándose la larga barba castaña y sosteniendo un revólver en la mano izquierda.

—¡Qué tonto he sido! —exclamó el Coronel—. Claro, el viejo amigo ha venido a ayudarnos.

El Doctor Bull rebosaba de risa, blandiendo la espada en su mano con la misma despreocupación con la que blandía un bastón. Saltó del coche y corrió por el espacio que los separaba, gritando...

—¡Doctor Renard! ¡Doctor Renard!

Un instante después, Syme pensó que hasta sus propios ojos habían enloquecido. Porque el filántropo Doctor Renard había levantado deliberadamente su revólver y disparado dos veces contra Bull, de modo que los disparos resonaron en la calle.

Casi al mismo tiempo que la nube blanca se elevaba de aquellos atroces disparos, una larga nubecilla blanca se elevó del cigarrillo del cínico Ratcliffe. Como todos los demás, palideció un poco, pero sonrió. El Doctor Bull, al que las balas le habían pasado rozándole el cuero cabelludo, permaneció inmóvil en medio de la carretera sin mostrar el menor rastro de miedo, y luego se giró y volvió muy lentamente al coche, al que subió con dos agujeros en el sombrero.

—Bueno —dijo lentamente el fumador—, ¿qué opina ahora?

—Creo —dijo el Doctor Bull con precisión— que estoy acostado en la cama del número 217 del edificio Peabody y que pronto me despertaré sobresaltado; o, si no es eso, creo que estoy sentado en una pequeña celda acolchada en Hanwell²⁹ y que el Doctor no puede hacer mucho en mi caso. Pero si quiere saber lo que no pienso, se lo diré. No pienso lo que usted piensa. No creo, ni jamás pensaré, que la mayoría de la gente común sea un grupo de sucios pensadores modernos. No, señor, soy demócrata y sigo sin creer que Domingo pueda convertir a un obrero o a un hortera de comercio. No, puede que yo esté loco, pero la humanidad no lo está.

29 El famoso manicomio de Londres.

Syme fijó sus brillantes ojos azules en Bull con una emoción que no solía expresar.

—Es usted un tipo estupendo —dijo—. Puede creer en la cordura de la gente, más que en la suya propia. Y tiene razón en lo que respecta a la humanidad, a los campesinos y a gente como ese alegre y viejo posadero. Pero se equivoca con respecto a Renard. Sospeché de él desde el principio. Es racionalista y, lo que es peor, es rico. Cuando el deber y la religión sean destruidos de verdad, será por los ricos.

—Y lo cierto es que ahora ya están destruidos—dijo el hombre del cigarrillo perenne, levantándose con las manos en los bolsillos—. ¡Los demonios se acercan!

Todos miraron con ansiedad en la dirección que señalaba la mirada soñadora de Ratcliffe, y vieron que todo el regimiento avanzaba hacia ellos desde el final del camino, con el Doctor Renard marchando furiosamente al frente, con la barba ondeando al viento.

El Coronel salió disparado del coche con una exclamación de indignación.

—Caballeros —exclamó—, esto es increíble. Debe ser una broma pesada. Si conocieran a Renard como yo, sería como llamar dinamitera a la reina Victoria. Si hubieran comprendido cómo es ese hombre...

—Sí —dijo Syme con sarcasmo—; por lo menos el Doctor Bull se quita el sombrero ante él.

—¡Le digo que no puede ser! —gritó el Coronel pateando de rabia—. Renard me lo explicará. Tendrá que explicarme qué ocurre—, y avanzó a grandes zancadas.

—No tenga tanta prisa —dijo el fumador impenitente con tono pausado—. Pronto nos lo explicará a todos.

Pero el impaciente Coronel ya estaba fuera del alcance del oído, avanzando hacia el enemigo. El exaltado Doctor Renard volvió a alzar su pistola, pero al advertir quién se acercaba, vaciló, y el Coronel se le encaró con gestos frenéticos de protesta.

—No sirve de nada —dijo Syme—. Jamás sacará nada de ese viejo pagano. Propongo que los atropellemos a todos, como las balas que atravesaron el sombrero de Bull. Puede que muramos todos, pero acabaremos con unos cuantos.

—Ni en broma —dijo el Doctor Bull, con un acento cada vez más vulgar y sincero—. Puede que esos pobres muchachos estén cometiendo un error. Démosle una oportunidad al Coronel.

—¿Retrocedemos entonces? —preguntó el Profesor.

—No —dijo Ratcliffe con voz fría—, ya han ocupado la calle tras de nosotros. De hecho, me parece ver allí a otro amigo suyo, Syme.

Syme giró bruscamente y miró hacia atrás, al camino que habían recorrido. Vio un grupo irregular de jinetes que se reunían y galopaban hacia ellos en la penumbra. Sobre la silla de montar delantera, divisó el brillo plateado de una espada, y luego, al acercarse, el brillo plateado del cabello de un anciano. Al instante siguiente, con una violencia devastadora, giró el motor bruscamente y lo lanzó a toda velocidad por la empuñada calle lateral hacia el mar, como un hombre que sólo deseaba morir.

—¿Qué demonios está pasando? —exclamó el Profesor, agarrándolo del brazo.

—¡La estrella de la mañana ha caído! —exclamó Syme, mientras el coche se perdía en la oscuridad como otra estrella fugaz.

Los demás no entendieron sus palabras, pero cuando volvieron la vista hacia la cuesta, vieron a la caballería enemiga doblando la esquina y persiguiéndoles; y al frente de todos cabalgaba el buen posadero, teñido por el inocente rubor del crepúsculo.

—¡El mundo se ha vuelto loco! —dijo el Profesor, y se cubrió el rostro con las manos.

—No —dijo el Doctor Bull con humildad inquebrantable—, yo soy el que se ha vuelto loco.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el Profesor.

—En este momento —contestó Syme con objetividad científica—, creo que vamos a estrellarnos contra una farola.

Al momento, el automóvil se estrelló violentamente contra un objeto de hierro. Inmediatamente después, cuatro hombres emergieron de entre un amasijo de metal, y una alta y delgada farola que se alzaba erguida al borde del paseo marítimo quedó expuesta, doblada y retorcida, como la rama desmochada de un árbol.

—Bueno, al menos hemos destrozado algo —dijo el Profesor con una leve sonrisa—. Eso sí que es un consuelo.

—Se está convirtiendo usted en un anarquista —dijo Syme, sacudiéndose el polvo de la ropa con su instinto de pulcritud.

—Todos lo somos ya —dijo Ratcliffe.

Mientras hablaban, el jinete de cabello blanco y sus seguidores llegaron estruendosamente desde arriba, y casi en ese mismo instante, una masa oscura de hombres corrió gritando a lo largo del paseo marítimo. Syme agarró una espada y la sujetó con los dientes; se colocó otras dos bajo las axilas, tomó una cuarta en la mano izquierda y la linterna en la derecha, y saltó desde lo alto del paseo hasta la playa.

Los demás saltaron tras él, aceptando con resignación semejante acción decisiva, dejando atrás los restos del coche y la multitud que se había congregado tras de ellos.

—Tenemos una última oportunidad —dijo Syme, sacándose el arma de la boca—. Sea lo que sea que signifique todo este caos, supongo que la policía nos ayudará. No podemos llegar hasta allí, porque nos bloquean el paso. Pero hay un muelle o rompeolas que se adentra en el mar justo aquí, que podríamos defender mejor que cualquier otra cosa, como Horacio y su puente³⁰. Debemos defenderlo hasta que lleguen los gendarmes. Sígueme.

Lo siguieron mientras avanzaba crujiendo por la playa, y en uno o dos segundos sus botas se rompieron no en la grava del mar, sino en piedras anchas y planas. Marcharon por un largo y bajo malecón, que se adentraba en el mar oscuro e hirviente, y al llegar al final sintieron que habían llegado al final de su historia. Se volvieron y miraron hacia el caserío.

La ciudad estaba alborotada. A lo largo del paseo marítimo por el que acababan de descender, una oscura y rugiente corriente humana, de brazos agitados y rostros furiosos, los observaba enardecida. La agitada masa estaba salpicada de antorchas y faroles; pero incluso donde ninguna llama iluminaba un rostro furioso, podían ver en la figura más lejana, en el gesto más tenue, un odio organizado. Era evidente que los consideraban los malditos de entre todos los hombres, y no sabían por qué.

Dos o tres hombres, pequeños y oscuros como monos, saltaron por el borde y bajaron a la playa. Se abrieron paso gritando a través de la arena, y se esforzaban por alcanzar el rompeolas. Siguiendo su ejemplo, toda la masa oscura comenzó a correr y a derramarse por el borde como melaza negra.

Entre los hombres que estaban en la playa, Syme vio al campesino que los había conducido en su carreta. Montado en un enorme caballo de tiro, se lanzó al mar y les amenazó con su hacha.

—¡El campesino! —exclamó Syme—. Los campesinos no se han levantado desde la Edad Media.

—Aunque la policía llegue ahora —dijo el Profesor con tristeza—, no podrán hacer nada contra esta turba.

—¡Tonterías! —exclamó Bull desesperado—; debe quedar gente que no ha dejado de ser humana.

30 Según la leyenda, en el siglo VI a. de C., el romano Horacio Cocles defendió en solitario el puente Sublicio, y contuvo al ejército etrusco.

—No —dijo el inspector desesperanzado—, el ser humano pronto se extinguirá. Somos los últimos de la humanidad.

—Puede ser —dijo el Profesor distraídamente. Luego añadió con voz soñadora—: ¿Cómo dice el final de *The Dunciad*?³¹

Ni la llama pública, ni la privada, se atreven a brillar;
 ¡No queda chispa humana, ni destello divino!
 ¡Mirad! Tu temible imperio, Caos, ha sido restaurado;
 La luz muere ante tu palabra destructora:
 Tu mano, gran Anarca, deja caer el telón;
 Y la oscuridad universal lo sepulta todo.

—¡Alto! —gritó Bull de repente—, ¡llegan los gendarmes!

Las tenues luces de la comisaría vacilaban entrecortadas por siluetas que se apresuraban, y a través de la oscuridad se oía el choque y el tintineo de una caballería disciplinada.

—¡Están cargando contra la multitud! —gritó Bull, entre el éxtasis y la alarma.

—No —dijo Syme—, están formando a lo largo del muelle.

—¡Preparan sus fusiles! —exclamó Bull, bailando entusiasmado.

—Sí —dijo Ratcliffe—, y van a dispararnos.

Mientras hablaba, se oyó un largo crepitar de mosquetes, y las balas parecían rebotar como granizo sobre las piedras que tenían delante.

—¡Los gendarmes se han unido a ellos! —exclamó el Profesor, golpeándose la frente.

—Estoy en la celda acolchada —dijo Bull con seguridad.

Hubo un largo silencio, y entonces Ratcliffe dijo, mirando hacia el mar alborotado, todo gris y púrpura:

—¿Qué importa quién esté loco o quién esté cuerdo? Pronto todos estaremos muertos.

Syme se volvió hacia él y le dijo:

—¿Entonces, ha perdido la esperanza?

Ratcliffe guardó un silencio sepulcral; luego, finalmente, dijo en voz baja:

—No; por más extraño que parezca, no estoy del todo desesperado. Hay una pequeña esperanza descabellada que no puedo sacarme de la cabeza. El poder de todo este planeta está en nuestra contra, pero no puedo evitar preguntarme si esta pequeña y tonta esperanza aun persiste.

—¿En qué o en quién funda su esperanza? —preguntó Syme con curiosidad.

—En un hombre al que nunca vi —dijo el otro, mirando el mar plomizo.

—Sé a quién se refiere —dijo Syme en voz baja—, al hombre de la habitación oscura. Pero Domingo ya debe haberlo matado.

—Tal vez —dijo el otro con firmeza—; pero si es así, seguro que fue el único hombre al que le resultó difícil matar.

—Ya les oigo lo que hablan —dijo el Profesor, vuelto de espaldas—. Yo también me aferro con fuerza a ese hombre al que nunca vi.

De repente, Syme, que estaba de pie como cegado por pensamientos introspectivos, se giró y gritó, como un hombre que despierta de un sueño:

—¿Dónde está el Coronel? ¡Creía que estaba con nosotros!

—¡El Coronel! Sí —gritó Bull—, ¿dónde diablos está el Coronel?

—Fue a hablar con Renard —dijo el Profesor.

31 Poema satírico de Alexander Pope, concluido en 1745.

—No podemos dejarlo entre todas esas bestias —gritó Syme—. Moriremos como caballeros si...

—No sienta lástima por el Coronel —dijo Ratcliffe con una mueca de desprecio—. Está muy a gusto donde está...

—¡No, no no! —gritó Syme en una especie de frenesí—. ¡El Coronel también! ¡Jamás lo creeré!

—¿Puede creer a sus ojos? —preguntó el otro, señalando hacia la playa.

Muchos de sus perseguidores se habían adentrado en el agua amenazando con los puños, pero el mar estaba agitado y no pudieron llegar al rompeolas. Dos o tres figuras, sin embargo, avanzaban con cautela al comienzo del camino de piedra. El resplandor de una linterna iluminaba los rostros de los dos primeros. Uno llevaba una media máscara negra, y bajo ella su boca se retorció con tal frenesí nervioso que el mechón negro de barba se agitaba como un ser vivo e inquieto. El otro era el rostro enrojecido y el bigote blanco del Coronel Ducroix. Conversaban con calor.

—Sí, él también se ha ido —dijo el Profesor, sentándose en una piedra—. Todos se han ido. ¡Yo también me he ido! Ya no puedo confiar en mi propio cuerpo. Siento como si mi propia mano pudiera alzarse y golpearme.

—Cuando levante mi mano será para golpear a otro —dijo Syme, y caminó a grandes zancadas por el malecón hacia el Coronel, con la espada en una mano y la linterna en la otra.

Como para aniquilar la última esperanza o duda, el Coronel, que lo vio venir, le apuntó con su revólver y disparó. El disparo no alcanzó a Syme, pero impactó en su espada, rompiéndola cerca de la empuñadura. Syme siguió adelante y blandió la linterna de hierro sobre su cabeza.

—¡Judas ante Herodes! —exclamó, y derribó al Coronel sobre las piedras del rompeolas. Luego se volvió hacia el Secretario, cuya horrible boca casi echaba espuma, y alzó la lámpara con un gesto tan rígido e impactante que el hombre quedó, por un instante, paralizado y obligado a escucharle.

—¿Veis esta linterna? —gritó Syme con voz terrible—. ¿Veis la cruz grabada en ella y la llama en su interior? No la hicisteis vosotros. No la encendisteis vosotros. Hombres mejores que vosotros, hombres que podían creer y obedecer, retorcieron las entrañas del hierro y preservaron la leyenda del fuego. No hay calle que piséis, no hay prenda que llevéis, que no haya sido hecha, como esta linterna, negando vuestra filosofía de suciedad y ratas. No podéis crear nada. Sólo podéis destruir. Destruiréis a la humanidad; destruiréis el mundo. Que os baste con eso. Sin embargo, esta vieja linterna cristiana no la destruiréis. Irá adonde vuestro imperio de simios jamás será capaz de encontrarla.

Golpeó al Secretario una vez con la linterna, de modo que éste se tambaleó; y luego, haciéndola girar dos veces sobre su cabeza, la lanzó volando mar adentro, donde lanzó un último destello y desapareció.

—¡Espadas! —gritó Syme, volviendo su rostro llameante hacia los tres que estaban detrás de él—. ¡Ataquemos a esos perros, pues ha llegado nuestra hora de morir!

Sus tres compañeros lo siguieron espada en mano. La espada de Syme estaba rota, pero arrancó un bastón del puño de un pescador, derribándolo. En un instante, la multitud les habría arrebatado la vida, cuando se produjo una interrupción. El Secretario, desde el discurso de Syme, permanecía con la mano en la cabeza, aturdido; ahora, de repente, se quitó la máscara negra.

El rostro pálido, así despellejado por la luz de la lámpara, no revelaba tanto rabia como asombro. Alzó la mano con una autoridad ansiosa.

—Aquí hay un error —dijo—. Syme, dudo mucho que comprenda su situación. Lo arresto en nombre de la ley.

—¿De la ley? —dijo Syme, y dejó caer su bastón.

—¡Por supuesto! —dijo el Secretario—. Soy un detective de Scotland Yard —y sacó una pequeña tarjeta azul de su bolsillo.

—¿Y qué piensa que somos nosotros? —preguntó el Profesor, levantando los brazos.

—Ustedes —dijo el Secretario con rigidez— son, según tengo entendido, miembros del Consejo Supremo Anarquista. Disfrazado como uno de ustedes, yo...

El Doctor Bull arrojó su espada al mar.

—Nunca existió un Consejo Supremo Anarquista —dijo—. Éramos todos unos policías ridículos vigilándonos unos a otros. Y toda esta gente buena que nos acribillaba a balazos creía que éramos unos dinamiteros. Sabía que no podía estar equivocado sobre la gente —dijo, radiante, contemplando a la enorme multitud que se extendía hasta el horizonte a uno y otro lado de la playa—. La gente vulgar nunca está loca. Yo mismo soy vulgar, y lo sé. Ahora, vamos a tierra para entrar en una taberna a brindar por todos los presentes.

XIII.

PERSIGUIENDO AL PRESIDENTE

A la mañana siguiente, cinco personas desconcertadas pero muy alegres tomaron el barco hacia Dover. El pobre Coronel podría haber tenido motivos para quejarse, pues primero se había visto obligado a luchar para dos facciones inexistentes y luego había sido descalabrado con una linterna de hierro. Pero era un caballero magnánimo y, aliviado de que ninguno de los dos bandos tuviera nada que ver con la dinamita, los despidió en el muelle con gran cordialidad.

Los cinco reconciliados detectives tenían que darse un centenar de explicaciones. El Secretario tenía que contarle a Syme cómo se habían enmascarado para acercarse al supuesto enemigo como compañeros conspiradores; Syme tenía que explicar cómo habían huido con tanta rapidez a través de un país civilizado. Pero por encima de todos estos detalles que se aclaraban fácilmente, surgió la incógnita central del asunto, algo que no podían explicar. ¿Qué significaba todo aquello? Si todos eran unos inofensivos agentes, ¿qué era Domingo? Si no había conquistado el mundo, ¿qué demonios había estado haciendo? El inspector Ratcliffe seguía preocupado por esto.

—No entiendo nada del jueguito del viejo Domingo, igual que ustedes —dijo—. Pero sea lo que sea Domingo, no es un ciudadano sin tacha. ¡Maldita sea! ¿Recuerdan su cara?

—Le reconozco —respondió Syme—, que nunca he podido olvidarla.

—Bueno —dijo el Secretario—, supongo que lo sabremos pronto, pues mañana tenemos nuestra próxima junta general. Disculpen —añadió con una sonrisa bastante siniestra—, por cumplir fielmente mis funciones de Secretario.

—Supongo que tiene razón —dijo el Profesor pensativo—. Me parece que sólo podremos averiguarlo si nos lo revela él mismo. Pero confieso que me daría un poco de miedo preguntarle a Domingo quién es realmente.

—¿Por qué? —preguntó el Secretario—, ¿por miedo a las bombas?

—No —dijo el Profesor—, por miedo a que nos diga quién es realmente.

—Bebamos algo —dijo el Doctor Bull tras un breve silencio.

Durante todo su viaje en barco y tren estuvieron muy animados, pero instintivamente se mantuvieron juntos. El Doctor Bull, que siempre había sido el optimista del grupo, intentó persuadir a los otros cuatro de que toda la compañía podía tomar el mismo coche de dos ruedas desde la estación Victoria; pero esto fue rechazado, y fueron en un vehículo de cuatro ruedas, con el Doctor Bull en el pescante, cantando. Terminaron la jornada en un hotel de Piccadilly Circus, para estar a la mañana siguientes próximos a Leicester Square y el desayuno en la terraza. Sin embargo, incluso entonces las aventuras del día no habían terminado del todo. El Doctor Bull, en desacuerdo con la propuesta general de irse a la cama, había salido del hotel alrededor de las once para ver y admirar algunas de las bellezas de Londres. Veinte minutos después, sin embargo, regresó y armó un gran alboroto en el vestíbulo. Syme, que al principio intentó calmarlo, se vio finalmente obligado a escucharle con una atención completamente renovada.

—¡Les aseguro que lo he visto! —exclamó el Doctor Bull con marcado énfasis.

—¿A quién? —preguntó Syme rápidamente—. ¿No será al Presidente?

—No, no es tan malo —dijo el Doctor Bull, con una risa inoportuna—, no es tan malo. Aquí lo traigo.

—¿A quién han traído aquí? —preguntó Syme con impaciencia.

—Al hombre peludo —dijo el otro antes de corregirse—, el hombre que solía ser peludo: Gogol. Aquí está —y arrastró adentro, con cierta resistencia por parte del otro, al mismo joven de pelo rojo y rostro pálido que cinco días antes había sido expulsado del Consejo como el primero de todos los falsos anarquistas desenmascarados.

—¿Qué quieren de mí? —exclamó—. ¿No me han expulsado por ser un espía?

—Todos somos espías —le contestó suavemente Syme.

—¡Todos somos espías! —gritó el Doctor Bull—. Vamos a tomar algo.

A la mañana siguiente, el batallón de los seis compañeros marchó con paso firme hacia el hotel de Leicester Square.

—Esto va mejor —dijo el Doctor Bull—; somos seis hombres que vamos a preguntarle a uno solo qué es lo que pretende ser.

—La cosa es más extraña —dijo Syme—; somos seis hombres que vamos a preguntarle a uno solo qué es lo que nosotros somos.

Entraron en silencio en la plaza y, aunque el hotel estaba en la esquina opuesta, divisaron de inmediato el pequeño balcón y una figura que parecía demasiado grande para él. Estaba sentado solo, con la cabeza gacha, absorto en la lectura de un periódico. Pero todos sus consejeros, que habían acudido a votar en su contra, cruzaron la plaza como si cien ojos los observaran desde el cielo.

Habían discutido mucho sobre su estrategia: si debían dejar a Gogol, ya desenmascarado, a un lado y comenzar por la vía diplomática, o si debían traerlo, y así detonar la bomba de inmediato. Por insistencia de Syme y de Bull se inclinaron por esta última opción, aunque el Secretario les preguntó por qué habían de atacar a Domingo con tanta precipitación.

—Mi razón es muy simple —dijo Syme—. Lo ataco precipitadamente porque le tengo miedo.

Siguieron a Syme en silencio por la oscura escalera, y todos salieron simultáneamente a la amplia luz del sol de la mañana y a la amplia luz de la sonrisa de Domingo.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Me alegra mucho verlos a todos. ¡Qué día tan espléndido! ¿Ha muerto el Zar?

El Secretario, que casualmente se encontraba el primero de todos, se recompuso para un arrebató digno.

—No, señor —dijo con severidad—, no ha habido ninguna masacre. No le traigo noticias de semejantes espectáculos repugnantes.

—¿Espectáculos repugnantes? —repitió el Presidente con una brillante e inquisitiva sonrisa—. ¿Se refiere a las gafas³² del Doctor Bull?

El Secretario se atragantó por un momento, y el Presidente continuó con una especie de tomo conciliador.

—Por supuesto, todos tenemos nuestras opiniones e incluso nuestra visión de las cosas, pero realmente, llamarlos repugnantes delante del propio tipo...

El Doctor Bull se arrancó las gafas y las rompió contra la mesa.

—Mis gafas son aborrecibles —dijo—, pero yo no lo soy. Míreme a la cara.

32 Es el doble significado de *spectacles*: espectáculos, espejuelos.

—Me atrevo a decir que es el tipo de rostro que con el tiempo uno termina por apreciar —dijo el Presidente—, y que, al final, te gusta. Por otro lado ¿quién soy yo para criticar los frutos silvestres del Árbol de la Vida? Me atrevo a decir que algún día acabará por gustarme su cara.

—No tenemos tiempo para bufonadas —dijo el Secretario, interrumpiendo bruscamente—. Hemos venido para averiguar qué significa todo esto. ¿Quién es usted? ¿Y qué es? ¿Por qué nos trajo aquí? ¿Sabe usted quiénes somos y a qué nos dedicamos? ¿Es un bromista que se hace el conspirador, o un taimado que se hace el loco? ¡Respóndanme, se lo exijo!

—Los candidatos —murmuró Domingo— sólo tienen que responder ocho de las diecisiete preguntas del documento. Por lo que entiendo, quieren que les diga quién soy yo, quiénes son ustedes, qué es esta mesa, qué es este Consejo y qué es este mundo. Bueno, iré todo lo lejos que pueda para desvelar uno de estos misterios. Si desean saber lo que son, ustedes son un grupo de jóvenes asnos con muy buenas intenciones.

—¿Y usted —dijo Syme, inclinándose hacia adelante—, qué es usted?

—¿Yo? ¿Qué soy? —rugió el Presidente, y se incorporó lentamente hasta alcanzar una altura increíble, como una enorme ola a punto de arquearse y romper sobre ellos—. ¿Quieren saber qué soy? Bull, eres un hombre de ciencia. Indaga en las raíces de esos árboles y descubre la verdad sobre ellos. Syme, eres un poeta. Observa esas nubes matutinas y dime a mí o a quien sea la verdad sobre las nubes matutinas. Pero os digo esto: descubriréis la verdad sobre el último árbol y la nube más alta antes que la verdad sobre mí. Comprenderéis el mar, y yo seguiré siendo un enigma; averiguaréis qué son las estrellas, y seguiréis sin saber qué soy yo. Desde el principio del mundo, todos los hombres me han perseguido como a un lobo: reyes y sabios, poetas y legisladores, todas las iglesias y todas las filosofías. Pero nunca me han atrapado, y los cielos se derrumbarán cuando yo esté listo para regresar. Os he hecho correr más de la cuenta, y ahora lo haré de nuevo.

Antes de que alguno de ellos pudiera moverse, el hombre monstruoso se balanceó como un enorme orangután sobre la balaustrada del balcón. Pero antes de caer, se impulsó de nuevo como si estuviera en una barra horizontal, y asomando su enorme barbilla por el borde del balcón, dijo solemnemente:

—Pero hay algo que os diré sobre quién soy. Soy el hombre del cuarto oscuro, el que os convirtió a todos en policías.

Dicho esto, se arrojó del balcón, rebotando sobre las piedras como una enorme pelota de goma, y salió disparado hacia la esquina del Alhambra, donde detuvo un coche de caballos y se metió dentro. Los seis detectives se habían quedado atónitos y furiosos ante su última declaración; pero cuando desapareció dentro del coche, Syme recuperó la cordura y, saltando por encima del balcón con tal temeridad que casi se rompe las piernas, llamó a otro coche.

Él y Bull saltaron juntos al carruaje, el Profesor y el Inspector a otro, mientras que el Secretario y el antes llamado Gogol se subieron a un tercer vehículo justo a tiempo para perseguir al fugitivo Syme, que a su vez perseguía al también fugitivo Presidente. Domingo los arrastró en una persecución frenética hacia el noroeste, con su cochero, evidentemente influido por algo más que lo corriente, espoleando al caballo a toda velocidad. Pero Syme no estaba de humor para delicadezas, y se puso de pie en su propio carruaje gritando:

—¡Alto, al ladrón!

La multitud comenzó a congregarse, y los policías comenzaron a preguntar qué ocurría. Todo esto influyó en el cochero del Presidente, que empezó a mostrarse dubitativo y a reducir la velocidad al trote. Abrió la mirilla para intentar razonar con su pasajero, y al hacerlo dejó caer el largo látigo sobre la parte delantera del carruaje. Domingo se inclinó hacia adelante, lo agarró y se lo arrebató violentamente de la mano. Luego, poniéndose de pie sobre el carruaje, azotó al caballo y rugió con fuerza, de modo que recorrieron las calles como un tornado. Calle tras calle y plaza tras plaza, eran traspasadas por este vehículo absurdo, en el que el pasajero espoleaba al caballo y el

conductor intentaba desesperadamente detenerlo. Los otros tres coches iban tras él (si la expresión es apropiada) como perros exhaustos, y pasaban calles y almacenes como flechas traqueteantes.

En el éxtasis de la velocidad máxima, Domingo se giró en la cabina donde permanecía en pie y, asomando su enorme cabeza sonriente por la ventanilla, con el pelo blanco despeinado al viento, hizo una mueca horrible a sus perseguidores, como la de un pilluelo colosal. Luego, levantando rápidamente la mano derecha, arrojó una bola de papel a la cara de Syme y desapareció en el coche. Syme atrapó la cosa instintivamente y descubrió que consistía en dos papeles arrugados. Uno estaba dirigido a él mismo y el otro al Doctor Bull, con una larguísima, y cabe temer que en parte irónica, cadena de letras después de su nombre. La dirección del Doctor Bull era, en cualquier caso, considerablemente más larga que su mensaje, pues esta consistía únicamente en las palabras: “¿Y ahora, qué sabes de Martin Tupper³³?”

—¿Qué querrá decir ese viejo maniático? —preguntó Bull, mirando fijamente las palabras—. ¿Qué dice la suya, Syme?

El mensaje de Syme era, en cualquier caso, más largo, y decía lo siguiente: “Nadie lamentaría más que yo una intromisión del archidiácono. Confío en que no lleguemos a ese extremo. Pero, por última vez, ¿dónde están tus chanclos? Es una verdadera lástima, sobre todo después de lo que dijo el tío.”

El cochero del Presidente parecía estar recuperando el control de su caballo, y los perseguidores ganaron algo de ventaja al girar hacia Edgware Road. Y allí se produjo lo que a los aliados les pareció una parada providencial. El tráfico de todo tipo se desviaba a derecha o izquierda o se detenía, pues por el largo camino se oía el inconfundible rugido que anunciaba la bomba de incendios, que en pocos segundos pasó como un broncíneo rayo. Pero a pesar de ello, Domingo saltó de su coche, se abalanzó sobre el carruaje de incendios, se asió a él, trepó, y se le vio desaparecer en la ruidosa distancia hablando y gesticulando con el atónito bombero.

—¡Tras él! —aulló Syme—. Ahora no puede perderse. Es imposible confundir una bomba de incendios.

Los tres cocheros, aturridos por un instante, espolearon a sus caballos y redujeron ligeramente la distancia que los separaba de su presa, que ya se desvanecía en el tráfico. El Presidente reconoció esta cercanía acercándose a la parte trasera del coche, haciendo repetidas reverencias, besándoles la mano y, finalmente, arrojando una nota cuidadosamente doblada al pecho del inspector Ratcliffe. Cuando este la abrió, no sin impaciencia, descubrió que contenía las siguientes palabras:

“Desaparezca de inmediato. Se sabe la verdad sobre la cinturilla de sus pantalones.—Un amigo”.

La bomba de incendios continuaba aún más al norte, a una zona que ya no reconocían; y mientras pasaba junto a una alta verja sombreada por árboles, los seis amigos se sobresaltaron, pero se sintieron algo aliviados, al ver al Presidente saltar del carruaje, aunque no pudieron ver si fue por otro capricho o por la creciente protesta de los bomberos. Sin embargo, antes de que los tres taxis pudieran alcanzarlo, Domingo había trepado por la reja, y como un enorme gato gris se dejó caer al otro lado y desapareció en la penumbra de la arboleda.

Syme, con un gesto furioso, detuvo su coche, saltó y se lanzó también hacia la verja. Ya había pasado una pierna por encima, y sus amigos iban a imitarlo, se detuvo y les dirigió una mirada que brillaba pálida en la media luz.

—¿Qué lugar puede ser este? —preguntó—. ¿Será la casa del viejo diablo? He oído que tiene una casa en el norte de Londres.

—Mucho mejor —dijo el Secretario con gravedad, apoyando un pie en un punto de apoyo—, así lo encontraremos.

33 Alusión al viejo poeta moralista y victoriano Martin Farquhar Tupper (1810-1889), autor del poemario *Proverbial Philosophy* (1837), por entonces ya olvidado cuando no objeto de sátiras y parodias.

—No, no es eso —dijo Syme, frunciendo el ceño—. ¡Oigo unos ruidos espantosos, como si se rieran todos los demonios, y estornudaran y se sonaran sus endiabladas narices!

—Seguro que son sus perros, que ladran —dijo el Secretario.

—¿Y por qué no dice mejor que son sus escarabajos negros los que ladran? —exclamó Syme furioso—. ¡Los caracoles que ladran! ¡Los geranios que ladran! ¿Alguna vez ha oído ladrar así a un perro?

Alzó la mano, y de entre la espesura surgió un largo rugido gutural que pareció calar hondo y helar la carne; un rugido bajo y aterrador que produjo un palpitación en el aire a su alrededor.

—Los perros de Domingo no pueden ser perros comunes y corriente —dijo Gogol, y se estremeció.

Syme había pasado ya al otro lado, pero seguía quieto, escuchando con impaciencia.

—Bueno, escuchen eso —dijo— ¿eso es un perro? ¿Puede ser el perro de alguien?

De repente, un chillido ronco resonó en sus oídos, como de seres que protestaban y clamaban con dolor repentino; y luego, a lo lejos, como un eco, lo que se oyó como una larga trompeta nasal.

—¡Esta casa debe ser un infierno! —dijo el Secretario—; Pero aunque sea un infierno, ¡yo he de entrar! —y tomando impulso, saltó por encima de las altas rejas.

Los demás los siguieron. Atravesaron una maraña de plantas y arbustos y llegaron a un sendero despejado. No había nada a la vista, pero el Doctor Bull juntó las manos de repente.

—¡Pero si somos idiotas! —gritó—, ¡es el Zoológico!

Mientras buscaban frenéticamente a su alrededor cualquier rastro de su objetivo, un guarda uniformado apareció corriendo por el sendero acompañado de un hombre vestido de paisano.

—¿Ha llegado hasta aquí? —exclamó el guardián, sin aliento.

—¿Quién? —preguntó Syme.

—¡El elefante! —gritó el cuidador—. ¡Un elefante se ha vuelto loco y se ha escapado!

—Se ha fugado con un anciano —dijo el otro desconocido sin aliento—, ¡un pobre anciano con el pelo blanco!

—¿Qué clase de anciano? —preguntó Syme con gran curiosidad.

—Un señor mayor, muy alto y grueso, vestido con ropa gris claro —dijo el guarda ansioso.

—Bueno —dijo Syme—, si es ese tipo de anciano, si está completamente seguro de que es un anciano grande y gordo vestido de gris, puede creerme cuando te digo que el elefante no se ha escapado con él. Se ha escapado él con el elefante. Dios no ha creado aun un elefante que pueda llevarse a ese hombre contra su voluntad. ¡Y, rayos, ahí lo tenemos!

Esta vez no había duda. A unos doscientos metros de distancia, cruzando la pradera, con una multitud que gritaba y corría inútilmente tras él, avanzaba un enorme elefante gris a paso terrible, con la trompa extendida tan rígida como el bauprés de un barco, barritando como las trompetas del juicio final. Sobre el lomo del animal, que bramaba y se precipitaba, iba sentado el Presidente Domingo con toda la placidez de un sultán, pero azuzándolo furiosamente con algún objeto afilado que llevaba en la mano.

—¡Deténganlo! —gritaba la gente— ¡Va a salir del parque!

—¿Quién puede detener un alud? —exclamó el guarda—. ¡Ya salió por la puerta!

Y mientras hablaba, un último estruendo y un rugido de terror anunciaron que el gran elefante gris había escapado de las puertas del Parque Zoológico y se precipitaba por la calle Albany como una especie de ómnibus nunca visto.

—¡Santo cielo! —exclamó Bull—. Nunca pensé que un elefante pudiera ir tan rápido. Bueno, tendremos que volver a coger los coches de caballos si queremos mantenerlo a la vista.

Mientras corrían hacia la puerta por donde había desaparecido el elefante, Syme sintió una visión deslumbrante de los extraños animales en las jaulas que pasaban. Después, le pareció extraño haberlos visto con tanta claridad. Recordaba especialmente haber visto pelícanos, con sus largos cuellos curvados y ridículos. Se preguntó por qué el pelícano era el símbolo de la caridad, salvo que se necesitaba mucha caridad para admirar a un pelícano. Recordó un cála, que no era más que un enorme pico amarillo con un pajarito atado detrás. Todo aquello le produjo una sensación, cuya intensidad no podía explicar, de que la Naturaleza siempre estaba gastando bromas misteriosas. Domingo les había dicho que lo entenderían a él cuando hubieran entendido las estrellas. Se preguntó si los arcángeles llegaban a entender al cála.

Los seis desdichados detectives se lanzaron a los carruajes y siguieron al elefante, constatando el terror que sembraba a lo largo del extenso tramo de calles. Esta vez, Domingo no se dio la vuelta, sino que les ofreció la sólida extensión de su espalda ciega, lo cual los enfureció, si cabe, más que sus burlas anteriores. Justo antes de llegar a Baker Street, sin embargo, se le vio lanzar algo al aire, como un niño lanza una pelota con la intención de atraparla. Pero con su velocidad, el objeto se quedó muy atrás, justo al lado del coche en el que viajaba Gogol; y con la vaga esperanza de encontrar una pista o por algún impulso inexplicable, detuvo su taxi para recogerlo. Estaba dirigido a él mismo y era un paquete bastante voluminoso. Al examinarlo, sin embargo, se descubrió que su volumen consistía en treinta y tres hojas de papel sin valor, envueltas unas sobre otras. Al arrancar la última envoltura, se redujo a un pequeño trozo de papel en el que estaba escrito: “Me parece que la palabra correcta es rosa”.

El hombre que una vez fue conocido como Gogol no dijo nada, pero los movimientos de sus manos y pies eran como los de un hombre que anima a un caballo a redoblar esfuerzos.

Calle tras calle, distrito tras distrito, el prodigioso elefante volador hacía que la gente se asomara a las ventanas, mientras el tráfico se abría ante él. Y a pesar de toda esa expectación desmesurada, los tres coches de caballos seguían adelante, hasta que llegaron a ser considerados parte de un desfile, quizás como publicidad de un circo. Iban a tal velocidad que las distancias se achicaban de forma increíble, y Syme vio el Albert Hall en Kensington cuando creía estar todavía en Paddington. El paso del animal era aún más rápido y desenfadado por las vacías y aristocráticas calles de South Kensington, y finalmente se dirigió hacia aquella parte del horizonte donde se alzaba la enorme Rueda de Earl’s Court³⁴. La rueda crecía cada vez más, hasta llenar el cielo como un círculo de estrellas.

La bestia superaba en velocidad a los coches de caballos. La perdieron de vista tras varias revueltas, y al llegar a una de las puertas de la Exposición de Earl’s Court, se encontraron finalmente bloqueados. Frente a ellos se extendía una multitud inmensa; en medio de ella, el enorme elefante, que se agitaba y temblaba como suelen hacerlo estas criaturas sin forma definida. Pero el Presidente había desaparecido.

—¿Adónde se ha ido? —preguntó Syme, deslizándose hasta el suelo.

—¡Un caballero irrumpió en la Exposición, señor! —exclamó un funcionario aturdido. Luego añadió con voz lastimera—: ¡Qué caballero más peculiar, señor! Me pidió que le sujetara el caballo y me dio esto.

Y, disgustado, le tendió un trozo de papel doblado, dirigido al “Secretario del Consejo Central Anarquista”.

El Secretario, lo abrió furioso, y encontró escrito en su interior:

Cuando el arenque corra una milla,
Dejen que el Secretario sonría;

³⁴ La Great Wheel fue una monumental noria de 94 metros de altura, que estuvo en funcionamiento entre 1895 y 1906. Fue demolida al año siguiente.

Cuando el arenque intenta volar,
Dejen que muera el Secretario.

Proverbio tradicional.

—¡Maldición! —explotó el Secretario—, ¿cómo dejó entrar a ese hombre? ¿Acaso la gente suele venir a su Exposición montada en elefantes enloquecidos? ¿Acaso...?

—¡Miren! —gritó Syme de repente—. ¡Miren allí!

—¿Mirar qué? —preguntó el Secretario con furia.

—¡Miren el globo cautivo! —exclamó Syme, señalando con furia.

—¿Para qué demonios debería mirar un globo cautivo? —preguntó el Secretario—. ¿Qué tiene de raro un globo cautivo?

—Nada —dijo Syme—, excepto que ya no está cautivo.

Todos dirigieron la mirada hacia el lugar donde el orondo globo se balanceaba sobre la Exposición, sujeto por un cable, como el globo de un niño. Un segundo después, el cable se partió en dos justo debajo de la barquilla, y el globo, libre, se alejó flotando con la ligereza de una pompa de jabón.

—¡Diez mil demonios! —chilló el Secretario—. ¡Se ha vuelto a escapar! —y agitó los puños hacia el cielo.

El globo, arrastrado por una ráfaga de viento fortuita, pasó justo por encima de ellos, y pudieron ver la gran cabeza blanca del Presidente asomándose por un lado y mirándolos con benevolencia.

—¡Dios bendiga mi alma! —dijo el Profesor con el tono anciano del que nunca podía desprenderse, igual que de su barba descolorida y su rostro pálido como el pergamino—. ¡Dios mío! ¡Me parece que me ha caído algo en el sombrero!

Levantó una mano temblorosa y tomó del ala un trozo de papel plegado, que abrió distraídamente, solo para descubrir que junto a un corazón traspasado por una flecha se podía leer: “Vuestra belleza no me ha dejado indiferente.—Copito de nieve”.

Hubo un corto silencio, y entonces Syme dijo, mordiéndose la barba:

—Aún no me doy por vencido. Esa maldita cosa tiene que caer en algún sitio. ¡Sigámosla!

XIV. LOS SEIS FILÓSOFOS

A través de verdes campos y abriéndose paso entre setos floridos, seis detectives desaliñados se afanaban a unas cinco millas de Londres. El optimista del grupo había propuesto al principio que siguieran el globo aerostático por el sur de Inglaterra en coches de caballos. Pero finalmente se convenció de la persistente negativa del globo a seguir los caminos, y de la aún más persistente negativa de los cocheros a seguirlo. En consecuencia, los incansables, aunque exasperados, viajeros se abrieron paso entre matorrales oscuros y araron campos cultivados hasta que cada uno se convirtió en una figura demasiado extravagante para ser confundido con un vagabundo. Aquellas verdes colinas de Surrey presenciaron el colapso final y la tragedia del admirable traje gris claro con el que Syme había partido de Saffron Park. Su sombrero de seda se rompió sobre su nariz por el golpe de una rama, las espinas que lo refrenaban le desgarraban los faldones de la levita hasta los hombros, la arcilla de Inglaterra le salpicaba hasta el cuello; pero aún así llevaba su barba amarilla hacia adelante con una determinación silenciosa y llena de furia, y sus ojos seguían fijos en aquella bola de gas flotante, que en el pleno resplandor del atardecer parecía tener el color de una nube otoñal.

—A pesar de todo —dijo— es muy bonito.

—¡Singular y extrañamente hermoso! —dijo el Profesor—. ¡Ojalá esa monstruosa bolsa de gas explotara!

—No —dijo el Doctor Bull—, espero que no. Podría hacerle daño al viejo.

—¡Hacerle daño! —dijo el vengativo Profesor—. ¡Hacerle daño! No tanto como le haría yo si pudiera elevarme hasta él. ¡Copito de nieve!

—No quiero que le pase nada malo —dijo el Doctor Bull.

—¿Qué?! —exclamó el Secretario con amargura—. ¿De verdad se cree todo ese cuento de que él es nuestro hombre en el cuarto oscuro? Domingo diría cualquier cosa.

—No sé si lo creo o no —dijo el Doctor Bull—. Pero no es eso a lo que me refiero. No puedo desear que el globo del viejo Domingo explote porque...

—Bueno —dijo Syme con impaciencia—, ¿por qué?

—Bueno, porque es tan alegre como un globo —dijo el Doctor Bull con desesperación—. No entiendo ni una palabra de esa idea de que sea el mismo hombre que nos dio todas nuestras tarjetas azules. Me parece una tontería. Pero no me importa que se sepa, siempre sentí cierta simpatía por el viejo Domingo, por muy malvado que fuera. Como si fuera un bebé adorable. ¿Cómo puedo explicar mi extraña simpatía por él? ¡Eso no me impide pelear con él como un demonio! ¿Les aclara algo si les digo que me cae bien porque es muy gordo?

—No, no mucho —dijo el Secretario.

—¡Ya lo sé! —gritó Bull—. Es porque es tan gordo y tan ligero. Como un globo. Siempre pensamos en la gente gorda como pesada, pero él podría haber bailado con una sífide. Ahora entiendo lo que quiero decir. La fuerza moderada se muestra en la violencia, la fuerza suprema se muestra en la ligereza. Era como esas viejas especulaciones: ¿qué pasaría si...? ¿Podría un elefante saltar al cielo como un saltamontes?

—Nuestro elefante —dijo Syme, mirando hacia arriba— ha saltado al cielo como un saltamontes.

—Y de alguna manera —concluyó Bull —por eso no puedo evitar sentir aprecio por el viejo Domingo. No, no es una admiración por su fuerza ni ninguna tontería parecida. Hay una especie de alegría en él, como si rebosara de buenas noticias. ¿No han sentido lo mismo alguna vez en un día de primavera? Ya se sabe que la naturaleza juega malas pasadas, pero de alguna manera este día demuestra que son bromas de buen gusto. Yo nunca he leído la Biblia, pero esa parte de la que se burlan es literalmente cierta: “¿Por qué saltáis, altas colinas?” Las colinas sí saltan, o al menos lo intentan... ¿Por qué me gusta Domingo? ¿Cómo explicarlo...? Porque es un sinvergüenza saltarín.

Hubo un largo silencio, y entonces el Secretario dijo con una voz curiosa y tensa:

—Usted no conoce a Domingo en absoluto. Quizás sea porque es mejor que yo y no conoce el infierno. Yo siempre fui un tipo sombrío y un poco morboso. El hombre que se sienta en la oscuridad, y que nos eligió a todos, me eligió porque tenía toda la mirada desquiciada de un conspirador; porque mi sonrisa se torcía y mis ojos eran sombríos, incluso cuando sonreía. Pero debía haber algo en mí que respondía a la disposición nerviosa de esos hombres anárquicos. Porque cuando vi a Domingo por primera vez, me expresó, no la etérea vitalidad que usted dice, sino algo a la vez grosero y triste de la naturaleza de las cosas. Lo encontré fumando en una habitación crepuscular, una habitación con persianas marrones, infinitamente más deprimente que la agradable oscuridad en la que vive nuestro jefe. Estaba sentado allí en un banco, un bulto de hombre enorme, oscuro y sin forma. Escuchaba todas mis palabras sin hablar ni siquiera moverse. Derramé mis súplicas más apasionadas y formulé mis preguntas más elocuentes. Entonces, después de un largo silencio, la Cosa comenzó a temblar, y pensé que lo poseía alguna enfermedad secreta. Temblaba como una gelatina repugnante y viviente. Me recordó todo lo que había leído sobre los cuerpos básicos que son el origen de la vida: los grumos de las profundidades marinas y el protoplasma. Parecía la forma final de la materia, la más informe y la más vergonzosa. Sólo pude decirme a mí mismo, por sus estremecimientos, que al menos semejante monstruo era desgraciado. Y entonces me di cuenta de que la bestial montaña se estremecía con una risa solitaria, y la causa de la risa era yo. ¿Me piden que eso se lo perdone? Es abominable sentirse objeto de burla por parte de algo a la vez inferior y más fuerte que uno mismo.

—Seguro que están exagerando muchísimo —interrumpió el inspector Ratcliffe con su voz clara—. El Presidente Domingo resulta algo terrible para el intelecto, pero no es tan monstruoso físicamente como lo pintan. Me recibió en una oficina normal, con un abrigo gris a cuadros, a plena luz del día. Me habló de forma normal. Pero les diré lo que me inquietó de Domingo. Su habitación está impecable, su ropa está impecable, todo parece en orden; pero es despistado. A veces, sus grandes y brillantes ojos se quedan completamente ciegos. Durante horas se olvida de que estás ahí. Ahora bien, en un hombre malvado la distracción es algo terrible. Pensamos en un hombre malvado y lo pensamos alerta. No podemos imaginar a un hombre malvado que sea honesta y sinceramente soñador, porque no nos atrevemos a pensar en un hombre malvado a solas consigo mismo. Un hombre distraído es un hombre de buen carácter. Es un hombre que, si te ve, se disculpará. Pero ¿cómo soportarás a un hombre distraído que, si te ve, te matará? Eso es lo que pone a prueba los nervios: la abstracción combinada con la crueldad. Algunos hombres lo han sentido al atravesar bosques salvajes y percibir que los animales eran a la vez inocentes y despiadados. Podían ignorarlos o matarlos. ¿Les gustaría pasar diez horas mortales en un salón con un tigre distraído?

—Y usted, Gogol, ¿qué opina de Domingo? —preguntó Syme.

—Por principio, no pienso en Domingo —dijo Gogol simplemente—, del mismo modo que no me quedo mirando al sol del mediodía.

—Bueno, ese es un punto de vista —dijo Syme pensativo—. ¿Y qué opina usted, Profesor?

El Profesor caminaba con la cabeza gacha y arrastrando el bastón, y no respondió nada.

—¡Despierte, Profesor! —dijo Syme con amabilidad—. Díganos qué opina de Domingo.

El Profesor habló finalmente muy despacio.

—Pienso algo —dijo— que no puedo expresar con claridad. O mejor dicho, pienso algo que ni siquiera puedo pensar con claridad. Pero es algo así. Mi juventud, como saben, fue un tanto desmedida y desordenada. Bueno, cuando vi el rostro de Domingo, pensé que era demasiado grande —todo el mundo lo piensa—, pero también me pareció demasiado desmesurado. El rostro era tan grande que era imposible enfocarlo o reconocerlo como un rostro. El ojo estaba tan lejos de la nariz que no parecía un ojo. La boca estaba tan aislada que había que imaginarla por separado. Es muy difícil de explicar.

Hizo una breve pausa, aún arrastrando su bastón, y luego continuó.

—Pero pongámoslo así. En una ocasión, paseando de noche, vi una farola, una ventana iluminada y una nube que juntas formaban la imagen completa de un rostro inconfundible. Si alguien en el cielo tiene ese rostro, lo reconoceré inmediatamente. Sin embargo, al avanzar un poco más, descubrí que no había rostro alguno, que la ventana estaba a diez yardas de distancia, la farola a mil yardas, la nube más allá del mundo. Bueno, el rostro de Domingo se me escapa, se desvanece a derecha e izquierda, como se desvanecen esas imágenes fortuitas. Y así, su rostro me ha hecho dudar, de algún modo, sobre si existen rostros. No sé si su rostro, Bull, es un rostro o una combinación en perspectiva. Quizás un disco negro de sus horribles gafas esté muy cerca y el otro a cincuenta millas de distancia. Oh, las dudas de un materialista son cosa de risa. Domingo me ha enseñado las últimas y peores dudas, las dudas de un espiritualista. Supongo que soy budista; y el budismo no es un credo, es una duda. Mi pobre y querido Bull, no creo que realmente tenga un rostro. No tengo suficiente fe para creer en la materia.

Los ojos de Syme seguían fijos en el globo errante, que, enrojecido por la luz del atardecer, parecía un mundo más rosado e inocente.

—¿Han notado algo extraño —dijo— en todas sus descripciones? Cada uno de ustedes percibe a Domingo de una manera muy diferente, pero cada uno solo encuentra una cosa con la que compararlo: el universo mismo. Bull lo compara con la tierra en primavera, Gogol con el sol al mediodía. Al Secretario le recuerda al protoplasma informe, y al Inspector el desamparo de los bosques vírgenes. El Profesor dice que es como un paisaje cambiante. Esto es extraño, pero es aún más extraño que yo también haya tenido mi peculiar idea sobre el Presidente, y que también piense en Domingo como pienso en el mundo entero.

—Dese un poco de prisa, Syme —dijo Bull— deje de contemplar el globo.

—Cuando vi a Domingo por primera vez —continuó Syme lentamente—, sólo vi su espalda; y al ver su espalda, supe que era el peor hombre del mundo. Su cuello y sus hombros eran brutales, como los de algún dios simiesco. Su cabeza se abultaba de una forma que apenas era humana, como la de un buey. De hecho, enseguida tuve la repugnante impresión de que no era un hombre, sino una bestia disfrazada de hombre.

—Vamos —dijo el Doctor Bull.

—Y entonces ocurrió algo extraño. Lo había visto de espaldas desde la calle, sentado en el balcón. Luego entré en el hotel y, al dar la vuelta, vi su rostro a la luz del sol. Su rostro me asustó, como a todos; pero no porque fuera brutal, ni porque fuera malvado. Al contrario, me asustó porque era tan hermoso, porque era tan bueno.

—Syme —exclamó el Secretario—, ¿se ha vuelto loco?

—Era como el rostro de un antiguo arcángel, haciendo justicia tras unas guerras heroicas. En sus ojos brillaba la alegría, y en su boca, el honor y el dolor. Tenía el mismo cabello blanco, los mismos hombros grandes y grises que había visto de espaldas. Pero cuando lo vi de espaldas, estaba seguro de que era un animal, y cuando lo vi de frente, supe que era un dios.

—Pan —dijo el Profesor soñadoramente— era un dios y era un animal.

—Entonces, una y otra vez, y siempre —prosiguió Syme, como si hablara consigo mismo—, ese ha sido para mí el misterio de Domingo, y también el misterio del mundo. Cuando veo su horrible espalda, estoy seguro de que su noble rostro no es más que una máscara. Cuando veo su rostro aunque sea por un instante, sé que su espalda es sólo una farsa. Lo malo es tan malo que no podemos evitar pensar que lo bueno es un accidente; lo bueno es tan bueno que estamos seguros de que el mal podría explicarse. Pero todo alcanzó su punto culminante ayer, cuando corrí tras Domingo para alcanzar el coche, y lo seguí de cerca durante todo el trayecto.

—¿Tuvo tiempo para pensar entonces? —preguntó Ratcliffe.

—Tuve tiempo —respondió Syme— para un pensamiento descabellado. De repente, me asaltó la idea de que la nuca ciega y sin rostro era en realidad su cara: ¡una cara horrible y sin ojos que me miraba fijamente! Y me imaginé que la figura que corría delante de mí era en realidad una figura que corría hacia atrás, bailando mientras corría.

—¡Horrible! —exclamó el Doctor Bull, estremeciéndose.

—Horrible no es la palabra —dijo Syme—. Fue, sin duda, el peor instante de mi vida. Y, sin embargo, diez minutos después, cuando asomó la cabeza por la ventanilla del taxi e hizo una mueca como la de una gárgola, supe que sólo estaba actuando como un padre que juega al escondite con sus hijos.

—Pues el juego se alarga demasiado —dijo el Secretario, frunciendo el ceño al ver sus botas destrozadas.

—¡Escúchenme! —exclamó Syme con extraordinario énfasis—. ¿Quieren que les revele el secreto del mundo entero? Es que sólo conocemos la parte trasera del mundo. Lo vemos todo desde atrás, y parece brutal. Eso no es un árbol, sino la parte trasera de un árbol. Eso no es una nube, sino la parte trasera de una nube. ¿Acaso no ven que todo se incurva y oculta un rostro? Si tan sólo pudiéramos dar la vuelta por delante...

—¡Miren! —gritó estruendosamente Bull—, ¡el globo está cayendo!

No hacía falta gritarle a Syme, que no le había quitado los ojos de encima. Vio cómo el gran globo luminoso se tambaleaba de repente en el cielo, se enderezaba y luego se hundía lentamente tras los árboles como una puesta de sol.

El hombre llamado Gogol, que apenas había hablado durante todo el agotador viaje, de repente levantó las manos como un alma perdida.

—¡Está muerto! —gritó—. ¡Y ahora sé que era mi amigo, mi amigo en la oscuridad!

—¡Muerto! —resopló el Secretario—. No lo encontrarán muerto tan fácilmente. Si se ha caído de la barquilla, lo encontraremos revolcándose como un potrillo en el campo, pataleando por diversión.

—Golpeando sus cascos —dijo el Profesor—. Los potros lo hacen, y Pan también.

—¡Otra vez Pan! —dijo el Doctor Bull con irritación—. Parece que cree que Pan lo es todo.

—Así es —dijo el Profesor—, en griego significa todo.

—No olvide —dijo el Secretario, bajando la mirada— que también se refiere al pánico.

Syme permaneció de pie sin prestar atención a los otros.

—Cayó allí —dijo secamente—. ¡Vamos!

Luego añadió en un tono indescriptible:

—¡Oh, si nos ha engañado a todos matándose! Sería como una de sus travesuras típicas.

Se alejó a grandes zancadas hacia los árboles lejanos con renovada energía, sus harapos en jirones ondeando al viento. Los demás lo siguieron con paso más cansado y dubitativo. Y casi al mismo tiempo, los seis hombres se percataron de que no estaban solos en aquel pequeño prado.

Al otro lado del césped, un hombre alto avanzaba hacia ellos, apoyándose en un extraño y largo bastón parecido a un cetro. Vestía una casaca elegante pero anticuada con calzones hasta la rodilla; su color era de ese tono entre azul, violeta y gris que se puede ver en ciertas sombras del bosque. Su cabello era gris blanquecino y, a primera vista, haciendo juego con sus calzones, parecía empolvado. Avanzaba con sigilo; de no ser por la escarcha plateada sobre su cabeza, podría haber sido una de las sombras del bosque.

—Caballeros —dijo—, mi amo les tiene preparado unos carruaje en el camino.

—¿Quién es su amo? —preguntó Syme, permaneciendo completamente inmóvil.

—Me dijeron que ustedes sabían su nombre —dijo el hombre respetuosamente.

Hubo un silencio, y entonces el Secretario dijo:

—¿Dónde está este carruaje?

—Les esperan desde hace unos instantes —dijo el desconocido—. Mi amo acaba de llegar a casa.

Syme miró a izquierda y derecha prado verde en el que se encontraban. Los setos eran setos comunes, los árboles parecían árboles comunes; sin embargo, se sentía como un hombre atrapado en un mundo de fantasía.

Observó al misterioso embajador de arriba abajo, pero no pudo descubrir nada excepto que la casaca del hombre era del mismo color que las sombras púrpuras, y que el rostro del hombre era del mismo color que el cielo rojo, marrón y dorado.

—Enséñenos el camino —dijo Syme brevemente, y sin decir palabra, el hombre de la casaca violeta le dio la espalda y caminó hacia un hueco en el seto, por el que penetró de repente el reflejo de un camino blanco.

Cuando los seis vagabundos llegaron, vieron el camino blanco ocupado por lo que parecía una larga fila de carruajes, como los que se encuentran frente al acceso de alguna mansión en Park Lane. Junto a estos carruajes se encontraba una hilera de espléndidos sirvientes, todos vestidos con la misma librea de color gris azulado, y todos revestidos de una cierta solemnidad y orgullo que no es corriente entre los sirvientes de un caballero, sino más bien entre los oficiales y embajadores de un gran rey. Había seis carruajes aguardando, uno para cada uno de los harapientos y miserables miembros del grupo. Todos los criados, como en traje de corte, portaban espadas, y cuando cada uno entró su carruaje, las desenvainaron y saludaron con un repentino destello de acero.

—¿Qué puede significar todo esto? —preguntó Bull a Syme cuando se separaban—. ¿Será otra broma de Domingo?

—No lo sé —dijo Syme mientras se dejaba caer cansado en los almohadones de su carruaje—; pero si lo es, es una de esas bromas de las que usted hablaba. Es una broma de buen gusto.

Los seis aventureros habían vivido muchas aventuras, pero ninguna los había dejado tan completamente atónitos como esta última aventura del confort. Todos se habían acostumbrado a que las cosas fueran difíciles; pero la repentina comodidad con la que todo empezó a ir los abrumó. Ni siquiera podían imaginar qué eran los carruajes; les bastaba con saber que eran carruajes, y carruajes con almohadones. No podían concebir quién era el anciano que los había guiado; pero les bastaba con saber que, sin duda, los había conducido hasta los carruajes.

Syme advertía que le conducían a través de una densa arboleda, y se dejaba llevar. Era típico de él que, si bien había mantenido la barbilla enhiesta con fiereza mientras pudo hacer algo, cuando todo se le fue de las manos, se desplomó sobre los cojines como en un auténtico colapso.

De forma gradual y muy vagamente, advirtió el hermoso paisaje por el que le conducía el carruaje. Pasaron por el portón de piedra de lo que podría ser un parque, y comenzaron a subir poco a poco una colina que, aunque arbolada a ambos lados, parecía más ordenada que un bosque. Entonces comenzó a crecer en él, como en un hombre que despierta lentamente de un sueño

reparador, un sentimiento placentero al contemplar todo. Sintió que los setos eran lo que los setos deberían ser, muros vivos; que un seto es como un ejército humano, disciplinado, pero aún más vivo. Vio altos olmos tras los setos y pensó vagamente en lo felices que serían los niños trepando por ellos. Entonces su carruaje giró en el camino y vio de repente y en silencio, como una nube larga y baja al atardecer, una casa larga y baja, suave bajo la tenue luz del ocaso. Los seis amigos compararon notas después y discutieron; pero todos coincidieron en que, de alguna manera inexplicable, aquel lugar les recordaba su infancia. Era la copa de aquel olmo o aquel sendero torcido, era aquel trozo de huerto o aquella forma de ventana; pero cada uno de ellos declaró que recordaba aquel lugar antes que a su madre.

Cuando los carruajes finalmente llegaron a una gran puerta baja y cavernosa, otro hombre con la misma librea, pero con una estrella plateada en el pecho gris de su casaca, salió a recibirlos. Esta imponente persona le dijo al desconcertado Syme:

—Dispone de un refrigerio en sus estancias.

Syme, bajo la influencia del mismo ensueño hipnótico, subió la gran escalera de roble tras el respetuoso sirviente. Entró en una espléndida serie de aposentos que parecían destinados especialmente para él. Se acercó a un gran espejo con el instinto habitual de su clase, para arreglarse la corbata o alisarse el cabello; y allí vio su espantosa figura: sangre seca por su rostro donde la rama le había golpeado, el cabello erizado como manojos amarillos de hierba rala, la ropa hecha jirones. Y de repente, todo el misterio rebrotó, preguntándose cómo había llegado allí y cómo iba a salir. Exactamente en ese mismo instante, un hombre de azul, que había sido designado como su ayuda de cámara, dijo solemnemente:

—He preparado su ropa, señor.

—¡Ropa! —dijo Syme con sarcasmo—. No tengo más ropa que esta —y levantó dos largas tiras de su levita formando fascinantes guirnaldas, haciendo un movimiento como si fuera a girar como una bailarina de ballet.

—Mi amo me pide que le informe —dijo el asistente— del baile de disfraces que se celebrará esta noche, para el que se le ha preparado el traje correspondiente. Mientras tanto, señor, hay una botella de Borgoña y un faisán frío, que espera que usted no rechace, ya que faltan algunas horas para la cena.

—El faisán frío es una delicia —dijo Syme pensativo—, y el Borgoña es una maravilla. Pero la verdad es que no me apetecen tanto como averiguar qué demonios significa todo esto y qué traje me han preparado. ¿Dónde está?

El sirviente levantó de una especie de otomana una larga prenda de un azul pavo real, que parecía un dominó, en cuya parte delantera se veía un gran sol dorado, y que estaba salpicada aquí y allá con estrellas llameantes y medias lunas.

—Debe ir vestido de Jueves, señor —dijo el mayordomo con amabilidad.

—¡Vestido de Jueves! —dijo Syme meditabundo—. No parece un disfraz muy abrigado.

—Oh, sí, señor —dijo el otro con seguridad—, el traje de Jueves es bastante abrigado, señor. Se ajusta hasta la barbilla.

—Bueno, no entiendo nada —dijo Syme, suspirando—. Llevo tanto tiempo acostumbrada a las aventuras incómodas que las cómodas me dejan agotado. Aun así, ¿se me puede permitir preguntar por qué me pareceré tanto a Jueves, con ese vestido verde salpicado de soles y lunas? Creo que esos astros brillan también otros días. Recuerdo que una vez vi la luna un martes.

—Disculpe, señor —dijo el ayuda de cámara—, esta Biblia también le será útil —y con un dedo respetuoso pero firme señaló un pasaje del primer capítulo del Génesis. Syme lo leyó con asombro. Era aquel en el que el cuarto día de la semana se asocia con la creación del sol y la luna. Así pues, aquí se contaba a partir del domingo cristiano.

—Esto se está volviendo cada vez más divertido —dijo Syme mientras se sentaba en una silla—. ¿Quiénes son estas personas que proveen de faisán frío y Borgoña, ropa azul y Biblias? ¿Me proporcionarán todo lo que les pida?

—Sí, señor, todo —dijo el asistente con gravedad—. ¿Le ayudo a vestirse?

—De acuerdo, ¡echame eso por encima! —dijo Syme con impaciencia.

Pero aunque fingía despreciar la farsa, sintió una curiosa ligereza y naturalidad en sus movimientos al caer sobre él la túnica azul y dorada; y al descubrir que debía llevar una espada, le invadió un sueño infantil. Al salir de la habitación, echó los pliegues de la túnica sobre su hombro con gesto firme, y requirió la espada, luciendo la arrogancia de un trovador. Porque estos disfraces no ocultaban, sino que revelaban.

XV. EL ACUSADOR

Mientras Syme caminaba por el pasillo, vio al Secretario de pie en lo alto de una gran escalera. Nunca había presentado un aspecto tan noble. Vestía una larga túnica negra sin estrellas, por cuyo centro caía una franja ancha de blanco puro, como un único rayo de luz. Todo el conjunto parecía una sobria vestimenta eclesiástica. Syme no necesitó recurrir a su memoria ni a la Biblia para recordar que el primer día de la creación marcó la mera aparición de la luz a partir de la oscuridad. La vestimenta misma habría sugerido el símbolo; y Syme también sintió cuán perfectamente ese patrón de blanco y negro puro expresaba el alma del pálido y austero Secretario, con su sinceridad inhumana y su fría locura, que le permitían declarar la guerra a los anarquistas con tanta facilidad, y sin embargo, hacerse pasar tan fácilmente por uno de ellos. Syme no se sorprendió al notar que, en medio de la comodidad y la hospitalidad de su nuevo entorno, la mirada de aquel hombre seguía siendo severa. Ni el olor a cerveza ni el perfume del jardín lograba que el Secretario cesara de interrogar racionalmente al mundo entero.

Si Syme hubiera podido verse a sí mismo, se habría dado cuenta de que, por primera vez, también parecía él ser quien era y nadie más. Porque si el Secretario representaba al filósofo que ama la luz original e informe, Syme era un tipo de poeta que busca siempre darle formas especiales a la luz, dividirla en sol y estrella. El filósofo puede amar a veces lo infinito; el poeta siempre ama lo finito. Para él, el gran momento no es la creación de la luz, sino la creación del sol y de la luna.

Mientras descendían juntos por la amplia escalera, alcanzaron a Ratcliffe, vestido de verde primaveral como un cazador, con un estampado de árboles verdes. Pues él representaba el tercer día en que la tierra y la naturaleza fueron creadas, y su rostro cuadrado y sensato, con un cierto cinismo nada hostil, parecía bastante apropiado para la ocasión.

Los condujeron a través de otra puerta ancha y baja hacia un enorme jardín inglés antiguo, lleno de antorchas y hogueras, a cuya tenue luz bailaba una inmensa multitud con trajes extravagantes. Syme parecía ver cada forma de la naturaleza imitada en algún disfraz estrafalario. Había un hombre vestido de molino de viento con enormes aspas, otro vestido de elefante, y un tercero vestido de globo; los dos últimos, juntos, parecían reproducir el hilo de sus absurdas aventuras. Syme incluso vio, con una extraña emoción, a un bailarín vestido de cálao gigante, con un pico dos veces más grande que él mismo: el extraño pájaro que se le había clavado en la imaginación como una pregunta viviente mientras recorría el Jardín Zoológico. Sin embargo, había otros mil objetos similares. Había una farola danzante, un manzano danzante, un barco danzante. Cualquiera hubiera pensado que la melodía indomable de algún músico loco había convertido todos los objetos comunes de los bailes callejeros y campestres en una danza eterna. Y mucho tiempo después, cuando Syme era de mediana edad y sensato, nunca pudo ver uno de esos objetos en particular: una farola, o un manzano, o un molino de viento, sin pensar que se trataba de un juerguista extraviado de aquella fiesta de disfraces.

A un lado de este césped, repleto de bailarines, se extendía una especie de talud verde, como una terraza de los jardines de antaño.

Y en la parte superior, formando una especie de media luna, se alzaban siete grandes asientos, los tronos de los siete días. Gogol y el Doctor Bull ya estaban sentados, y el Profesor se dirigía al suyo. La sencillez de Gogol, o Martes, estaba simbolizada por una vestimenta inspirada en la

división de las aguas, una vestimenta que se abría sobre su frente y caía hasta sus pies, gris y plateada, como una cortina de lluvia. El Profesor, cuyo día era aquel en el que se crearon las aves y los peces —las formas de vida más primitivas—, vestía una túnica de púrpura tenue, sobre la cual se extendían peces de ojos saltones y extravagantes aves tropicales, la unión en él de la fantasía insondable y la duda. El Doctor Bull, el último día de la Creación, llevaba su túnica cubierta de animales heráldicos en rojo y oro, y en su cresta un hombre rampante. Estaba recostado en su silla con una amplia sonrisa, la imagen de un optimista en su elemento.

Uno a uno, los vagabundos subieron a la terraza y tomaron asiento en sus tronos. Cada vez que se sentaba uno de ellos, un clamor entusiasta se elevaba desde el jardín, como el que se escucha en honor a los reyes. Se chocaban las copas, se agitaban las antorchas y se lanzaban al aire sombreros de plumas. Los hombres a quienes estaban reservados esos tronos estaban coronados con laureles extraordinarios. Pero la silla central estaba vacía.

Syme estaba a su izquierda y el Secretario a su derecha. El Secretario miró a Syme al otro lado del trono vacío y dijo, apretando los labios:

—Aún podría ser que estuviese muerto en un campo cualquiera.

Casi al oír las palabras, Syme vio en el mar de rostros humanos frente a él una transformación terrible y hermosa a la vez, como si el cielo se hubiera abierto sobre su cabeza. Era simplemente que Domingo había pasado silenciosamente como una sombra y se había sentado en el trono central. Iba vestido con sencillez, de un blanco puro y terrible, y su cabello brillaba como una llama plateada sobre su frente.

Durante mucho tiempo —parecieron horas— aquella enorme mascarada de la humanidad desfiló y danzó frente a ellos al son de una música triunfal y marcial. Cada pareja parecía un misterio aparte; podía ser un hada bailando con un buzón de correos, o una campesina bailando con la luna; pero en cada caso era, de alguna manera, tan absurdo como *Alicia en el País de las Maravillas*, y a la vez tan serio y tierno como una historia de amor. Por fin, sin embargo, la densa multitud comenzó a dispersarse. Las parejas se alejaban recorriendo los senderos del jardín, o comenzaban a dirigirse hacia el extremo del edificio, donde humeaban, en enormes calderos como monstruosos depósitos, unas mezclas calientes y aromáticas de cerveza o vino añejo. Por encima de todo, sobre una especie de estructura negra en el tejado de la casa, crepitaba en su cesta de hierro una gigantesca hoguera, que iluminaba la tierra a millas a la redonda. Proyectaba el efecto hogareño de la luz del fuego sobre la faz de vastos bosques grises o marrones, y parecía llenar de calor incluso el vacío de la noche. Sin embargo tras un buen rato, también esto se fue desvaneciendo; los grupos, cada vez más dispersos, se congregaban alrededor de los grandes calderos o pasaban, riendo y haciendo ruido, a los corredores interiores de aquella antigua casa. Pronto sólo quedaron unos diez holgazanes en el jardín; después, sólo cuatro. Finalmente, el último juerguista rezagado se marchó. Entró corriendo a la casa llamando alegremente a sus compañeros. El fuego se extinguió y aparecieron las estrellas, lentas y brillantes. Y los siete hombres extraños quedaron solos, como siete estatuas de piedra en sus tronos de piedra. Ninguno de ellos había pronunciado palabra.

No parecían tener prisa por hacerlo, pero oyeron en silencio el zumbido de los insectos y el canto lejano de un pájaro. Entonces Domingo habló, pero con un tono como de ensueño, que parecía estar continuando una conversación en lugar de empezarla.

—Comeremos y beberemos más tarde —dijo—. Permanezcamos juntos un rato, nosotros que nos hemos amado tan tristemente y hemos luchado tanto tiempo. Parece que sólo recuerdo siglos de guerra heroica, en la que siempre fuisteis héroes: epopeya tras epopeya, ilíada tras ilíada, y siempre hermanos de armas. Ya fuera recientemente (porque el tiempo no es nada), o al principio del mundo, os envié a la guerra. Me senté en la oscuridad, donde no hay nada creado, y para vosotros sólo fui una voz que ordenaba tener valor y exigía una virtud antinatural. Oísteis la voz en la oscuridad, y nunca más la volvisteis a oír. El sol en el cielo la negó, la tierra y el firmamento la negaron, toda la sabiduría humana la negó. Y cuando os encontré a la luz del día, yo mismo la negué.

Syme se removió bruscamente en su asiento, pero por lo demás reinaba el silencio, y lo incomprensible continuaba.

—Pero vosotros erais hombres. No olvidasteis vuestro honor secreto, aunque el cosmos entero puso en marcha una máquina de tortura para arrebatároslo. Sabía lo cerca que estabais del infierno. Sé cómo tú, Jueves, te enfrentaste al rey Satanás, y cómo tú, Miércoles, me nombraste en la hora sin esperanza.

En el jardín estrellado reinaba un silencio absoluto, y entonces el Secretario de cejas negras, implacable, se giró en su silla hacia Domingo y dijo con voz áspera:

—¿Quién eres y qué eres?

—Yo soy el Sabbath —dijo el otro sin moverse—. Yo soy la paz de Dios.

El Secretario se levantó de un salto y se quedó de pie, estrujando su preciosa túnica entre las manos.

—Sé a qué te refieres —gritó—, y es precisamente eso lo que no puedo perdonarte. Te conozco. Sé que eres la satisfacción, el optimismo... ¿cómo se llama eso?, la reconciliación definitiva. Pues bien, yo no estoy reconciliado. Si eras el hombre en la habitación oscura, ¿por qué eras también Domingo, una ofensa a la luz del sol? Si desde el principio fuiste nuestro padre y nuestro amigo, ¿por qué fuiste también nuestro mayor enemigo? Lloramos, huimos aterrorizados; el hierro penetró en nuestras almas, ¡y tú eres la paz de Dios! Oh, puedo perdonar a Dios su ira, aunque destruyó naciones; pero no puedo perdonarle su paz.

Domingo no respondió ni una palabra, pero muy lentamente volvió su rostro impasible hacia Syme como si le hiciera una pregunta.

—No —dijo Syme—, no me siento tan disgustado. Te agradezco no sólo este vino y esta hospitalidad, sino también las aventuras y combates que hemos compartido. Pero me gustaría entender. Mi alma y mi corazón están felices y calmados aquí, en este viejo jardín, pero mi razón sigue clamando. Me gustaría entender.

Domingo miró a Ratcliffe, cuya voz clara dijo:

—Me parece insensato que hayas formado parte de los dos bandos y que hayas luchado contra ti mismo.

Y Bull dijo simplemente:

—No entiendo nada, pero soy feliz. Tanto, de hecho, que voy a dormirme.

—Pues yo no soy feliz —dijo el Profesor con la cabeza entre las manos—, porque no lo entiendo. Me has dejado acercarme demasiado al infierno.

Y entonces Gogol dijo, con la absoluta sencillez de un niño:

—Ojalá supiera por qué he sufrido tanto.

Domingo seguía sin decir nada, permaneció sentado, con su poderosa barbilla apoyada en la mano y miró a lo lejos. Entonces, por fin, dijo:

—He escuchado vuestras quejas por orden. Y ahora, creo, viene otro a quejarse, y también lo escucharemos.

El fuego que iluminaba la media luna proyectaba sus últimos resplandores, como una lanza ígnea de oro ardiente, sobre la hierba apagada.

Contra esta franja de fuego se perfilaban sobre el negro absoluto las piernas que avanzaban de un hombre vestido de negro. Parecía llevar un elegante ropaje ajustado con calzones hasta la rodilla como los que usaban los sirvientes de la casa, sólo que no era azul sino de un negro profundo. Y también llevaba una espada al cinto. Cuando llegó junto a la media luna de los siete y alzó el rostro para mirarlos, Syme vio, con una lucidez atónita, que aquel rostro era el rostro ancho, casi simiesco, de su viejo amigo Gregory, con su cabello rojo y abundante y su sonrisa insultante.

—¡Gregory! —exclamó Syme, levantándose a medias de su asiento—. ¡Éste sí que es el verdadero anarquista!

—Sí —dijo Gregory amenazador y contenido—, yo soy el verdadero anarquista.

—Hubo un día —murmuró Bull, que parecía haberse quedado dormido— en que los hijos de Dios vinieron a presentarse ante el Señor, y Satanás también compareció entre ellos³⁵.

—Tienes razón —dijo Gregory, y miró a su alrededor—. Soy el destructor. Destruiría el mundo si pudiera.

Una profunda tristeza, un sentimiento arraigado en las profundidades de la tierra, se apoderó de Syme, y habló de forma entrecortada y sin coherencia.

—¡Oh, desdichado! —exclamó—, ¡intenta ser feliz! Tienes el pelo rojo como tu hermana.

—Mi cabello rojo, como llamas rojas, consumirá el mundo —dijo Gregory—. Creía odiar todas las cosas, mucho más de lo que los hombres comunes pueden odiar algo; ¡pero descubro que no odio todo tanto como te odio a ti!

—Yo nunca te odié —dijo Syme con tristeza.

Entonces, de aquella criatura incomprensible surgieron los últimos trenos.

—¡Tú! —gritó—. Nunca has odiado porque nunca has vivido. Sé lo que sois todos, de principio a fin: ¡sois los poderosos! Sois la policía: ¡los grandes hombres gordos y sonrientes vestidos de azul y con botones dorados! Sois la Ley, y nunca os han derrotado. Pero, ¿hay acaso un alma libre que no anhele quebrantaros, aunque sólo sea porque nunca os han quebrantado? Nosotros, los revolucionarios, decimos toda clase de tonterías sobre este o aquel crimen del Gobierno. ¡Qué locura! El único crimen del Gobierno es que gobierna. El pecado imperdonable del poder supremo es que es supremo. No os maldigo por ser crueles. No os maldigo (aunque podría) por ser amables. ¡Os maldigo por estar a salvo! Os sentáis en vuestras sillas de piedra y jamás os habéis bajado de ellas. Sois los siete ángeles del cielo y nunca habéis sufrido. ¡Oh, podría perdonaros todo, vosotros que gobernáis a toda la humanidad, si pudiera sentir aunque sea una vez que habéis sufrido durante una hora una verdadera agonía como la que yo...!

Syme se puso de pie de un salto, temblando de pies a cabeza.

—Lo veo todo —gritó—, todo lo que existe. ¿Por qué cada cosa en la tierra lucha contra las demás? ¿Por qué cada pequeña cosa en el mundo tiene que luchar contra el mundo mismo? ¿Por qué una mosca tiene que luchar contra el universo entero? ¿Por qué una florecilla tiene que luchar contra todo el cosmos? Por la misma razón por la que tuve que estar solo en el terrible Consejo de los Días. Para que cada cosa que obedece la ley tenga la gloria y el aislamiento del anarquista. Para que cada hombre que lucha por el orden sea tan valiente y bueno como el dinamitero. Para que la verdadera mentira de Satanás sea arrojada a la cara de este blasfemo, para que con lágrimas y tortura nos ganemos el derecho a decirle a este hombre: “¡Mientes!” Ninguna agonía puede ser demasiado grande para comprar el derecho a decirle a este acusador: “Nosotros también hemos sufrido”. No es cierto que nunca hayamos sido quebrantados. Hemos sido quebrantados en la rueda del tormento. No es cierto que nunca hayamos descendido de estos tronos. Hemos descendido al infierno. Nos quejábamos de miserias inolvidables incluso en el preciso momento en que este hombre entró insolentemente para acusarnos de ser felices. Rechazo la calumnia; no hemos sido felices. Puedo responder por cada uno de los grandes guardianes de la Ley a quienes ha acusado. Al menos...

Había vuelto la vista para ver de repente el gran rostro de Domingo, que lucía una extraña sonrisa.

—¿Y tú? ¿Has sufrido alguna vez? —gritó con voz espantosa.

Mientras lo contemplaba, el gran rostro creció hasta alcanzar un tamaño espantoso, haciéndose más grande que la colosal máscara de Memnón, que le había hecho gritar de niño. Creció cada vez más, llenando todo el cielo; entonces todo se volvió negro. Solo en la oscuridad, antes de que destruyera por completo su cerebro, le pareció oír una voz lejana que decía un texto común que había escuchado en algún lugar: “¿Podéis beber de la copa de la que yo he de beber?”³⁶

* * *

Cuando en los libros despiertan los hombres de una visión, suelen encontrarse en algún lugar donde podrían haberse quedado dormidos; bostezan en una silla o se levantan del campo con las extremidades magulladas. La experiencia de Syme fue algo mucho más extraño desde el punto de vista psicológico, si es que había algo irreal, en el sentido terrenal, en las cosas que había vivido. Porque si bien siempre recordaba después que se había desmayado ante el rostro de Domingo, no recordaba haber recuperado la consciencia en absoluto. Solo recordaba que, gradual y naturalmente, supo que estaba y había estado caminando por un camino rural con un compañero afable y conversador. Ese compañero había formado parte de su reciente drama: era el poeta pelirrojo Gregory. Caminaban como viejos amigos y estaban en medio de una conversación sobre alguna trivialidad. Pero Syme sólo podía sentir una ligereza no natural en su cuerpo y una simplicidad cristalina en su mente, que parecía ser superior a todo lo que decía o hacía. Se sentía en posesión de una buena noticia increíble, algo que hacía que todo lo demás pareciera una trivialidad, aunque una trivialidad adorable.

El amanecer lo inundaba todo con colores a la vez claros y tímidos; como si la Naturaleza hiciera un primer intento con el amarillo y otro con el rosa. Soplaban una brisa tan limpia y dulce que uno no podía pensar que venía del cielo; más bien soplaban a través de algún agujero en el firmamento. Syme sintió una leve sorpresa al ver a su alrededor, a ambos lados del camino, los edificios rojos e irregulares de Saffron Park. No tenía idea de que había estado caminando tan cerca de Londres. Entonces, de forma instintiva, recorrió un camino blanco en el que los pájaros madrugadores saltaban y cantaban, y se encontró frente a un jardín cercado. Allí vio a la hermana de Gregory, la joven del cabello rojizo, cortando lilas antes del desayuno, con la gravedad inconsciente de una niña.

36 Mateo 20, 22; Marcos 10, 38.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 577 Edgar Allison Peers, *La tragedia española 1930-1936. Dictadura, república, caos*
- 576 Víctor de Tunnuna, *Cronicón*
- 575 Isidoro de Sevilla, *Varones ilustres*
- 574 Gareth Jones, *Un periodista galés en la Unión Soviética (1930-1935)*
- 573 Malcolm Muggeridge, *La denuncia de la Hambruna soviética*
- 572 Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*
- 571 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Brasil y las colonias portuguesas*
- 570 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Historia de Portugal*
- 569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
- 568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
- 567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe. Seguido de El crimen de Woodrow Wilson*
- 566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*

- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*

- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
- 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
- 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
- 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
- 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
- 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
- 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
- 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
- 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
- 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
- 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
- 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
- 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
- 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
- 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
- 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
- 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
- 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
- 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
- 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
- 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
- 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista (6 tomos)*
- 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
- 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
- 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
- 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
- 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
- 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
- 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
- 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
- 444 Publilio Siro, *Sentencias*
- 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
- 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
- 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
- 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
- 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
- 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
- 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
- 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
- 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*

- 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevises du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*

- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña* (1885)
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana...* de Montesquieu
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China* (1715-1733)
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china* (1723-1740)
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China* (1602)
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía* 1698-1701
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana* 1931-1935
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid* 1933-1935
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California* (1774-1799)
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra* (1893-1895)
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas* 1930-2000
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano* (1936-1939)
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia"* (1931-1936)
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña* (1640-1648)
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa* (1869-1871)

- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*

- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*

- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*

- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*

- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*

- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicos*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*

- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)